

7-8-53

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LA
DECADENCIA DE ESPAÑA
BAJO FELIPE IV

TESIS PARA OBTENER EL TITULO DE MAESTRA

EN HISTORIA PRESENTADA POR LA PASANTE

HORTENSIA CAMACHO SOSA

MEXICO, 1953



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con todo cariño a mis padres
Sr. Albino E. Camacho y
Sra. Luz S. de Camacho

A mis tías
Sritas. Esther y Lorecia Camacho,

A mis hermanos

Con todo mi respeto a mis maestros.

CAPÍTULO I

SITUACION DE ESPAÑA AL ADVENIMIENTO DE FELIPE IV

Situación Política:

Para poder comprender la situación de España al advenimiento de Felipe IV es necesario hacer una síntesis de los dos anteriores reinados, es decir del de Felipe II y Felipe III.

En 1556, Felipe, hijo de Carlos I, fué investido del poder y comenzó a reinar en los Países Bajos, el Condado de Borgoña, España y América.

Desde sus primeros tiempos tuvo que enfrentarse a graves problemas de orden político y económico.

Siguió, en parte, el camino trazado ya por Carlos I basado en dos puntos principales: La hegemonía de España sobre Europa entera y la centralización del poder en la persona del Rey. No menos importante fué para él la unidad religiosa de sus dominios.

En política exterior siguió la lucha en Italia contra el mismo Papa que se oponía a la expansión territorial española; en esta guerra interviene también Francia, enemiga ancestral del poder español. En 1557 se firmó la paz de Cavé, aunque la enemistad entre España e Italia continuó en otro terreno hasta que, en 1559, Pío IV subió al poder. Francia continuó la guerra. España, aliada de Inglaterra y del duque de Saboya, penetró a territorio francés cayendo en su poder San Quintín (27 de agosto de 1557.) No obstante que Inglaterra retira su ayuda a España la lucha sigue y cunde por los Países Bajos. Francia es derrotada y sólo puede obtener las plazas de Calais y Guisnes. España quiso terminar la guerra. Así en 1558 se inician las conferencias de paz que terminan hasta 1559 cuando se firma el tratado de Cateau Cambresis (2 de abril de 1559). Resultado de esta paz fué el matrimonio de Felipe II con Isabel de Valois, hija de Enrique II y de Margarita, hermana de éste, con el duque de Saboya.

Siguiendo la política que se había trazado, Felipe II emprendió una guerra contra los turcos ya que el monarca español era el cam-

peón del Catolicismo europeo. Carlos I había luchado contra los turcos; pero éstos envalentonados, volvían cada vez con más fuerza a atacar los países cristianos del Mediterráneo, por lo que Felipe II se vió obligado a iniciar una nueva cruzada, con ayuda de Venecia, Génova y el Papa. La flota y el ejército se pusieron a las órdenes de Don Juan de Austria, el cual presentó batalla el 7 de octubre de 1571 en el Golfo de Lepanto a una escuadra turca. El triunfo fué de los cristianos. Esto hizo que desapareciera en parte, el peligro turco.

También dentro de la Península, Felipe continuó la lucha contra los herejes representados por los moriscos, que a pesar de ser sumisos a la corona y sobre todo de representar a la clase trabajadora de España, eran vistos con recelo por el vulgo y la Iglesia. Desde 1526 se dictaron pragmáticas contra los moriscos obligándolos a dejar sus usos, costumbres, vestido y lengua; sin embargo los moriscos habían logrado suavizar las órdenes dando dinero a la corona. En tiempos de Felipe II se volvieron a dar edictos con más restricciones; esta vez no les valió a los moriscos suplicar y comprometerse a nuevos tributos; la voluntad del rey fué inflexible, sobre todo en las cuestiones tocantes a religión. Felipe II decía "Cristianismo o Muerte". Con esto se inició la lucha, pues muchos no quisieron someterse a las pragmáticas que les pedían abandonar sus lugares, vestido, costumbres, lengua, y sobre todo la separación de sus hijos para que fueran a escuelas cristianas. Muchos huyeron a los montes donde se hicieron fuertes nombrando como rey a Hernando de Córdoba y de Valor que tomó el nombre de Aben-Humeya, pero pronto fué asesinado y puesto en su lugar Adalá-Abenabó. El gobernador de Andalucía procuró terminar con la sublevación, pero esto no fué posible por lo cual el Rey mandó a Don Juan de Austria al frente de un ejército. Este logró por fin someter a los sublevados de los cuales unos fueron dispersados por las provincias españolas; otros, deportados al Africa. Felipe II decía:

"Todos los moradores de la Alcazaba y Albaicín desde los 10 a los 60 años, sean arrancados de sus hogares y diseminados por lo interior del reino, y sus hijos cristianos queden en poder de cristianos para educarlos en la fé".¹

"Todos los moros de paz sean sacados del reino de Granada y derramados por Castilla." "Todos los moriscos que hayan quedado, sin distinción, sean recogidos y encerrados en las Iglesias

¹ *Historia de España* de Modesto Lapuente, pág. 51 t. XI.

y transportados luego en escuadras de mil quinientos bajo partida de registro a los distritos que se les señalen".²

A Felipe II le parecía mejor, para poder establecer la unidad religiosa, despoblar Granada a que fuera una población de malos creyentes.

Otra guerra desastrosa para España fué la sublevación de los Países Bajos pues las provincias querían independizarse de España. La política seguida en aquellas tierras por Felipe II, su intransigencia religiosa, fueron la causa de muchos males.

Estas guerras se prolongaron por mucho tiempo y fueron una herencia desastrosa para España, ya que Felipe III y después Felipe IV tuvieron que seguir luchando por conservar esas provincias como parte de su reino.

Intervinieron en ella los mejores generales españoles y extranjeros de su época como el Duque de Alba, Don Luis de Requesens, Comendador de Castilla, Don Juan de Austria, el Príncipe de Parma Alejandro Farnesio, el Archiduque Alberto y otros más. Por la otra parte tenemos a Guillermo de Orange, jefe de la sublevación y el iniciador de la independencia de Holanda, sus hijos y sobrinos, casi toda la nobleza flamenca y algunos nobles franceses como el Príncipe de Alazón y el Duque de Guisa.

En 1580 las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabante y Flandes se unieron formando un cuerpo político, reservándose cada una, sus especiales derechos y privilegios; unidas debían repeler toda agresión extranjera o acto de violencia para establecer una religión determinada. Esta confederación fué el principio y base para la "República de las Provincias Unidas". En 1596 Inglaterra y Francia reconocen la independencia de las provincias unidas formando una triple alianza.

España estaba agotada, por lo que Felipe II pensó desprenderse de unos estados que durante treinta años habían consumido sus mejores fuerzas. Y para esto casó a su hija Isabel Clara Eugenia con el Archiduque Alberto de Austria, cediéndoles los Países Bajos para que formaran un estado independiente, pero bajo el protectorado de España; en caso de morir los nuevos soberanos, sin herederos, las Provincias volverían a poder de España.

El nuevo principado quedó sujeto estrechamente a España, no sólo en política sino por la necesidad que tenían los nuevos gober-

² *Historia de España* de Modesto Lapuente pág. 51, t. XI.

nantes de contar con las tropas y dinero español para hacer efectivo su dominio en los estados rebeldes.

De todas las empresas de Felipe II la única coronada por el éxito fué la anexión de Portugal. Con la muerte de Don Sebastián, el sucesor al trono portugués, fué el cardenal Don Enrique, ya anciano y enfermo, y cuya muerte próxima era casi segura.

Felipe II intervino en la lucha por el trono ya que era hijo de la hija menor de Don Manuel, antecesor de Don Sebastián. A ésto se oponía la ley Amego (apócrifa) que decía que los extranjeros no podían gobernar Portugal; pero Felipe II alegaba que no se le debía considerar como extranjero. Realmente lo único que dificultaba su ascensión al trono era la popularidad de Don Antonio (hijo ilegítimo de Don Luis, hermano de Don Manuel y legitimado por éste) a quien apoyaban las clases populares y el clero. Por fin los diplomáticos españoles, lograron inclinar la opinión de los nobles y del clero y la del propio Don Enrique en favor de Felipe II éste hace público su programa de gobierno lleno de promesas y respetuoso para la autonomía de Portugal.

En 1580, en Almeirín, las Cortes reunidas votaron por la sucesión de Felipe II; sólo se opuso el estado llano.

Sin embargo la toma de posesión del poder no se llevó a cabo sin luchar ya que Don Antonio apoyado por el bajo clero y el pueblo, se sublevó en Lisboa. Fué hasta 1581 cuando se puso fin a la lucha.

Era importante para España y Felipe II la anexión de Portugal pues realmente la idea de la unificación peninsular se deseaba desde tiempos de los Reyes Católicos. Aparte de que se engrandecían sus dominios con Portugal, España obtenía las colonias portuguesas en Asia, Africa, y América. Felipe II se esforzó por cimentar bien la anexión.

España, a pesar de estar agotada por tanta lucha, no descansó mucho tiempo, pues las dificultades que tenía con Inglaterra empezaron a recrudecerse al subir al trono Isabel, protestante; sin embargo éste no era un motivo suficiente para la guerra, pero sí lo era la ayuda que prestaba Inglaterra a las provincias de Flandes, por una parte, y por la otra los continuos ataques de los corsarios ingleses a las naves españolas que volvían de América; Felipe II tenía comprometerse a una nueva guerra por los enormes gastos que suponía, pero la muerte de María Estuardo, ordenada por Isabel,

lo obligó a romper toda reserva y en 1584 se decidió a atacar directamente a Inglaterra.

Lo primero que hizo fué asegurarse la neutralidad del papa Sixto V, que veía con malos ojos la extensión territorial española, por lo que le planteó la cuestión en forma religiosa para impedir que subiera al trono Jacobo (Jaime) hijo de María Estuardo, que era protestante; pero sin decirle quien debía substituirlo.

Para esta lucha Felipe II ordenó que se formara una escuadra con la que atacaría a Inglaterra ayudada por las fuerzas de Farnesio que estaban en Flandes.

Por fin el 30 de mayo de 1588 se reunió la flota que constaba de 131 navíos a la que se le puso el nombre de la "Armada Invencible". El mal tiempo impidió su marcha; pero al fin partieron a su destino. Los navíos ingleses, más ligeros, causaban serios daños a los españoles. El mal tiempo obligó a la Armada a refugiarse en Calais donde la atacaron los ingleses, y aunque los españoles lucharon con valor tuvo que darse la orden de retirada. En alta mar empezó una tormenta que hizo que los navíos se perdieran o naufragaran; al fin sólo pudieron regresar a España, sesenta y cinco navíos, perdiéndose casi toda la marina española. Esta guerra fué desastrosa para España; lo único que logró fué perder hombres y dinero aumentando así la decadencia económica interior del país.

Sin embargo Felipe II no parecía darse cuenta de la situación económica de su país y para sostener al partido católico francés emprende una nueva guerra contra Francia.

Francia estaba dividida por las luchas religiosas. El rey Enrique III luchaba contra el partido católico encabezado por los Guisa y Lorena y contra los hugonotes encabezados por Enrique de Bearn; el partido de los Guisa o la Liga le pidió ayuda a Felipe II; éste accedió y ordenó a sus generales pasar a Francia. El asesinato del de Guisa y después el del rey Enrique III cambió el aspecto de la lucha, pues entonces Felipe II quiso el trono de Francia para su hija Isabel Clara Eugenia. Enrique de Bearn solucionó la situación convirtiéndose al catolicismo; entonces tanto la Liga como el pueblo francés reconocieron a Enrique IV como soberano, terminando así esta lucha con la paz de Vervins en 1598.

Otra guerra a la que tuvo que enfrentarse Felipe II fué la sublevación de Zaragoza motivada por la persecución del rey contra uno de sus secretarios, Antonio Pérez. Este logró refugiarse en Zaragoza, pero es encerrado en la prisión. Cuando la Inquisición quiso sacarlo

de la cárcel de los Manifestados en donde estaba, los aragoneses vieron en este paso una ofensa a sus fueros y se amotinaron. Felipe ordenó a sus tropas que fueran a someter a los sublevados, cosa que consiguieron con facilidad.

El 13 de septiembre de 1598 murió Felipe II dejando en el trono a su hijo Felipe III.

Felipe II fué un rey eminentemente español deseoso de centralizar y fortificar, mantener y defender sus estados, su herencia y tradición; pero por su falta de dotes estratégicas y sentido bélico hubo de rendirse a la política exterior de Inglaterra, Francia y los Países Bajos, así hubo de contentarse con el amargo consuelo de haber querido lo mejor y de haber seguido siempre los dictados de su intachable conciencia moral.

Bajo su reinado, España vivió su más brillante período de unidad y de expansión territorial. Antes de él hay acrecentamiento territorial, preparación y marchas; después de él, descenso, corrupción disolución y nostalgia de una grandeza fenecida. No sólo fué un esforzado y tenaz custodio de su herencia, sino también el salvador de los valores más egregios y vitales para Europa amenazados de muerte. Y esto lo hace el más grande entre todos los que desde Fernando II ciñeron la corona de España.

Su mayor defecto político estuvo en extremar la espera antes de obrar, hasta un punto que rayaba en irresolución y en flaqueza algunas veces.

Sin embargo fué un monarca moderno por sus hábitos y talento, así como el primero de los príncipes españoles que supo ser verdadero hombre de estado.

Felipe II representa el sistema social que tuvo España durante todo el tiempo de la Casa de Austria, porque así como él siguió las huellas de su padre, siguieron más tarde las suyas sus sucesores.

FELIPE III

A la muerte de Felipe II ocupó el trono de España su hijo Felipe III. Inmediatamente empezó a cambiar el sistema personal de gobierno, entregándolo al cuidado de un secretario favorito, el marqués de Denia, duque de Lerma, quien convertido en ministro general dirigió como quiso los asuntos públicos, no obstante la intervención del Consejo Real.

Los asuntos políticos externos no se mejoraron, ya que el favorito del Rey y el soberano mismo creyeron que era necesario para el honor de España, seguir sosteniendo a los príncipes gobernantes de los Países Bajos. Los holandeses no se limitaban a luchar en su territorio, sino también en el mar. Hicieron todo lo posible por dificultar el comercio español y apresar las naves que volvían de América. El Rey, encargó a Federico Spinola que dirigiera los tercios de Flandes; la guerra siguió hasta el año de 1609 en el que ambas naciones pidieron una tregua de 12 años. Sin embargo para España no terminó la guerra; únicamente cambió de escenario, pasando a Italia. Carlos Manuel de Saboya, no obstante que estaba casado con Catalina, hermana de Felipe III y que siempre había sido su aliado, se disgustó por el matrimonio de la infanta española con el príncipe francés y de la princesa Isabel de Borbón con el infante don Felipe. Rompió con la alianza española, y pidió parte del Monferrato, perteneciente al ducado de Mantua. Pero el gobernador de Milán se opuso alegando que pertenecía a España como feudo de Milán. El duque de Saboya comienza la guerra contra España para lo cual busca aliados. Sólo Venecia acude a su ayuda y pronto el norte de Italia se ve envuelto en la guerra. España vence al de Saboya y a Venecia, terminando la guerra con el tratado de Madrid, en 1621.

Al mismo tiempo, España luchaba en el Mediterráneo y en el Egeo contra los turcos, que seguían siendo un peligro constante para Europa.

España no podía estar fuera de esta lucha, así que pronto alistó un ejército y una escuadra que quedaron al mando del duque de Osuna y del duque de Lerma. Los turcos querían extender sus territorios por el lado de Hungría, y los argelinos, terribles piratas, causaban no pocos disgustos a la corona española asaltando a los navíos que llegaban de América, unas veces solos y otras con los corsarios ingleses y holandeses. España se alió con el Shah de Persia para atacar a los turcos de Argelia y en 1604 triunfaron en el Archipiélago Griego y en las costas de Albania. Aunque tuvieron varias victorias sobre los turcos no pudieron acabar con la piratería en el Mediterráneo. Las costas españolas no se escapaban de los seguidos ataques de los piratas que entraban a veces hasta las ciudades como Galicia, Almería, Islas Canarias y otros puntos.

Estas guerras tuvieron relación directa con las medidas tomadas por Felipe III para la expulsión de los moros de Valencia y Sevilla

y en general de toda España. El Rey tuvo noticias de que los moriscos tenían relaciones con los turcos y berberiscos de África para invadir España; esto no se ha podido comprobar, bastó al Rey para iniciar una expulsión total de los moriscos.

Los moriscos siempre habían sido vistos con recelo por parte de los cristianos viejos y sobre todo del clero, y como eran los que se dedicaban a los trabajos manuales; agricultura, comercio, artes útiles, y oficios mecánicos, eran desdeñados por los españoles que veían con malos ojos la riqueza que a fuerza de trabajo habían reunido. En este tiempo su número había aumentado mucho, motivo por el cual los cristianos estaban temerosos. Pero los señores feudales y nobles que obtenían gran utilidad de los moriscos por las rentas que les sacaban, negaron las conspiraciones moriscas. El Rey no tomó, de pronto, ninguna resolución, pero el duque de Lerma le hizo ver lo indispensable de la expulsión. Inmediatamente se alistó un ejército. Los señores valencianos, al ver estos preparativos, pidieron al Rey que suspendiera la expulsión ya que les causaría grandes trastornos económicos, lo mismo hicieron los señores de las demás provincias, pero todo fué inútil, el Rey, aconsejado por su favorito, no cejó en su intento y en septiembre de 1609 se publicó el edicto decretando la expulsión de los moriscos. En el término de tres días debían embarcarse en los puertos que le señalasen los comisarios y sólo podían sacar lo que pudieran llevar sobre su cuerpo, pero pasado este tiempo si se encontraba un morisco podía prendérsele y darle muerte si se resistía; se impondría la pena capital a quien escondiese o enterrase parte de su hacienda; en cada lugar quedarían algunos moriscos, de los más viejos para que enseñaran a cultivar la tierra a sus nuevos ocupantes.

En mi opinión esta medida fué desastrosa para España ya que los moriscos representaban, en aquella época, la población agrícola e industrial y como natural consecuencia después de la expulsión, la nación en primer lugar, sufrió con la despoblación de las provincias afectadas, pero sobre todo en economía sufrió en gran parte por el descenso de la agricultura y la industria. Sin embargo esta medida fué lógica consecuencia de la manera de pensar de ese tiempo, pues si España era la representante del catolicismo europeo no podía tolerar que dentro de su mismo territorio hubiera gentes que pensarán de otra manera y tuviesen otra religión. Por otra parte los moriscos, a pesar del tiempo que tenían de estar sojuzgados,

nunca se habían adaptado a la vida española y en ese tiempo formaban un pueblo distinto dentro de la Península.

Dado a conocer el bando se procedió a la aplicación del edicto y muchos moriscos embarcaron por su cuenta. Sin embargo, hubo choques sangrientos pues los viejos cristianos salían a matar a los moriscos y los mismos señores tuvieron que proteger a sus antiguos súbditos. No todos los moriscos se aprestaron a obedecer, sino que los del Val de Eyora, los de la Baronía de Cortés, Castilla, Alahar, Guadalet y otros valles y pueblos se hicieron fuertes en Muela de Cortés obstruyendo los caminos y vengándose en los cristianos. Nombraron su rey a Turigi que hizo resistencia por varios meses, al cabo de los cuales fué hecho prisionero y llevado a Valencia donde fué sentenciado a muerte. Desde 1610 salieron de España más de ciento cincuenta mil moriscos; después de ésta siguió la expulsión de los de Andalucía y Murcia.

Pronto todo el reino empezó a sentir el hambre y los nobles que vivían de las rentas que dejaban en sus provincias los moriscos, tuvieron que pedirle al Rey una pensión para poder vivir. Los que ganaron fueron el duque de Lerma y sus familiares ya que se apropiaron de buena parte del producto de la venta de las casas de los moriscos.

"Como medida religiosa fué consecuencia de las ideas que habían prevalecido en España siglos atrás y el odio que conservaba España a sus dominadores. Como medida política hubiera podido justificarse si las conspiraciones eran ciertas; sin embargo como se vió no eran tan serios ni tan vastos los planes moriscos. De todos modos se puede pensar que si después de tenerlos subyugados por más de un siglo no pudieron fundirlos en un solo pueblo y no se acertó ni hacerlos cristianos ni españoles no se puede juzgar muy bien de la discreción, astucia y política de Felipe III y de los soberanos que le habían precedido".¹

En 1620 España interviene en la guerra de Treinta Años que se inició en Alemania con la sublevación del duque Palatino contra el emperador; tenía esta guerra causas religiosas, pero sobre todo políticas ya que el emperador de Alemania quería centralizar su gobierno, a lo que se oponían los príncipes protestantes alemanes.

En marzo de 1621, después de su regreso de Portugal, murió el rey Felipe III, el 31 de ese mismo mes.

¹ *Histoire des mores, mudejares, et morisques d'Espagne*. Albert Circourt, tomada de Luis Cabrera y Córdoba.

Durante este período se inicia definitivamente la decadencia política, económica y social del pueblo español, mientras que en los primeros años del siglo XVII subsiste el esplendor externo y el magnífico florecer, nunca después repetido, del arte, y la literatura.

Este monarca gobierna a la nación, con tal carencia de comprensión, como si fuera el último brote, próximo a desaparecer, de una arraigada y vieja generación; no se preocupa para nada de la magna herencia de su pueblo y malgasta en pocos años, toda su fuerza colosal acumulada por el trabajo de varios siglos. Aquel intento imperialista de Carlos V que cristalizó con Felipe II convertido en la idea de una monarquía universal católica española va agotando la médula nacional en una serie de momentáneos triunfos que se convierten en reveses y que, en definitiva no son más que consecuencias de desastrosas guerras sin eficacia alguna para la prosperidad nacional. Mientras tanto la deuda sube de una manera insólita; la intervención de Inglaterra y Holanda acarrear enormes pérdidas al poderío marítimo y comercial de España, y Francia permanece en acecho de su presa segura a pesar de las conclusiones de paz y contratos matrimoniales.

La miseria y el hambre se enseñorearon sin encontrar obstáculo alguno por todo el país, mientras los ociosos malgastaban los recursos nacionales arrancados a un pueblo arruinado. Todas las clases sociales, evadieron sus deberes nacionales y procuraron justificar la necia jactancia que las impulsaba a aparentar una riqueza pública ilimitada, tratando de vivir sin trabajar y saqueando particularmente al estado. Las grandes esperanzas, alimentadas en los primeros años del reinado de Felipe III por las lluvias de oro que esparcía la prodigalidad del de Lerma, se sustituyeron por el deseo de disfrutar de aquella vida mientras durase y prolongarla todo lo posible, insistiendo más que nunca en el poderío invencible de España.

El de Lerma, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, gobernó en forma absoluta sobre España por espacio de veinte años y había hecho que la nación, a consecuencia de su ineptitud y soberbia, se despeñase por la vertiente en que se hallaba al morir Felipe II. Y cuando cayó del poder no fué para dejar un sucesor de miras más altas y amplias, de juicio más sereno, sino para que un nuevo grupo de explotadores, encabezado por su hijo el duque de Uceda, terminase la ruina que él había empezado.

Los desastrosos efectos de la política del de Lerma se habían dejado sentir principalmente en el fisco en las cuestiones relacionadas

con la economía del país, pero la fatal pretensión de aparentar riquezas y poderío que no existían y que también supo sostener habilitó a España para asegurarse los tratados de alianza y matrimonio con Francia y conseguir amistosa consideración de Jacobo I de Inglaterra.

Felipe III se señaló por su indolencia de carácter, por su religiosidad y su enemistad con el trabajo. Al morir dejó a España empobrecida, pero sobrecargada de conventos.

SITUACION SOCIAL EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

La vida social española de los siglos XVI y XVII comprendía las siguientes clases sociales:

a) el clero, b) la Nobleza, c) la clase media o burguesía, d) los letrados, e) los campesinos, f) la plebe, g) la gente del hampa o germanía.

a) En el primer lugar de la sociedad está el clero, el más rico del mundo católico. Casi medio millón de españoles formaban parte del clero y de sus dependencias; el número crecía sin cesar cada año y las Cortes y Los Consejos señalaban en vano el peligro que representaba la multitud de conventos. Se señala con temor la acumulación de tanta riqueza. Los soberanos no osaban oponerse a esta clase poderosa; en el Estado no se hacía nada sin ella; la Iglesia jugaba un papel capital, no sólo por sus privilegios, sino por la función religiosa que ejercía. En los tribunales era inapelable a no ser por la intervención directa del Rey.

Los confesores ejercían sobre los soberanos una autoridad oculta; los prelados y monjes figuran en los Consejos, los teólogos eran llamados a dar su opinión sobre las cuestiones más graves del gobierno. Ninguna institución escapa de su acción. La Iglesia dirigía las Universidades, y los colegios, administraba los numerosos hospitales, los asilos de los niños, orfanatorios y cofradías. En fin, es la salvaguardia de la fe y la regente del pensamiento humano por medio de la Inquisición.

Su influencia no es reciente, sino que se remonta desde la época visigoda al convertirse la monarquía al catolicismo; después en la reconquista, se robusteció y alcanzó su culminación en el período de los Austrias, que tenían arraigada convicción de que la Iglesia era la mejor salvaguardia y apoyo del trono.

El rey, basado en la ley y tradición ejercía poder sobre la Iglesia en el derecho de nombrar dignidades eclesiásticas, en el recurso de fuerza contra las sentencias de los tribunales eclesiásticos y en la retención de las bulas y edictos pontificios, en América con el Real Patronato de la Iglesia.

Esta situación privilegiada de la Iglesia española facilitó la vida sacerdotal y la fundación excesiva de conventos.

b) La nobleza estaba dividida en tres clases o gradaciones, la de más alto grado: los Grandes, nombrados por voluntad regia entre lo más selecto de la nobleza española, eran duques, marqueses y condes, los cuales gozaban del privilegio de poder llevar una corona en su escudo de armas.

Después de 1600 subió el número hasta noventa y tres. Encarnaban la aristocracia cortesana de los siglos XVI y XVII; entre ellos escogía el Rey los representantes de los más elevados cargos de la nación. Gozaban de extraordinarios privilegios, como por ejemplo, poderse sentar a una indicación del rey, permanecer cubiertos delante de su presencia, la de poder entrar en todo tiempo a las habitaciones del monarca; la de tener lugares especiales en la iglesia cuando el Rey iba alguna función pero sobre todo, la de llamar Primo al Rey cuando le escribían.¹

Durante estos dos siglos son los Grandes los mecenas de artistas y literatos.

Desde luego hay que distinguir entre los Grandes de la época de Felipe II y los Grandes del siglo XVII. En tiempos de Felipe II vivían los Grandes mientras no prestaban sus servicios en la guerra, como virreyes en alguna colonia o dominio, o en sus heredades en las provincias, pues Felipe II no gustaba de retener a la nobleza en la corte, ni para asuntos políticos ni para servicio de palacio. En cambio en la época de Felipe III y Felipe IV todo se transforma y la capital de España se convierte en un centro de atracción de nobles y palaciegos; los palacios urbanos se levantan al lado de las casas, los empleos y los favores, las intrigas y las diversiones prosperan al abrigo del trono.

La indómita altivez, el orgullo de su nobleza y el menosprecio de toda suerte de trabajos, la prodigalidad y la continua vagancia son los rasgos característicos, los signos distintivos y decadentes con que el idealismo español empieza a degenerar en la clase noble.

¹ Datos tomados de Phandal, *España en los Siglos de Oro*.

A los Grandes seguían en rango y distinción los Caballeros, que eran miembros de las cuatro órdenes militares de Alcántara, Calatrava, Santiago y Montesa y una última que Carlos V implantó en España, la del Toison de Oro, fundada en 1429 por Felipe el Bueno de Borgoña. Organizaciones guerreras religiosas, nacidas en los siglos de la reconquista, que poseían señalados privilegios y singulares mercedes en su administración y gobierno interno, lo cual los hacía fuertes y temibles por su riqueza y el número de afiliados, ya que a ellas se podía entrar aun no siendo noble de nacimiento pues este título lo otorgaba el rey por medio del espaldarazo.

En un escalón más abajo estaban los de la Pequeña Nobleza que casi siempre habitaban en las provincias porque sus recursos económicos no les permitían permanecer en la corte. Bajo de está estaban los hidalgos (hijo de algo) que constituyeron una suerte de nobleza inferior a la nobleza de cuna; se componían de un doble elemento de las antiguas familias, que por una parte recibieron el título, por méritos adquiridos en las luchas de reconquista y de las nuevas generaciones, por la otra que en tiempos de los Austrias recibieron la nobleza, por motivos y merecimientos de muy diversa índole.

Estos hidalgos eran pobres; pero si tenían quinientos ducados de renta anual, los convertían en mayorazgos que heredaban los primogénitos. Se sentían nobles, desdeñaban el trabajo manual, por lo que se dedicaban a la milicia, otras veces ingresaban al clero para ver si ahí podían mejorar su fortuna, otros se dedicaban a las profesiones de médico, abogado o maestro ya que ese trabajo por ser intelectual no degradaba al que lo ejercía. Con frecuencia optaban por emigrar a las colonias americanas donde se dedicaban al comercio. Según la manera de pensar de esa época el comercio lo podía ejercer un hidalgo en las colonias, pero no en España.

En España todos los cristianos viejos se decían hidalgos, por lo que la mayoría desdeñaba el trabajo manual, y hubo provincias como Aragón que pidieron permiso al Rey para usar el Don que era privilegio del noble, porque decían que toda la provincia era de hidalgos. Este orgullo de nacimiento ocasionó a la economía española serios perjuicios.

c) Los burgueses, durante las luchas de la reconquista, obtuvieron los llamados fueros municipales, otorgados por los mismos reyes como galardón a sus valiosos servicios, fueron adquiriendo progresivamente un grado tal de independencia y autonomía administra-

tiva, como en ningún otro país de Europa. Durante la Edad Media lograron su florecimiento, pero el poder absoluto de los Austrias empezó a limitar sus fueros. A pesar de esto las ciudades que estaban abiertas a los caminos del mar y en comunicación con las colonias tuvieron un nuevo período de esplendor; con el comercio y la industria, hubo un refinamiento en la vida y las costumbres, pero a la vez que esto sucedía sobrevino una extranjerización de la burguesía por el predominio de elementos extraños.

El comercio, en esta época, quedó sobre todo en manos de italianos, flamencos, holandeses y alemanes que llegaron a España a trabajar; también los moriscos y los judíos conversos se dedicaron a esta clase de trabajo. Como era natural el oro del Nuevo Mundo atrajo a una legión de obreros y comerciantes que con su actividad y constancia llegaron a superar a los naturales en tenacidad, resistencia, y trabajo y creció de tal modo su influjo en el mercado que llegó a convertirse en un monopolio.

Los comerciantes e industriales extranjeros representaron en esta época el papel que en la Edad Media tenían los judíos y los moriscos.

De la fusión de la nobleza y la burguesía y sobre todo de los segundones de la nobleza se formaron los letrados o académicos. A partir del Renacimiento las Universidades se habían multiplicado. Como era lógico, los empleos públicos y cortesanos, que no sólo ofrecían en perspectiva una adecuada y decorosa situación a los hijos de la baja nobleza, sino que posibilitaban la elevación social de la burguesía y les abría la puerta para poder entrar fácilmente al estado clerical sin más requisitos que los estudios ya adquiridos.

Esta clase de eruditos, licenciados, doctores en todas las facultades que encarnaban, en cierto modo, a la aristocracia intelectual, llevaba como inherente el título de Don que en su origen era título de nobleza y que fué más tarde también usado por los hidalgos.

La milicia, sin ser una clase social en particular, jugó un papel importante en la evolución de la sociedad española; en tiempos de los Austrias fué el eslabón entre la nobleza, la burguesía y la plebe, ya que en el ejercicio se reunían gente de todas clases sociales en busca de fortuna. La gente distinguida prestaba servicio militar según sus capacidades, inclinaciones o por el título que llevaba; pero la mayoría ingresaba al ejército para obtener un grado y una fortuna, y fué refugio de los hijos segundones de las familias nobles,

de la burguesía y de la plebe que prefería la vida militar a cumplir una condena en las galeras o la horca.

Tanto la carrera militar como la eclesiástica era el especial recurso de los segundones hijos de nobles. El burgués se hacía soldado a contrasueldo para recorrer el mundo y buscar aventuras. Del mismo modo se alistaba el que no podía familiarizarse con el trabajo manual y buscaba en la milicia un camino para ganarse el sustento o el medio de evitar un castigo. De estos dos últimos grupos se forman los soldados mercenarios que fueron a engrosar, más tarde, la capa más ínfima de la sociedad de los siglos xvi y xvii.

Estos mercenarios volvían a la Patria a veces heridos o mutilados, con el prestigio de antiguos veteranos; pero ajenos a todo método de vida usual, sin dinero. Se sentían orgullosos y altivos por sus campañas, fanfarrones y camorristas aumentaban el número de pícaros y mendigos que exponían ante el público sus heridas y cicatrices implorando una limosna.

e) Los campesinos. La situación del campesino español llegó a su mayor grado de prosperidad durante la Edad Media; descendió luego en el reinado de los Austrias. En los tiempos inseguros de la reconquista se prefirió en las regiones libres la cría de ganado a la agricultura, después de la sumisión definitiva de los moros y la unidad nacional lograda por el enlace de los Reyes Católicos, la corona, la nobleza y el clero tenían más interés en tener estacionarios los antiguos métodos de cultivo y explotación de tierra, que darles impulso o vigorizar la vida industrial y era porque ellos también eran dueños de considerables rebaños de ganado lanar y recibían por otra parte los derechos aduanales de los rebaños trashumantes.

El labrador sufría las consecuencias de esto pues no podía cultivar sus campos por que estaban convertidos en paso y camino sin protección de los ganados trashumantes de la Mesta (derecho de pastoreo en todas las tierras que se encontraban). Por otra parte los mayorazgos trataban de absorber todas las pequeñas parcelas que estaban cargadas de tributos, impidiendo así al campesino el comprar pequeños lotes. Eran pobres en su mayoría y las tierras mal cultivadas.

La ilegalidad reinante y la creciente carga de impuestos y tributos, junto con el derecho de la Mesta y los mayorazgos, anularon casi por completo el trabajo de los labradores y campesinos con inmenso perjuicio para la nación. Por eso muchos, viendo que ya

en su Patria era casi imposible vivir, emigraron a las colonias donde se les ofrecían mayores posibilidades.

Las más bajas capas sociales se distinguieron de las demás por su vagabundez. La repugnancia racial de inmiscuirse en los trabajos, ocupaciones e industrias tenidas por denigrantes, influyó en la formación de este grupo privativo de las grandes ciudades.

Los mendigos y vagos se alimentaban del robo. Los mendigos vivían organizados y reglamentados convirtiendo la mendicidad en un negocio lucrativo.

Los gitanos, moriscos y negros completaban la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

Los moros habían quedado divididos en dos sectores después del quebrantamiento definitivo de su dominio en la península. Los propiamente moriscos vivían en Navarra, Andalucía, y Castilla y eran los que habían recibido de buen o mal grado el bautismo y se consideraban cristianos. Los mudéjares vivían por Cataluña, Aragón y Valencia y no habían renunciado a su fe; preferían soportar las cargas y contribuciones especiales. Bajo el reinado de Felipe II y después con Felipe III casi se acabaron por las expulsiones que hicieron estos reyes.

Los gitanos, eran la plaga de la nación y a pesar del aislamiento a que estaban sometidos, vivían en constante relación con todas las clases sociales. Únicamente podían trabajar en la labranza; se les prohibía vivir en pueblos de menos de mil vecinos, usar su lengua, su traje, y nombre. Sin embargo ninguna de estas medidas sirvió para que desaparecieran de España.

Más abajo de estas clases está la verdadera escoria de la sociedad, llamada germanía (conjunto de malhechores) que vivían del robo aunque en muchas ocasiones formaban parte del ejército.

En los siglos XVI y XVII, como ya he dicho, todo el mundo aspira a ser hidalgo. Nadie quiere ser plebeyo o del estado llano, y todos rechazan ciertos géneros de trabajo manual.

En esta sociedad es donde actúa el rey Felipe IV y no es de extrañar que él mismo estuviera influenciado por el ambiente en que vivió.

CAPÍTULO II

REINADO DE FELIPE IV Y EL CONDE DUQUE DE OLIVARES

Felipe IV nació en Valladolid el 8 de Abril de 1605 y fué hijo de Felipe III y de Margarita de Austria. Tuvo varios hermanos: Carlos, Fernando, Ana (reina de Francia) y María (emperatriz de Alemania).

Sus primeros años los pasó cerca de su madre. Era ésta muy piadosa y de carácter bueno y dulce. Le enseñó religión y el gusto por las cosas sagradas. En 1610 el rey, su padre, le puso como preceptor y maestro al arzobispo de Granada Fray Garcelán Albañell, quien le enseñó las primeras letras y lo inclinó a las artes y literatura. El carácter del príncipe niño era dulce e indolente. A la edad de 10 años, en 1615, su padre lo casó con Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia, con lo que se puso fin a la guerra entre las dos naciones. Esta paz fué relativa pues poco tiempo después volvió aquella a encenderse.

Desde esta época el príncipe quedó bajo la vigilancia del Conde Duque de Olivares. El príncipe seguía siendo de carácter débil, abúlico; pero principió a interesarse por la danza, la caza, las bellas artes, las mujeres hermosas y por todo aquello que podía ofrecerle un atractivo como hombre y como soberano. Gustó del teatro y de la pintura y fué mecenas de algunos artistas entre ellos de Calderón de la Barca.

Según fueron pasando los años y adquirió experiencia, asumió en público la estoica gravedad y marmórea impassibilidad que a su juicio convenía a la monarquía. Sin embargo en su juventud y en la sociedad de sus favoritos era ingenioso y jovial. Tuvo talento. Se deleitaba en los libros, en la música, la poesía y el drama; se dice que hasta escribió comedias bajo el seudónimo de "Un Ingenio de la Corte". La indolencia, sin embargo, desfiguraba su talento, y su amor a los placeres era tan desordenado que nadie podía resistirlo. Sin embargo, después de ver las características del pueblo

español y de la sociedad en los siglos XVI y XVII, no es de extrañar que Felipe IV, aparte de su temperamento, haya estado influido en su manera de ser por el concepto de orgullo de raza, nobleza y honor que existían en aquella época.

Felipe IV sólo contaba 16 años cuando comenzó a reinar; trató de interesarse en los asuntos políticos y públicos e intervenir en ellos directamente. Varias veces repitió esta tentativa, asistiendo a las reuniones del Consejo Real, estudiando las resoluciones convenientes; pero todo esto fué efímero pues pudo más su pereza. Sin embargo en el prólogo que Felipe IV escribe para acompañar la traducción que hizo de la Historia de España de Guicciardini pone de manifiesto su manera de pensar acerca del arte de gobernar y aclara cómo se inició en el aprendizaje de monarca desde la muerte de su padre Felipe III y dice:

"Con su muerte dejó en mí el sentimiento que era justo de tal pérdida; pues perdí a un padre a quien amaba tiernamente, y un dueño a quien servía con amor, fidelidad y sumisión. Quedé con las obligaciones que tal puesto pide, que son tales, que no hay pluma que las pueda escribir, y con muy cortas o sin ninguna noticias de lo que debía obrar en tal puesto, pues por mis pocos años no pudo el Rey mi Señor, que está en el cielo, introducirme cerca de su persona en los negocios de la monarquía".

Y después "Discurriendo en aquella edad de los caminos que más podían despertar y abrir los ojos con la inclinación que todos han visto aprender perfectamente cuando me ha tocado de ejercicios de caballos la tuve igual de aprender mi oficio de Rey; y así me pareció el mejor camino tener los oídos abiertos para todos los que me quisiesen hablar, en audiencias públicas y particulares, como lo he hecho siempre, sin negarla a nadie que me la pidiese."¹

Por lo anterior se ve que Felipe IV puso empeño en aprender su oficio de Rey, pero su carácter y las ideas imperantes de su época no lo dejaron seguir el camino que él mismo se había trazado al comienzo de su gobierno y el resultado fué que el monarca se abandonara por completo a sus ministros, sobre todo al conde duque de Olivares el cual se convirtió en el director efectivo de su política, llegando a ser el verdadero soberano.

Comenzó Olivares a mostrarse inflexible respecto a la moralidad de la administración pública aunque para sí era poco escrupuloso. No era esto sin embargo, lo más importante, ni lo que mayores peligros podía ofrecer al país.

¹ *Estudio sobre el Reinado de Felipe IV*. Canovas del Castillo. t. I pág. 32-33.

EL CONDE DUQUE DE OLIVARES COMO HOMBRE DE ESTADO

Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, Ribera y Velasco y de Tovar, conde de Olivares, nació en Roma el 6 de Enero de 1587, hijo segundo de Don Enrique, segundo conde de Olivares, contador mayor de Castilla, alcalde mayor de los Alcázares de Sevilla, virrey de las dos Sicilias y embajador en Roma. Su madre Doña María Pimentel pertenecía a una ilustre familia castellana, la de los condes de Monterrey.

Recibió como herencia tres cosas claras: voluntad de mando (por vía de los Guzmanes), afición burocrática, (por vía de la abuela paterna) austeridad y religiosidad, (por vía de las dos condesas abuela y madre paterna). Con esto, ingenio y perseverancia grandes, temperamento propenso al arrebató y la manía. El ambiente en que vivió, lejos de servir de freno a los impulsos de su orgullo, los acrecentó. Servir a un rey casi niño le permitía utilizar su voluntad para obrar a su placer conforme a sus planes personales.¹

La vida pública del Conde Duque se inicia en 1615, al entrar al servicio del príncipe cuando éste se casa con Isabel de Borbón.

Pronto se dió cuenta el duque de Lerma primer ministro y favorito del rey Felipe III, del peligro que representaba el tener junto al futuro soberano a un hombre de ingenio profundo y disimulado y de la osadía del de Olivares, pues el de Lerma tenía miedo que le pudiera quitar la privanza cerca del Rey, quiso apartarlo del príncipe y le reiteró el ofrecimiento de la embajada de Roma, pero el de Olivares no aceptó sino que uniéndose al duque de Uceda, hijo del de Lerma, empezó a intrigar contra el favorito del Rey.

El de Olivares se sentía hostilizado, precisamente por que lo era desplegaba su habilidad para mantener su puesto cerca del futuro rey y supo actuar con destreza y serenidad. El mayor obstáculo que encontró el Duque en su camino, no fueron las intrigas de la corte sino la antipatía que le mostraba el mismo príncipe; pero la ambición del poder del Duque no se detuvo ante eso, sino que trató de encontrar el porqué de la antipatía que por él sentía el príncipe y pronto comprendió que se debía a la influencia que ejercía sobre su Señor la nodriza, Doña Ana de Guevara, instrumento del duque de Lerma y sus partidarios.

Don Gaspar entonces planteó claramente la cuestión al príncipe

¹ Datos tomados de *El Conde Duque de Olivares*, de Gregorio Marañón.

siguiendo la táctica que luego empleó siempre en los momentos difíciles. Un día, estando solo con Don Felipe le dijo que si su presencia y sus servicios le molestaban le diera permiso para retirarse, a lo que el príncipe le contestó: "Conde, no quiero que os retiréis; vuestra persona me es muy agradable y estoy muy contento de vuestros servicios".¹ El Conde comprobó que no le desfavorecía por personal aversión sino por instancias ajenas. Con esto el de Olivares se aseguró de dos cosas: que no había en el príncipe odio específico contra él y que el espíritu de su Señor era fácil de moldear y manejar. Trabajó entonces para apoderarse de la voluntad del Rey. No puede decirse que el de Olivares fuera de peor condición que los demás sino que el ansia de poder lo dominaba, como a otros hombres de su época y para satisfacción sólo existía un medio, el de ganar la voluntad del Rey, y para conseguir esto puso en juego todos los medios que le proporcionaban su sagacidad e inteligencia.

Así fué apartando todos los obstáculos hasta la muerte del rey Felipe III en marzo de 1621. De ahí en adelante nadie podrá arrebatarle el poder, de esta manera como dice Quevedo en *Sus Grandes 15 Días (Vivanco-Historia de Felipe III)* "Felipe III acabó de ser rey antes de empezar a gobernar y Felipe IV empezó a reinar antes de ser rey", pues su primera orden fué para evitar que el duque de Lerma regresara del destierro, al saber que el fin de su Rey estaba cercano.

Todo gobernante absoluto pasa sin excepción por tres fases de su mandato. La primera en la que el nuevo jefe carece aún de fuerza propia y organizada, pero se la da el pueblo que siempre acoge como novedad política toda alegría y esperanza.

En la segunda fase, la opinión comienza a ser hostil porque se manda con violencia; se advierte que las reformas intentadas no todas han sido efectivas y las antiguas instituciones y costumbres se echan de menos. Sin embargo el poder le permite seguir en el gobierno, pero llega el día en que aunque no se cometan errores grandes ya nada contiene al descontento general.

El dictador o el hombre que tiene el mando absoluto obra de buena fe, piensa que es indispensable y se cree predestinado a grandes empresas salvadoras; pero cuando se quiebra la fe en sí mismo, en la propia eficacia, la magia que ejerce sobre los demás se rompe y con ella la razón del poder.

¹ *El Duque de Olivares* de Gregorio Marañón pág. 85.

La tercera fase es cuando la persona se siente hambrienta de paz; es el momento en que después de luchar contra todos se desea el asentimiento general, cuando el dictador quiere cambiar la forma de su poder en un reinado de calma y paz, pero el sueño entre más deseado más se imposibilita y por fin el período final del ciclo se cumple y el caudillo cae estrepitosamente.

La sucesión de estas tres etapas en la vida política del Conde Duque son clarísimas: el primer período fué breve, desde su advenimiento al mando en 1621, a 1623. En un principio don Gaspar tuvo el acierto de no aparecer como el dueño absoluto del poder, asociándose con su tío don Baltasar de Zúñiga, colocándose en un rango secundario hasta su muerte. En este período se entrenó, y desarrolló una actividad encaminada al gobierno absoluto, persiguiendo a los antiguos gobernantes bajo un aspecto de inflexible moralización. Empezó por quitar de sus empleos a los antiguos privados comenzando por el duque de Uceda y su protegido el duque de Osuna, que había sido virrey de Sicilia y Nápoles; éste último fué acusado y mandado aprehender para que respondiera a los cargos que se le hacían sobre la mala administración y no le valieron los servicios que había hecho con anterioridad al reino. Trasladado a Madrid murió ahí sin que pudiera justificarse. Otro suceso escandaloso fué el proceso y ejecución de Don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y conde de Oliva.

Por otra parte el Conde Duque rompe la paz y comienza de nuevo las guerras europeas siguiendo los propósitos y fines de su política, los cuales eran:

1º Unificar política y económicamente la monarquía.

2º Aumentar el poder real en todas las provincias disminuyendo el poder de las Cortes, de los fueros y privilegios.

3º Recuperar los dominios perdidos en los Países Bajos.

Siguiendo estos lineamientos el Conde-Duque encaminó su conducta. Sin embargo se debe reconocer, que provocar de nuevo la guerra con Holanda y después rechazar al príncipe Carlos de Inglaterra para esposo de la infanta María, fueron sus más grandes errores políticos.

Toda una ola de calumnias y odios va formándose alrededor del Conde Duque, desde 1623 a 1643, época en que se nicia claramente el ciclo final del privado de Felipe IV; sin embargo en esa época el Conde Duque no necesitó del clamor del pueblo para sostenerse en su puesto, pues estaba en ese momento en plena madurez de aptitud

de mando; asediado de peligros externos e internos les hizo frente con energía indomable. Sostenía sobre su espalda todo el edificio inmenso del Imperio español que se desplomaba.

Este período fué de continuas guerras casi en la totalidad de los dominios españoles. Cada ejército y cada batalla era para el Conde Duque motivo de increíbles esfuerzos para sacar de las bolsas agotadas del pueblo y de la nobleza, el dinero suficiente que en ocasiones no bastaba ni para vestir y calzar a la tropa y que milagrosamente completaban los galeones de América en momentos de angustioso apuro. El propio Conde Duque dando el ejemplo, aportaba cuantiosas sumas para los gastos militares.

No hay que culpar sólo al de Olivares de la decadencia militar y política de España. Es verdad que él tuvo ocasión de detener las guerras y hacer que España siguiera, si no en auge, por lo menos en un estado de paz; pero también hay que tener en cuenta la falta de generales y administradores capaces y de ejércitos mejor entrenados, pues sólo tenían gente bisoña; pero aún así algunas veces las victorias se lograron dando una idea fabulosa de la capacidad vital de España.

Todos estos problemas, sometidos a un solo responsable, suponían una tensión enorme, y gran capacidad de mando.

La victoria de Fuenterrabía, en 1638, marca el apogeo de su poder, al que sigue el de su desgracia: el comienzo de las dos guerras peninsulares, la de Cataluña que duró hasta 1658 y la de Portugal hasta 1668, que terminó con la pérdida del reino Lusitano.

Acerca del asunto de Portugal hay unos papeles escritos por el Conde Duque que se titulan "Papeles que ha dado a su Majestad el Conde-Duque Gran Canciller, sobre diferentes materias de Gobierno de España y sus Agregados".¹ En estos papeles el de Olivares anota observaciones políticas y económicas acerca de Portugal. Dice que es un país fértil, con grandes puertos para el comercio y mucha gente con dinero, pero que son difíciles para gobernar.

Aconseja el Conde Duque que el Rey debe ir por algún tiempo con su corte a Portugal ya que los portugueses se quejan por la falta de su Rey y agrega:

"La razón de haber decaído, atribuyen ellos a la falta de los ojos de sus reyes naturales, y a esta misma causa todos los daños que padece su gobierno. No hay duda de que en lo primero

¹ *Estudio sobre el Reinado de Felipe IV.* Canovas del Castillo, t. I, pág. 233.

deben tener razón, siendo imposible que no desaliente infinito la falta de asistencia real. Y así tuviera de convenientísimo para muchas el asistir V.M. en aquellos reinos por algún tiempo, no sólo para el remedio de estos daños sino para la conveniencia mayor que pueden tener los negocios públicos que miran a la conservación y aumento de lo principal de esta Monarquía. En el segundo daño del gobierno que ellos consideran también por este mismo accidente, es cierto que no se lo negaré yo, pues para el gobierno de la corte misma donde V.M. asiste, de la falta sabe V.M. que he reconocido y representádole inconvenientes de su atención personal, con lo cual no me parece posible dejar de ser ocasión mayor del mal gobierno, de que hoy se muestran lastimados. Y así parece muy del servicio de V.M. que estos vasallos vivan con esperanza que V.M. les dé de que asistirá con su corte en Lisboa por algún tiempo continuado y de asiento. También juzgo por de obligación y conveniencia de V.M. de ocupar a los de aquel reino en algunos ministerios de éste, y muy particularmente en embajadas y virreynatos, presidencias de la corte y en alguna parte de los oficios de la Real Casa. Y esto mismo tengo por conveniente hacer con los aragoneses, flamencos, e italianos de que hablaré en las partes que les toca particularmente, anteponiendo y presentando a V.M. con viva instancia, que es esto la cosa que más conviene ejecutar, para la seguridad, establecimiento, perpetuidad y aumento de lo general de esta Monarquía. Y después "El medio sólo de unir la es la mezcla de estos vasallos que se reputan por extranjeros, admitiéndolos en todas las dignidades dichas. Y me atrevería hacer demostración a cualquiera de cuan vanas son las instancias que se pueden hacer contra esto, porque sabe Dios que, habiendo pensado mucho en los inconvenientes que padecen y pueden destruir esta Monarquía, no halló mayor reparo que esta unión por estos medios; y si yerro en ello, es bien cierto que es error de entendimiento.

"Concluyo este papel conque en los reinos de Portugal conviene lo que he representado a V.M. e igualmente el poner remedio en los cristianos nuevos de aquel reino, como V.M. lo va tratando con todo lo demás que se ofrece que remediar en el gobierno, y en la hacienda muy particularmente, porque en lo uno y en lo otro, es grande el desorden, la libertad, codicia, y ambición de los ministros, y poca obediencia a las reales órdenes de V.M. daño que, si no se repara, los causará irreparables. Con las personas que he dicho, que disputan de las otras, conviene tener cuidado y atención muy particular, procurando que en nada se adelanten como hoy están, mientras no fuere posible emparejarlas con las otras. El corazón de los portugueses es fiel esencialmente, y el descontento que muestran es de puro amor a sus Reyes. Son personas de espíritu y presunción tal, que los

hace notados menos cuerdos. Son vasallos dignos de gran estimación; pero de alguna atención en el modo de gobernarlos, fuera de lo general de la justicia y gobierno público."¹

Por cierto que no se propondría adular a los portugueses el Conde Duque en este papel secreto. Por lo anterior se ve que el de Olivares desde antes de su viaje a Portugal y después de su regreso se preocupó por mejorar la situación de aquel reino aconsejando al Rey lo que él creía que sería más conveniente.

Los cargos que más pesaron sobre el Conde Duque en las sublevaciones de Cataluña y Portugal no fueron principalmente el mal gobierno, las violencias o crueldades cometidas por los representantes del Rey, sino el querer juntar en uno, todos los reinos con que se había constituido la monarquía española. La desunión de España era más honda y tratar de remediarla cosa más ardua, porque se apoyaba primero en la individual ventaja de las exenciones que las regiones particularistas gozaban, y después en las preocupaciones, en gran parte respetables, de gentes reunidas a la fuerza, bajo un cetro común. Esta fué la causa que mientras en otros países, como Francia, se sublevaban personajes de más o menos valía, en España se alzaban en armas estados independientes.

No se ocultaban al ministro las dificultades que existían para realizar sus propósitos y por eso pensó más en las ventajas de la unidad española, que en lo que en realidad hizo por establecerla.

Uno de los errores fatales de Olivares, en Portugal, fué el no haberse decidido a tiempo a llevar fuera de la Península al conde de Braganza ya que para los portugueses representaba el símbolo de su Casa Real.

Y cuando Olivares quiso reparar este error, tratando de enviar al de Braganza como embajador a Italia, éste no aceptó pues comprendió las intenciones del ministro español. Más que a los ministros la pérdida de Portugal se debió a la falta de espíritu patriótico del pueblo español y al debilitamiento del ejército.

En 1643 se inicia la desgracia y caída del Conde Duque. Desde 1640, los sucesos de España se habían ido agravando de tal manera que el Rey se dió cuenta y viendo el Conde Duque que era imposible resistir a tantos embates pidió al Rey le permitiera retirarse de los negocios e irse a descansar a Loerches, cosa que el Rey le negó dos veces. Sin embargo el 17 de enero de 1643, el de Olivares se

¹ *Estudio sobre el Reinado de Felipe IV*. Canovas del Castillo, t. I pág. 235-36.

encontró con una nota del Rey en la que le concedía el permiso para retirarse. En la comunicación que pasó Felipe IV a los Consejos, decía que había concedido al ministro el permiso que tantas veces le había solicitado por falta de salud, quedando muy satisfecho del celo y desinterés con que le había servido y que desde ese momento él en persona tomaría las riendas del gobierno.

La caída del Conde Duque se debió sobre todo a la influencia de tres mujeres: a la reina Isabel, a Doña Ana de Guevara, nodriza del rey Felipe IV y a la consejera y amiga personal del Rey, Sor María de Jesús de Agreda.

La caída del de Olivares fué celebrada con general regocijo por los cortesanos y el pueblo. Pronto empezaron a publicarse escritos contra el antiguo privado en los que muchos desahogaban la envidia que durante años habían guardado en sus corazones.

El de Olivares recibió la despedida con resignación y después de dejar arreglados todos los papeles se retiró a Loerches dejando en la corte a su esposa doña Inés de Guzmán y a su hijo don Felipe; sin embargo meses después la condesa recibía órdenes de ir a acompañar a su esposo. Como el clima de Loerches era dañino a la salud del Conde éste pidió permiso al Rey para pasar a la ciudad de Toro; el Rey se lo concedió otorgándole el empleo de regidor de la ciudad. Ahí vivió el de Olivares el tiempo que le quedó de vida y el 22 de julio de 1645 murió el conde duque de Olivares que durante casi veinte años había sido casi el rey de España.

El conde duque de Olivares como hombre de estado había pretendido devolver a España su antiguo esplendor y poder y su conducta se subordinó a este fin.

Para una época en que los planes de gobierno no existían, el Conde Duque se había trazado un programa, demostrando así sus propósitos firmes de realizar una obra determinada y encaminada a un fin.

La realidad echó por tierra este programa inteligente; las guerras europeas se desencadenaron y ya no tuvieron fin en el reinado de Felipe IV, Olivares abandonó la política interna. Obligada la monarquía a enviar soldados y dinero a todas partes, la única política que se seguía dentro de la Península era la de recoger impuestos y levantar gente para la guerra, así la agricultura, industria y comercio se vieron abandonados.

Castilla, que hasta entonces era la única que había sostenido los

gastos, arruinada en hombres y dinero, tuvo que exigir que las otras provincias, hicieran los mismos sacrificios.

Olivares tuvo la desgracia de querer seguir una política idealista que para el tiempo en que vivió estaba fuera de lugar y de época. Y para servir al Rey y a una política de quimera, no dudó en sacrificar los principios más elementales de tacto y prudencia necesarios en toda obra del gobierno.

El Conde Duque quería la grandeza de España y contribuyó sin querer a su más rápida decadencia; por otra parte tuvo que enfrentarse con las ideas expansionistas de otro ministro que como él, quería que su nación fuera la más poderosa, el Cardenal Richelieu, que más afortunado que él pudo ver realizados sus sueños haciendo de Francia una de las naciones, más poderosas de su época, valiéndose de la decadencia de España.

CAPÍTULO III

SOR MARIA DE JESUS DE AGREDA Y SU INTERVENCION EN LA POLITICA Y EN LA CONCIENCIA DE FELIPE IV

Entre las personas que influyeron en el monarca Felipe IV, está Sor María de Agreda.

En 1643, cuando Felipe IV iba a Cataluña, para ponerse al frente de su ejército, quiso conocer a Sor María de Jesús de Agreda, típica monja española del Renacimiento, pues le habían hablado mucho en la corte, sobre los éxtasis y alucinaciones que tenía esta religiosa, considerada por sus contemporáneos como una santa. Delicada de salud desde su niñez, se puede considerar como una enferma permanente. Sor María no sale en toda su vida de la villa de Agreda. Funda un convento y muere en marzo de 1665.

Nada extraño era oír hablar en esa época de personas que decían que Dios hablaba por ellas; sin embargo, el Rey sólo se interesó por el caso de la monja de Agreda, y aprovechando su viaje a Cataluña, se detuvo en el convento.

Felipe IV habló largamente con Sor María, se hizo su amigo y desde entonces se estableció una correspondencia personal entre ambos.

Las cartas son un testimonio que dan cuenta de la gran influencia que ejercía Sor María en el ánimo del rey Felipe IV. Desde su retiro trabajó en pro y en contra de los validos, aconsejó campañas y medidas públicas.

El Rey, puso de manifiesto en sus cartas, sus fracasos espirituales, políticos y militares.

Felipe IV vive lleno de perplejidades e indecisiones y no se explica sus desastres políticos y militares, siendo como es todavía jefe del mundo católico. Menos aún se explican él y la monja que sus mayores enemigos sean Richelieu y Mazarino, dos príncipes de la Iglesia y así lo dice Sor María en su carta del 11-IV-659:

"Y lo que más grima y admiración hace, que un cardenal y ministro de la Iglesia impida la paz, como V. M. dice; esto me ha traspasado el alma, llenado de amargura, y mis ojos producen

lágrimas de dolor, de que una dignidad de la Iglesia obre lo que en Inglaterra no se hiciera; pues las paces sólo por política humana y conservar los reinos se podían procurar y solicitar. Entre todos miro a V. M., con deseos y operaciones de Rey verdaderamente católico, aspirando por la paz".¹

El Rey y Sor María sólo encuentran una razón para los fracasos de la monarquía y son los pecados de Felipe y sus costumbres inmorales; de aquí que Sor María pida al Rey que suprima el lujo de sus vestidos y moralice sus costumbres.

En muchas epístolas la monja aconseja al Rey que cambie de vida, que sus oraciones le ayudarán mucho para tener la fuerza de vencerse a sí mismo; pero también él debe poner de su parte todo lo que pueda. Felipe IV siente cada vez más profundo el complejo de culpabilidad y ruega a la monja que intervenga por él ante Dios por medio de sus oraciones y es frecuente encontrar en sus cartas esta interesante expresión: "¡Apretad, apretad al Señor con vuestras oraciones y las de vuestra comunidad!" El Rey en medio de tanta calamidad política, le cuenta sus penas personales.

Sin embargo no creo que el Rey en verdad pusiese mucho de su parte para vencer sus instintos y se alejara de las diversiones mundanas a las cuales fué siempre muy afecto; pero sí trató de complacer a su amiga, en algunas ocasiones, como en 1648 en que mandó cerrar todos los teatros madrileños pues Sor María tachaba de inmorales a las comedias picarescas y de enredo que sólo servían para que malos pensamientos se adueñasen de las conciencias humanas. La orden no se acató en las provincias y pronto el Rey, débil como siempre, los vuelve abrir en la capital, pues las órdenes religiosas que alquilaban los corrales y teatros los solicitaron para poder seguir sosteniendo, con lo que se recaudaba, sus obras benéficas.

En muchas de sus cartas Sor María aconseja al Rey que debe ser él, el que lleve las riendas del gobierno y no otra persona. Nada extraño es que la caída del conde duque de Olivares se haya debido más a las sugerencias de la monja que a las intrigas cortesanas. Sin embargo Sor María no pensaba por su cuenta; detrás de ella se movían conductores laicos y eclesiásticos que influían en sus ideas; así, por ejemplo, cuando escribió contra el duque de Olivares, lo hizo no sólo por hacerse portavoz del odio popular, sino por su amistad y relaciones con el sector opuesto al Duque. Sor María se convirtió en un instrumento inocente de intrigas cortesanas. Cuando

¹ *Cartas de Sor María de Jesús a Felipe IV*. t. II pág. 148.

alguien quería algo del Rey acudía a ella como el camino más seguro.

La correspondencia sigue: los temas se repiten. Las guerras de Cataluña y Portugal son el tópico central y pretexto de la mayoría de las epístolas.

El Rey se queja de la falta de dinero, ejércitos y generales que le impiden seguir las campañas. Sor María le aconseja un tratado de paz en vista de tanta calamidad. El Rey contesta que él también la desea; pero las condiciones del cardenal Mazarino son inadmisibles. Y así Sor María en su carta del 11-IV-659, escribe:

"Anímese V. M. a trabajar por ella; ármese Señor Mío, de la fe y esperanza; corrobore V. M. su brazo y fortaleza, y en causa de tan servicio de Dios no regatee V. M. ninguna diligencia y esté por cierto V. M. que por la paz el perder es ganar; y el comprarla con la sangre de V. M.; dando prendas tan de V. M. es vincular grandes prosperidades divinas y humanas para la familia de V. M. merecidas por obras de tan puras caridad. Y el evangelio dice que son Bienaventurados los que obran por la paz."¹

Felipe IV nada puede hacer, pues quien lleva las riendas de la política internacional es el cardenal Mazarino, el cual, siguiendo los lineamientos del cardenal Richelieu, trata, por todos los medios posibles, de acabar con el poderío español. Cuando ya toda Europa se ha dado cuenta de la impotencia de España, Francia logra la hegemonía y Felipe IV no puede hacer nada por recobrar su puesto.

Después de tantos fracasos políticos y militares, Felipe IV tiene cada vez más la convicción de que los males de su reino son el castigo que Dios le envía por su vida disipada y no puede comprender que España política y económicamente esté en decadencia por otras causas, algunas que venían desde tiempos de Felipe II; se siente él responsable ante Dios y ante los hombres de la impotencia de su Nación.

Felipe IV, en su soledad y congoja espirituales, durante veinte años ruega a Sor María constantemente que le escriba, manifestándole a cada paso el grandísimo consuelo que recibe con sus epístolas y se esfuerza en obedecerle tanto en lo político como en lo militar; pero poco beneficio práctico recibe la nación de esta correspondencia ya que el Rey, abúllico por temperamento, no logra llevar a la práctica lo que de bueno tienen los puntos de vista de la santa monja.

¹ *Cartas de Sor María de Agreda al rey Felipe IV. t. II pág. 147.*

CAPÍTULO IV

GUERRA CON FRANCIA Y ALEMANIA

La Valtellina es un valle encajonado entre montañas, con desfiladeros que conducen por un lado a los Grisones suizos, y por el otro, a la cuenca del Adigio, atravesado por el río del mismo nombre. Constituye un camino natural de Italia al valle del Inn, esto es al Danubio y a todos los estados germánicos. En 1624 era un punto geográfico de mucha importancia para Europa. La Valtellina era el valle que conducía más fácilmente hacia los puertos de Umbrails y Stelvio quedando en medio de ellos a menor altura el de Brenner y de más fácil acceso. A pesar de lo escarpado de estos puertos eran sin embargo de importancia, pues eran las únicas puertas directas entre el milanesado de los Habsburgo españoles y el Tirol de los Habsburgo austríacos, a pesar de pertenecer a los Grisones formaba parte natural del milanesado, pero dependiente de Suiza.

Los grisones, protestantes, pretendían divulgar el protestantismo en la Valtellina, de aquí los primeros disturbios entre los pobladores de la región y las naciones antagónicas en cuanto a credos religiosos. España se puso de parte de la Valtellina y Francia de los suizos. En 1621 la paz de la Valtellina principió a negociarse entre España y Francia, por mediación del papa Gregorio XV, en los últimos días de Felipe III, próximo a morir, éste recomendó al príncipe Felipe siguiera adelante las pláticas y en Madrid a fines de abril de 1621, se formuló un tratado en el que se estipuló que España debería reducir sus tropas en Milán por la parte de la Valtellina y lo mismo harían los grisones y el restablecimiento de la religión católica en esos lugares; pero este tratado quedó invalidado porque los católicos del valle pidieron que se anulara, pues decían que con ese convenio quedaban de nuevo bajo el yugo de los grisones protestantes. Aunque el embajador francés en Madrid, Bassompierre, reclamaba la aplicación del tratado, el duque de Olivares lo fué retardando cuanto pudo. Temía que Luis XIII volviera a promover la guerra y por lo tanto negoció otro tratado en Aranjuez, en 1622, en que

se convino que las plazas fuertes españolas en la Valtellina no se demolieran, sino que se pusieran en manos de un príncipe católico mientras España y Francia arreglaban sus diferencias.

A pesar de estos arreglos Francia hizo alianza con Saboya y Venecia para devolver la Valtellina a los grisonos, a pesar de que en 1624, por mediación del papa Gregorio XV se volvió a negociar la paz. Francia, días después, quebrantó el tratado para lanzarse a la guerra junto con sus aliados.

Urbano VIII que había sucedido a Gregorio XV, no sabía que partido tomar. Richelieu aconsejó al monarca francés atacar sin esperar las declaraciones del Pontífice, no sin antes hacerle ver que era necesario que diese una satisfacción pronta, e inmediatamente comenzó a levantar tropas francesas en los cantones suizos con las que empezó la guerra.

El Nuncio del Papa y el embajador español protestaron ante la conducta del ministro francés, el cual contestó que no podía permitir que España se adueñase de Italia con el pretexto de la religión. Después de varias discusiones se logró una tregua de dos meses.

España comprendió, que a pesar del apoyo del Papa, tendría que luchar, por lo que se alió a Parma, Módena y las Repúblicas de Génova y Lucca, obligándolas a levantar un fuerte ejército que estaría a las órdenes del conde de Feria, gobernador de Milán. El rey de Francia logró la alianza del Duque de Saboya y aunque trató de comprometer a Inglaterra sólo obtuvo vagas esperanzas. Pronto volvieron a romperse las hostilidades. Francia logró que la Liga Helvética las apoyase; sin embargo las reflexiones que el Legado del Papa había hecho a Richelieu y al monarca, los cargos que todos los católicos hacían y los triunfos de los españoles en Génova, influyeron para que el monarca francés se sintiera inclinado a la paz. Y pronto el conde de Targis, embajador francés en Madrid, empezó a entablar las negociaciones con el Conde Duque y como también España quería la paz, se firmó el tratado de Monzón en enero de 1626, y ratificóse en marzo, en Barcelona, mediante el cual se estipulaba que la Valtellina seguiría católica bajo los auspicios papales.

GUERRAS CON ALEMANIA

Desde tiempos de Carlos V, en que tiene lugar en Alemania la reforma religiosa por Lutero, los príncipes alemanes se dividieron

política y religiosamente. Carlos V había hecho lo posible por restablecer la unidad religiosa y política de Alemania, sin embargo tuvo que ceder y en 1555 se firmó la paz de Ausburgo por la cual Alemania quedaba dividida en dos sectores: uno protestante y otro católico. Los príncipes protestantes podían gobernar sus dominios; pero dentro de la Dieta no tenían voz ni voto, de aquí el descontento que existía entre los príncipes luteranos y que la separación entre los dos sectores fuera profunda. Por fin en 1618 la guerra estalló y el imperio alemán se vió envuelto en una guerra de carácter religioso; pero la causa principal era el deseo del emperador de centralizar su reino y convertirse en soberano absoluto. A esta guerra se le llamó "Guerra de Treinta Años".

Sin embargo la lucha se convirtió en un asunto político-financiero. Alemania, después de un período de paz se había convertido en un codiciado botín de guerra. Nacionalmente desunida era incapaz de defenderse. De nuevo el Imperio se veía despedazado por el particularismo.

Fernando II, fué reconocido en 1608 como rey de los bohemios; pero los protestantes se negaron a reconocerlo, poniendo en su lugar al elector Federico V el Palatino que profesaba la religión luterana. Sin embargo el Emperador logró someter a los rebeldes y nombró a Maximiliano de Baviera rey de los bohemios.

Fernando II quiso vengarse del duque Palatino e invadió sus dominios. La guerra estalló y cundió por Europa. Participaron en el conflicto España, Francia, Los Estados del Norte de Alemania y Suecia.

Los príncipes protestantes se unieron, no sólo para defender Bohemia sino para defender su independencia política.

El Emperador carecía de dinero y hombres suficientes para defenderse y como en todos los casos de apuro volvió sus ojos a España a la que estaba unida por lazos dinásticos y sobre todo por ser el reino hispano el campeón del catolicismo europeo.

España no estaba ya en condiciones de una nueva guerra, pues tenía sus ejércitos en los Países Bajos, Cataluña y Portugal, por otra parte carecía de dinero suficiente para una nueva campaña, sin embargo haciendo un esfuerzo envió al Emperador dinero y armas, ya que su honor se veía comprometido si no ayudaba a una causa que favorecía al catolicismo.

Y así, España inició otra lucha que iba a llevarla aún más de prisa a su decadencia.

Detrás de todo esto estaba Francia acechando la ocasión para terminar con el poderío español y con este motivo decidió ayudar, a pesar de ser católica, a los protestantes con armas y dinero. El infante Don Fernando al frente de su ejército logró un gran triunfo para las armas imperiales en Nordlingen en 1634. Después de esto Francia decidió intervenir directamente en la guerra. Rompió sus relaciones diplomáticas con el Imperio y España. Los deseos del cardenal Richelieu se veían cumplidos al poder medir sus armas con las casas reales de los Habsburgo y su política tanto tiempo madurada se veía realizada. Había logrado su propósito de llevar a España más que al Imperio, a una guerra que preveía ganarla, ya que el reino hispano se encontraba en una franca decadencia política y militar.

Y así España sin necesidad se vió envuelta en una lucha desigual; pero con titánicos esfuerzos hizo todo lo posible por sostenerla dentro y fuera de su territorio hasta que en 1648 se firmó el tratado de Westfalia que devolvió la paz al Imperio y terminó con las ilusiones del emperador de hacer de Alemania una monarquía absoluta.

España, que había luchado sin ningún interés político, llevada únicamente por su quijotismo de defender al catolicismo universal, al finalizar esta guerra vió su territorio disminuido y empobrecido aun más el tesoro nacional sin sacar ningún provecho político ni económico para su país.

SEGUNDA GUERRA CON ITALIA

Pronto se suscitó otra cuestión en la que, como en todas, quiso intervenir el Conde Duque. Al morir el duque Vicente II de Mantua, se disputaban la sucesión el príncipe de Guastalla, protegido del emperador Fernando de Austria y el duque de Nevers, ambos de la familia de los Gonzaga, ya que el primogénito de Nevers se había casado con la sobrina y heredera de Mantua. El Conde Duque pensó que al intervenir en el pleito podía España agregar ese estado a sus dominios o por lo menos ganar el Monferrato que el gobernador de Milán, Gonzalo de Córdoba, tenía sitiado, pero también tenía esas miras Carlos Manuel de Saboya para lo cual dejó a Francia, se alió a España, y le prometió el Monferrato.

Francia, que acababa de vencer a los protestantes de la Rochela envió sus huestes contra España y los saboyanos. España llamó a

Spinola que estaba luchando en Flandes, error grave que le costó a España perder algunas plazas flamencas importantes que había costado mucho reconquistar.

La guerra se prolongó con victorias y derrotas por ambos lados. Carlos Manuel de Saboya murió el 26 de julio de 1630 y heredó el poder su hijo Victor Amadeo.

Richelieu decidió poner fin al conflicto pues Francia se hallaba empobrecida. Obtuvo una tregua en septiembre de 1630.

Los franceses debían entregar las plazas, el castillo y la ciudadela de Mantua; pero la muerte del marqués de Spinola vino a privar a España de uno de sus mejores generalés, y el marqués de Santa Cruz (marino) remplazó al de Spinola.

Francia rompió la tregua en el mes de octubre, pues había logrado reorganizar su ejército. La paz fué firmada con hondo disgusto de los españoles, los cuales después de tantos y prolongados sacrificios, no obtuvieron ningún beneficio territorial; en cambio Francia se anexó el Pignerol que le dejaba las puertas abiertas para Italia, el de Saboya obtuvo algunas plazas del Monferrato.

Si bien los tratados de Casale y Querasco restablecían la paz en Italia, para los españoles la paz se redujo a trasladarse a otro sitio, por que empeñados el monarca y su favorito en sostener con armas y dinero la causa del emperador Fernando II de Alemania, intervinieron en la llamada guerra de Treinta Años.

Años después vuelve a encenderse la guerra en Italia entre franceses y españoles, por lo que Felipe IV ordenó al duque de Saboya que dejara los Países Bajos y fuera a auxiliar al gobernador de Milán, marqués de Leganés y juntos formaron dos cuerpos de ejército y con ellos se apoderaron de numerosas ciudades italianas dominando completamente Piamonte, ajustándose una tregua de cuatro días.

El cardenal de la Valette murió. El conde de Harcourt asumió el poder y apenas terminada la tregua comenzó de nuevo la guerra y se logró variar el aspecto en favor de Francia, al finalizar 1639. El príncipe de Condé queriendo vengar la derrota de Fuenterrabía, ordenó que su ejército entrara por el Rosellón. El gobernador de Cataluña, conde de Santa Coloma avisó del peligro a la corte de Madrid; pero no fué oído y pronto un ejército francés invadió el Rosellón sin encontrar resistencia adueñándose del castillo de Opol. Los catalanes, haciendo un esfuerzo, levantaron un ejército de diez mil hombres. La mayoría eran jóvenes sin experiencia;

pero no obstante eso, lucharon con valor y arrojo contra las fuerzas invasoras, aunque no lograron impedir que los franceses tomaran Salces. Por fin el Conde Duque envió un ejército al mando del marqués de los Balbases para que sitiase a Salces que estaba fortificada y custodiada por monsieur D'Espenan. El príncipe de Condé con sus tropas se acercaba a reforzar la plaza, cuando lo supieron los españoles; después de varias deliberaciones decidieron esperarlo en el campo. El de Condé fué derrotado y Salces se vió sitiada por segunda vez por los españoles y después de dos meses de sitio el 6 de enero de 1640 tuvo que capitular con todos los honores de la guerra. La lucha no terminaba y el obispo de Burdeos con una escuadra atacó la Coruña, Ferrol, Laredo, amagó Santander e incendió los astilleros. En el Canal de la Mancha la escuadra española se encontró con la holandesa. Quedó derrotada la española perdiendo lo mejor de la marina.

También en América se combatía por arrojar a los holandeses de Brasil y San Salvador, pero a pesar de los esfuerzos que hizo la flota española, fué derrotada.

En tanto en Italia el conde de Harcourt ganaba terreno apoderándose de Piamonte con lo que ganó fama de ser uno de los generales más grandes de su tiempo.

Los efectos del mal gobierno se hicieron sentir en todas las regiones, y al sobrevenir la decadencia surgen conflictos que contribuyen a aumentar el descrédito y amenguar su poder.

Admirable hubiera sido que las distracciones del monarca, los desatinos de sus ministros y la desmoralización de los favoritos y cortesanos sólo hubieran producido sus frutos dentro de los límites de la Península; pero no fué así, ya que Flandes casi se había perdido lo mismo que Portugal y en Italia las cosas no se presentaban con un aspecto lisonjero.

Después de haber perdido algunas plazas, el conde de Siruela, que había reemplazado en el gobierno de Milán al marqués de Leganés, tuvo que luchar contra Tomás de Saboya y su hermano el Cardenal (éste había dejado el capelo para casarse con su sobrina tomando el título de príncipe Mauricio) y se quejaban de España, por el mal gobierno, pero en realidad buscaban su interés propio por lo que se unieron a Francia tomando Niza, Verna, Crescentino y Tortosa. Aunque se luchó con valor, los españoles no pudieron resistir, por lo que el gobierno español quitó del mando al marqués de Siruela y puso en su lugar al marqués de la Velada. El príncipe

del Mónaco, Honorato de Grimaldi, que desde tiempos de Carlos V había sido vasallo fiel de España, abrió la puerta a los franceses que derrotaron a la guarnición española después de una heroica lucha.

A pesar de los esfuerzos que hacía España por mantener íntegros sus dominios, la situación económica por la que pasaba no permitía que la defensa de los estados italianos se realizara en forma, y además las desavenencias de los generales y la falta de conocimientos hacían que la defensa se dificultara.

Sicilia, en 1646, se sublevó contra el marqués de los Vélez que era entonces Virrey, ya que los gastos de guerra habían obligado a imponer nuevos tributos. Una gran sequía había empobrecido al reino por lo cual se opusieron al nuevo tributo y se sublevaron. El Virrey, acobardado, concedió abolir las nuevas gabelas y devolver al pueblo sus antiguos privilegios; sin embargo poco a poco se debilitó el partido popular y con promesas se adormeció el resentimiento y se logró que la insurrección se apagara.

De mayores proporciones fué la sublevación de Nápoles. Nápoles había sido bastante sumiso a España y grandes servicios había hecho a la monarquía; no obstante que en estos últimos años se le gravó con más tributos para el gasto de la guerra con los franceses.

Los napolitanos, en un principio, hablaban contra España en círculos cerrados, pero después que el Virrey, el duque de Arcos, puso un tributo sobre la fruta que era el alimento común del pueblo, por todas partes se empezó a hablar contra ella. El 7 de julio de 1647 un vendedor se negó a pagar la gabela de la fruta. Se juntó mucha gente alrededor de él y se inició un motín; quemaron las casetas de los recaudadores; el populacho se encaminó a palacio, penetró hasta el gabinete del Virrey, el cual aprovechó la primera oportunidad para huir; el pueblo, que lo vio salir, lo siguió. El virrey tuvo que refugiarse en el convento de San Francisco, de ahí pasó a Castelnuovo donde ya estaban su esposa e hijos y además muchos nobles, fieles a su persona.

Cinco días duró la sublevación, y el Virrey, desde su refugio, hizo llegar al pueblo la concesión que le pedían. El 14 de julio, Tomás Aniello conocido como Massaniello en el mercado, encabezaba la sublevación; fué al castillo donde le entregaron el pliego de la abolición de los impuestos y gabelas y la devolución de los privilegios otorgados por Carlos V.

Massaniello, fué asesinado. El pueblo creyó que su muerte había sido ordenada por el Virrey y olvidando las tiranías que sobre él había hecho pesar su caudillo, le tributó honores y se volvió a sublevar, cometieron toda clase de desmanes, tomaron como jefe al príncipe de la Massa, marqués de Toralto.

El descontento aumentó. España envió a Don Juan de Austria para que auxiliase al Virrey.

Toralto pareció inclinarse a firmar la paz con el Virrey y la nobleza: el pueblo lo asesinó y se declaró independiente de España. Como en Roma estaba el duque de Guisa, descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, que aun alegaba sus derechos a la posesión de Nápoles, una comisión napolitana fué a verlo para entregarle el poder que él aceptó, poniéndose al frente de la insurrección. Apenas llegó a Nápoles empezó a organizar un ejército, publicó indultos y repartió premios. Tomó la ciudad de Aversa; Salerno y la región de Basilicata se sublevaron en su favor.

Francia a pesar de que desconfiaba del de Guisa, envió una flota en su auxilio; pero fué vencida por el de Austria y se retiró pronto del conflicto. Los napolitanos empezaron a cansarse de la guerra y de la forma insolente con que los trataba el de Guisa. Don Juan logró tomar el virreinato para sí y logró poner en buen lugar las armas españolas resistiendo un ataque general de las fuerzas rebeldes. El gobierno de Madrid nombró entonces Virrey al conde de Oñate, hombre prudente y valiente guerrero. En febrero de 1648 tomó posesión de su cargo combatiendo a los insurrectos. Corrieron rumores de que los españoles habían tomado la isla de Nísida por lo que el de Guisa salió a defenderla, cosa que aprovechó el virrey para tomar la ciudad después de algunas horas de combate. Las fuerzas de Guisa apenas supieron el suceso se dispersaron y su jefe fué preso cerca de Capua, el 6 de Abril de 1648, se le envió a España donde estuvo preso en el Alcázar de Segovia.

El de Oñate castigó severamente a los principales jefes de la insurrección, de ahí que se formaran conspiraciones contra España. El Virrey sin embargo, logró dominarlas y Don Juan recobró Piombino y Portolongone recobrando así las dos Sicilias.

CAPÍTULO V

LA POLITICA FRANCESA EN ESPAÑA

Mientras en España y en el Imperio Alemán prevalecía en la política el sentimiento católico, en Francia se propagaba la idea del Nacionalismo por encima de una tendencia religiosa.

Aliado a la reacción protocatólica, e íntimamente vinculado con ella (tan íntimamente que en ocasiones apenas se les puede diferenciar), se mostraba el poderío creciente de la Casa de los Habsburgo en sus dos ramas; este poderío parece incontrastable y llamado a absorber y disolver sentimientos nacionales que acaban de aparecer en el mundo.

El emperador es de nombre soberano de todas las Alemanias y de otros territorios todavía más vastos, vinculados al Imperio. En la otra rama de los Habsburgo, los monarcas de España son soberanos del Mediterráneo Occidental, de media Italia, y de todo el Nuevo Mundo. Estos soberanos se dividen y dominan casi todo el mundo del siglo XVI y XVII excepto Inglaterra, pequeñas regiones como Venecia, los Estados Pontificios y los Países Escandinavos.

Aunque España no consiguió dominar la rebelión de los Países Bajos por eso dejó de ser poderosa.

Así Francia, en esa época quedaba encerrada, con los Pirineos, El Franco Condado, el Luxemburgo y Flandes al Sur y al Occidente; por Alemania al Este, dentro de un círculo de países hostiles.

La monarquía francesa cuenta con fuerzas poderosas, el clero, el sentimiento religioso del pueblo, el deseo de paz tras largos desórdenes que sostienen la reacción católica; pero los señores de la nobleza son todavía medio independientes y sus mejores capitanes, de entre ellos en su mayoría protestantes, hacen la guerra al Rey. Unos son sinceros en su actitud religiosa, otros toman la religión como pretexto para sus sublevaciones de intereses políticos, pero todos invocan un motivo nacional en justificación de su actitud, porque el poderío circundante de los Habsburgo españoles y austriacos en torno de las fronteras profesan el credo del catolicismo,

combatido por el protestantismo. Así España, por mucho tiempo, interviene en las luchas religiosas internas queriendo dirigir la política francesa conforme a sus creencias.

En esta confusión de intereses y fuerzas, aparece en Francia el cardenal Richelieu, el cual desde 1624 tomará las riendas del gobierno, siguiendo una línea de conducta bien definida que desde antes de tomar el poder él ya se había trazado.

Richelieu deseaba y tuvo como fin la unidad política de su país, la fortaleza de su gobierno centralizado dando la supremacía a la corona, la extensión de su reino hasta sus fronteras naturales, la armonía de las distintas religiones que darían la paz interna a su país, la supresión de un estado religioso dentro del mismo estado. Para realizar sus fines Richelieu tuvo que luchar contra la enemistad extranjera e interna, empleando la habilidad y la fuerza cuando era necesario. Su único móvil e interés era el poderío de Francia.

La casa de Austria de Alemania trabajaba por una doble finalidad, la completa restauración del catolicismo en Europa y el establecimiento de un gobierno centralizado en todos sus dominios. Si estas dos naciones no se hubieran propuesto estos fines, el problema de Francia no hubiera existido.

Por eso fué que Richelieu decidió obrar junto con aquellos que se oponían a las casas de Austria; paso a paso esta política le llevó a sostener a los rebeldes alemanes primero, mediante sus miembros católicos y después abiertamente a sus campeones protestantes, no desdeñando la alianza de aquellos que podían servirle para sus fines, sosteniendo indirectamente al calvinismo contra el poderío católico de los Austrias. Por fin declaró la guerra contra España y Alemania, sosteniendo en los Países Bajos un ejército y en Alemania participó en la llamada Guerra de Treinta Años.

Luchó el Cardenal en todos los campos, tanto políticos, como en el de las armas, por seguir la meta que se había propuesto, ayudado por su monarca el rey Luis XIII. Desbarató el proyecto de reconstruir un Imperio alemán unificado política y religiosamente, despojó a la corona española de sus últimas esperanzas de recobrar su poder en el Mar del Norte, quitándole también la supremacía en el Occidente europeo. Y fué con España con la que luchó con más ahinco, no dejando pasar ninguna ocasión en que pudiera arrebatarle parte de su poder (sublevación en Cataluña, guerras de Italia y los Países Bajos).

A principios del siglo xvii, cuando España estaba gobernada por Felipe IV y su ministro Olivares, vió la ocasión de emprender su política contra esta monarquía, aunque por medio del matrimonio las dos coronas habían estrechado sus alianzas. Richelieu supo ver y aprovechar la pasión del ministro español por reconquistar sus dominios flamencos y así volvió a encender la guerra entre España y Francia, dada la debilidad española que ya adivinaba y se veía en toda Europa.

El conde duque de Olivares y el cardenal Richelieu iniciaron una lucha sin tregua para establecer la supremacía de su propio país, y con este fin cada quien hizo todo lo posible por derrocar al otro, teniendo más suerte el Cardenal francés que pronto se impuso al español en todos los campos. Y cuando en 1643 el favorito y ministro español cae del poder, Francia ha pasado a ocupar el primato, entre los países europeos.

Murió el cardenal Richelieu, el 4 de diciembre de 1642 y dejó casi realizados sus propósitos. Francia se encontraba libre del peligro alemán por un lado y del español por el otro, el poderío francés se afianzaba de lleno y con Luis XIV llegaría a la cumbre.

El cardenal Mazarino y Luis XIV siguieron la política que había trazado Richelieu, basándose en la destrucción del poder de la Casa de Austria. Alemania no representaba ya un fuerte peligro pues estaba dividida internamente, en cambio España, a pesar de que ya sus fuerzas estaban agotadas y en plena decadencia económica y política, aun era peligrosa por lo que contra ella dirigieron sus ataques.

Lograron a fines del siglo xvii y principios del xviii ver el poder español abatido en la lucha por la supremacía europea. Francia había quedado vencedora.

España ya había perdido todas sus fuerzas y como titán herido se debatía en su agonía, tratando de sostener aun en su mano la bandera del catolicismo europeo y la supremacía de los Habsburgo en Europa.

CAPÍTULO VI

LA SUBLEVACION DE CATALUÑA

Desde el año 1626, en que el rey Felipe IV celebró Cortes en Barcelona existían graves disgustos entre el Rey y los catalanes, principalmente entre éstos y el ministro conde duque de Olivares. La conducta de las Cortes en cuestión de subsidios, la manera como habían sido tratados por el Conde Duque, la marcha repentina del monarca y la salida de los diputados a su encuentro sin poder detenerlo, todo esto había dejado en los ánimos honda raíz de disgusto y de prevenciones desfavorables entre los naturales y el favorito del rey Felipe IV, a quien ellos achacaron toda la culpa de la aspereza y el desaire con que habían sido tratados por el Rey. Agravaban a este suceso y a otros que le habían seguido, el genio vivo independiente y levantisco que caracteriza a los catalanes y sobre todo su celo y amor proverbial a sus fueros y libertades. Por otra parte el Conde Duque que, estaba acostumbrado a ser obedecido y a dominar al mismo soberano, no cesó de irritar contra ellos al rey presentando las quejas de los catalanes como humillación a la corona.

En 1632 el rey volvió a Barcelona a dejar como lugarteniente a su hermano el infante don Fernando, con lo que se renovaron las viejas desavenencias entre los catalanes y el ministro. Los negocios de los catalanes se despachaban con lentitud, cosa que éstos creían se debía exclusivamente a la antipatía que por ellos sentía el de Olivares, sin comprender que se debía al sistema de administración, y todo esto hacía que los catalanes vieran con malos ojos a los castellanos. Las órdenes de la corte se ejecutaban usando la fuerza y hubo ocasión en que se temió que hubiera derramamiento de sangre.

A pesar de todos estos disgustos entre los catalanes y la corte, cuando los franceses invadieron el Rosellón olvidaron los antiguos agravios, formando los catalanes un ejército de más de doce mil hombres costeados por el país. La diputación, la ciudad de Barce-

lona, los consellers, la nobleza, la lonja de mercaderes, los colegios, las cofradías de artesanos y los oficios, todos contribuyeron con armas, dinero y hombres para que siempre hubiera un cuerpo de ejército. Todas las demás ciudades imitaron ese ejemplo y rivalizaron en celo patriótico y en mostrar fidelidad en el servicio del rey.

A ellos se les debió la derrota de los franceses, la recuperación del Castillo de Salces y la salvación de Cataluña.

Al terminar la guerra contra los franceses, el marqués de los Balbases Felipe de Spinola, hijo de Ambrosio, ordenó que las tropas se alojaran en la provincia, violando los privilegios catalanes, y no contento con eso, ordenó que los paisanos dieran alojamiento a los soldados. Con esto y con la falta de paga a las tropas, entregáronse los soldados a tomar por fuerza lo que necesitaban, como lo hacían en Italia y Flandes. Las quejas de los paisanos eran oídas con indiferencia por el capitán general, que como extranjero y acostumbrado a tratar con flamencos no sabía hacer distinciones en esta situación. Los paisanos, viéndose vejados, defendían ellos mismos sus haciendas contra los abusos de los soldados. Para terminar con esto el rey pidió y aprobó que cada pueblo sirviera a las tropas con alojamiento, señalando lo que se debía de dar a los oficiales y soldados con todo lo demás perteneciente al servicio. En vano la diputación y Universidades presentaron sus quejas, alegando que ni la costumbre ni la pobreza del pueblo permitían que las órdenes se cumplieren. El de los Balbases respondió que lo que era servicio voluntario se convertía en contribución y sobre todo que era la voluntad del soberano y que era preciso obedecer.

Esto exacerbó la ira de los naturales y al mismo tiempo aumentó la insolencia de los soldados. Los catalanes empezaron a reclamar sus privilegios, indignados de ver como pagaban sus servicios y se mostraron resueltos a todo antes de consentir en seguir siendo tratados con tanta ignominia.

Cataluña fué teatro de execrables escándalos y la desesperación se apoderó de todos.

En este estado de cosas, el marqués de los Balbases para ir a Madrid dejó el mando en manos del virrey don Dalmacio de Queralt, conde de Santa Coloma, que era natural del país y se creyó que calmaría los ánimos; pero hombre débil, temía a la tropa y creyendo ayudar se hizo odiar por los naturales que lo acusaban de mal catalán. Pronto empezó haber choques parciales entre soldados y catalanes en los pueblos de la provincia.

El virrey daba cuenta de todo lo que pasaba a la corte y proponía como remedio, o quitar el servicio de alojamiento que tanto irritaba a los catalanes, o aumentar las fuerzas del principado para someter al pueblo, pero el Conde Duque no contestaba nada y sólo resolvía generalidades sin tocar el problema.

Los catalanes no pudieron tolerar más esta situación y nombraron a dos consellers y a Francisco Tamarit como diputado de la nobleza para exponer sus quejas al virrey; éste, creyendo dar un golpe maestro, mandó apresar a los representantes y al canónigo de Urgel don Pablo Claris; pero sólo consiguió inflamar los ánimos de toda la provincia y aumentar el odio que le tenían.

Por otra parte ya no era posible contener los choques y peleas entre el paisanaje y la tropa; las autoridades no tenían fuerzas para contenerlos.

Todos los años, en vísperas de Corpus, bajaban de las montañas de Cataluña segadores en cuadrillas, temibles en los pueblos; el virrey le hizo presente a la ciudad que no convenía la aglomeración de tales gentes en las circunstancias en que estaba la ciudad, pero los consellers se opusieron diciendo que cerrarles las puertas de la ciudad era ofenderlos y exponer a la ciudad a mayor inquietud y turbación.

En la mañana del Corpus, 7 de junio de 1640, entraron al fin dos o tres mil segadores, muchos ocultamente armados, dispuestos a armar trifulca. Y ésta empezó cuando un criado de Monredón reconoció a un segador como asesino de su amo. Empezó la pelea y un tiro disparado al aire para dispersarlos fué la señal para que la lucha comenzara al grito de ¡Viva la Libertad! ¡Venganza! Hubo todo género de excesos y matanzas de castellanos.

Viendo el virrey que su autoridad de nada valía trató de embarcarse y ponerse a salvo; pero sólo pudo escapar su hijo. El conde se encaminó a San Beltrán siendo perseguido y asesinado.

Pronto todas las ciudades del principado siguieron el ejemplo de Barcelona, sobre todo en las que había tropas alojadas, como en Gerona, Balaguer, Lérida y Tortosa.

Los tercios alojados en Ampurdan y la Selva se sublevaron a su vez. Los paisanos se emboscaban en los caminos y asaltaban a las tropas; sin embargo algunas de ellas, al mando de Moles y Arce, pudieron acercarse hasta el Rosellón y permitir a sus soldados saquear los pueblos por donde pasaban, vengándose así de los ultra-

jes de que habían sido objeto. Con esto las fuerzas del Rey acabaron de hacerse odiosas en toda la provincia.

Cuando en junio se tuvo noticia de estos sucesos en la corte, como en todas las ocasiones los consejeros no supieron cómo obrar; unos pedían castigos severos para los sublevados y otros el perdón y la indulgencia.

Los catalanes mandaron como representante a la corte a Fray Bernardino Manlleu, quien llevaba las quejas del principado. Pedían sobre todo que se quitara el servicio de alojamiento y manutención de la tropa. Los catalanes propusieron al Rey que ellos defenderían la provincia sin necesidad de soldados asalariados; pero esta propuesta fué rechazada.

Se nombró como virrey al duque de Cardona don Enrique de Aragón, que era natural del país lo que no fué visto con desagrado por los catalanes. Pensó el nuevo virrey que calmada la capital, los poblados y las ciudades seguirían su ejemplo; pero no fué así, los sacerdotes y los frailes de las ciudades, desde el púlpito no cesaban de predicar por la libertad y sobre todo por la defensa de sus derechos y fueros. El obispo de Gerona, en vista de los excesos cometidos por los soldados de Mole y Arce, los excomulgó, tratándolos como a herejes; se cambió así una causa política por una religiosa, por lo que hasta la gente pacífica se creyó en la obligación de defenderse y vengarse, a tal punto que levantaron pendones negros que llevaban la imagen del Señor, Crucificado y Ensangrentado en señal de tristeza.

En Perpiñán fueron también mal acogidas las tropas que iban a emprender una campaña contra los franceses, negándose la ciudad a dar alojamiento y cuarteles, alegando sus derechos y fueros; inútiles fueron las amenazas y todos los esfuerzos que emplearon el general marqués de Xeli y el gobernador del castillo don Martín de los Arcos para convencerlos. La ciudad cerró sus puertas. Desesperados los soldados atacaron, trabándose una sangrienta lucha después de la cual los soldados triunfantes, entraron en la ciudad sin respetar el perdón otorgado por su general y se dedicaron a cometer toda clase de desmanes.

El virrey tuvo noticias de estos sucesos y marchó a Perpiñán resuelto a castigar a los culpables de los hechos. Puso en prisión a Mole y Arce y a muchos oficiales y mandó dar parte de esto a la corte; pero el Conde Duque que creía que ya la provincia estaba sometida, ordenó al virrey que no procesara a los detenidos y que

esperara hasta consultar a una Junta que se mandó formar en Aragón para atender estos negocios. En esto el virrey enfermó y murió pocos días después.

Una segunda comisión catalana se dirigió a Madrid a suplicar la clemencia real, pero se le ordenó que se detuviera en Alcalá de Henares, desde donde escribieron a otros ministros y a la reina, pero no fueron oídos. Por lo cual publicaron un escrito titulado "Proclamación Católica" en donde expresaban todos los motivos de sus resentimientos, de sus quejas y los agravios que habían recibido y que habían ocasionado los levantamientos, acusando al Conde Duque y al protonotario de Aragón como autores de su ruina, cargo que estos dos personajes trataron de desvanecer sin lograrlo.

El rey, entonces nombró como virrey al obispo de Barcelona don García Gil Manrique, el cual era un hombre docto y pacífico, perfecto para su cargo apostólico, pero no para llevar las riendas del gobierno y sobre todo en la situación porque atravesaba el principado.

Por fin fueron recibidos en audiencia y hablaron los comisionados catalanes. El ministro les respondió que el Rey estaba dispuesto a escucharlos con benignidad siempre y cuando dieran pruebas de arrepentimiento, aunque el favorito estaba ya dispuesto a llevar la guerra a Cataluña; para lo cual se nombró al marqués de los Velez, virrey de Aragón, capitán general del ejército y general del Mar de Flandes, se acordó mandar que todas las galeras se acercaran a la costa de Cataluña y se señaló a Zaragoza como plaza de armas del ejército de tierra.

Viéndose amenazados de guerra, los catalanes se prepararon a resistir. Proveyóse Barcelona de armas y municiones, se armaron nuevas compañías (las de Santa Eulalia). El obispo Claris, que había sido apresado por el virrey Santa Coloma, habló en favor de la guerra y pronto se aprestaron a la defensa sin oír ninguna de las propuestas de paz que hacía el obispo de Urgel; inmediatamente entablaron negociaciones para obtener la protección y ayuda del rey de Francia. El cardenal Richelieu no desaprovechó esta ocasión para luchar contra el monarca español, quitándole una de las más importantes provincias. Recibió con beneplácito al comisionado Francisco Vilaplana, que continuó cerca del monarca las negociaciones, de las que resultaron que el monarca francés ayudaría a los catalanes con soldados, armas y caballos, que pagarían en su gene-

ralidad los catalanes con el compromiso de no hacer la paz con su rey sin consentimiento de Francia.

En este estado de cosas el Conde Duque se mostró más desconcertado en la lucha, de lo que había estado en política. Dióse orden de obrar a todos los capitanes y oficiales de las plazas. Velez escribió a los catalanes que su ejército iría a establecer la paz y la justicia a la provincia.

Pronto comenzó la guerra con don Juan de Garay al frente del ejército. Las tropas francesas al mando del general Schomberg y monsieur M. D'Espeman entraban en la ciudad de Illa. En Madrid se trató que el Nuncio del Papa interviniera para pedir a los prelados y canónigos no usaran el púlpito para discursos políticos; pero esta medida sólo sirvió para irritar los ánimos, sobre todo del obispo Claris, al cual se le prohibió salir de Cataluña.

El Conde Duque les propuso entonces que sacaría las tropas de la provincia siempre y cuando le dejaran fortificar Monjuich y la Casa de la Inquisición, pero ésto equivalía a dominarlos y no aceptaron. Después el Conde Duque mandó a don Pedro de Aragón, hijo segundo del duque de Cardona, para que negociara una transacción; pero visto con recelo por los catalanes acabaron por meterlo en prisión con pretexto de salvarlo del pueblo.

El conde de los Vélez consiguió que los aragoneses intervinieran con los catalanes en favor de la paz; pero no sirvió de nada y el comisionado regresó a Zaragoza, convencido de que la única solución estaba en la reducción por la fuerza.

En 1641, el Rey se decidió a ir al campo de la guerra y dióse orden al de los Vélez para que reservara una parte de su ejército al Rey y otra a don Juan de Garay, para que con las fuerzas del Rosellón avanzara hacia Cataluña.

En la corte se consideró que el de los Vélez no era la suficientemente capaz de llevar a cabo esta empresa, por lo que pensaron en substituirlo.

Los soldados desertaban cada día más por falta de pagas y pronto el ejército se encontró reducido a una tercera parte. En cambio los catalanes ya habían organizado un ejército y apoderándose de algunos puntos importantes.

En octubre el de los Vélez salió de Zaragoza dirigiéndose a Alcañiz, donde recibió el nombramiento de virrey de Cataluña y capitán general. Dejó al duque de Nochera como virrey de Aragón.

El Rey convocó las Cortes en Aragón; pero no tenía deseos de asistir, cuando ya los valencianos y aragoneses se mostraban impacientes se tomaron algunas medidas.

El de los Vélez llegó a Tortosa después de un combate con los naturales. Ahí juró el marqués guardar y defender los fueros del país. Sólo estuvieron presentes los síndicos de algunos pueblos inmediatos y del obispo de Urgel. El marqués prestó juramento. Los catalanes lo declararon nulo y persuadieron al pueblo que su causa era de Dios y se mandaron hacer rogativas y procesiones solemnes en desagravio de los insultos hechos a la religión por los ministros y soldados del Rey.

El ejército empezó la campaña y tuvo como base la ciudad de Tortosa. Se apoderaron del Coll de Balaguer y de algunos otros puntos.

Viéndose derrotados los catalanes escribieron a monsieur D'Espeman que fuera en su socorro, lo que hizo inmediatamente el general francés, que llegó hasta Tarragona donde se encerró, mientras el marqués de los Vélez tomaba Cambrils. El marqués entró en la ciudad sin respetar el convenio de capitulación. Sabiendo que el jefe francés estaba en Tarragona, titubeó antes de atacar, pero al fin se puso en marcha, tomó las ciudades de Salou y Villacusa y otros puntos fortificados. Se iniciaron las pláticas con el francés el cual viendo que su ejército era pequeño y no le llegaban refuerzos, decidió rendir la plaza. Después de estipular las condiciones y firmar de acuerdo ambos jefes, D'Espeman entregó Tarragona, comprometiéndose a no volver a tomar las armas en contra de el rey de España en Cataluña. (1641-43). Después de la toma de Tarragona el marqués de los Vélez se apoderó de Martorell.

La lucha siguió. El marqués de Torrecusa con su ejército dejó libre el camino de Barcelona. El ejército siguió su marcha hasta los poblados cercanos a la capital ocupando Sans desde donde el de los Vélez les envió a los catalanes una carta en donde en nombre del Rey les ofrecía el perdón si reconocían sus yerros y volvían a la obediencia como hijos sumisos. Como respuesta el de los Vélez recibió una nota donde se pedía que se retiraran las tropas.

Esto irritó al de los Vélez que inmediatamente mandó que sus fuerzas sitiaran Barcelona. Tenía el ejército como jefes al marqués de Torrecusa, y a su hijo el conde de San Jorge, Fernando Rivera, el conde de Tyron y otros.

Los barceloneses comprendieron que se hallaban ante un peligro inminente, por lo que se reunieron los diputados de los tres estados para deliberar qué era lo que debían hacer y por fin acordaron que ya que ellos solos no podían defender la República, era lícito apartarse de su Señor Natural y entregarse a otro; esta proposición halló eco, ya que para todos, Felipe de Castilla era un tirano y todos aclamaron a Luis XIII de Francia, acordaron proclamarlo conde de Barcelona, título antiguo de los soberanos de Cataluña. Se fundaron en razones de origen de ambos pueblos y en los auxilios que ya había recibido y con la esperanza de que el nuevo rey sostendría con más decisión sus derechos y fueros. El 23 de enero de 1641 los diputados, consellers, y oidores levantaron el acta proclamando al nuevo soberano.

El pueblo recibió con alegría la noticia. Entregaron a D'Aubigny la fuerza del castillo de Monjuich. Las fuerzas catalanas empezaron a desalentarse al ver que el sitio a la ciudad se prolongaba aunque resistían con valor; sin embargo viendo los castellanos que no podían romper el sitio, su ánimo empezó a decaer y después de un ataque intempestivo de los catalanes los soldados empezaron a huir sobre todo después de la muerte de algunos jefes como el conde de San Jorge y otros, sin que nadie pudiera detenerlos, perseguidos por los catalanes.

Don Juan de Garay con mucho trabajo logró rehacer el ejército retirándose a Tarragona. El Rey, al saber este fracaso, aceptó la renuncia que hizo el marqués de los Vélez, mandando en su lugar a don Fadrique de Colonna, virrey de Valencia, condestable de Nápoles y príncipe de Butera.

En 1642, el rey de Francia aceptó con agrado la soberanía de Cataluña y como gran merced esta determinación. Para arreglar los pactos y condiciones daba amplios poderes a Monsieur D'Argenson, que a su llegada a Barcelona fué recibido por don Pedro Aymerich y don Ramón de Guimerá.

Las tropas francesas que después de las negociaciones entraron a Cataluña estaban al mando de Houdencourt, conde de la Motte. Poco después una flota de doce galeras, al mando del Obispo de Burdeos, llegó a costas catalanas. Pronto el de la Motte, se adueñó de numerosas plazas por lo que dispuso atacar Tarragona sitiándola por hambre. Entre tanto Richelieu ordenaba al príncipe de Condé atacar las fuerzas españolas del Rosellón, para que no pudieran auxiliar al ejército de Tarragona.

Olivares comprendió que sólo podía ayudar a la plaza por mar por lo que ordenó a Villafranca que con su escuadra tratara de desalojar al obispo de Burdeos; pero fracasó. El Conde Duque, entonces, ordenó que se reunieran las naves de Dunquerque, Nápoles, Génova, Toscana y Mallorca, a la escuadra de Villafranca. En agosto llegaron a las costas de Tarragona y el prelado francés, viendo tan poderosa escuadra, se retiró sin combatir, con lo cual se pudo auxiliar libremente a Tarragona.

Por su parte la Motte y el conseller estaban consternados por la falta de gente y de recursos. Por lo que el jefe francés exigió un nuevo ejército catalán, los catalanes enviaron una nueva diputación a Francia para informar a Luis XIII del verdadero estado de las cosas, suplicándole, en nombre del país, para que acudiera con prontos y más eficaces recursos por mar y tierra, invitándolo a que fuera él mismo a visitar el principado y prestar juramento como soberano de Cataluña. La guerra de los Países Bajos impidió al monarca aceptar el viaje, pero envió como su representante al marqués de Brezé. Antes de llegar a Cataluña el de Brezé pasó al Rosellón donde se apoderó de algunas plazas.

Torrecusa había vuelto a tomar el mando de las tropas y fué a ayudar al marqués de Mortara en el Rosellón; recobraron algunas plazas y fortificaron Perpiñán.

En febrero de 1642 el de Brezé se encaminó a Cataluña donde ratificó el juramento como virrey.

Por su parte las fuerzas españolas no habían podido hacer nada desde el sitio de Tarragona. El virrey don Fadrique de Colonna murió, substituyéndolo interinamente el marqués de Hinojosa conde de Aguilar. Derrotó a las fuerzas francesas apoderándose de algunas plazas. Después de estos sucesos las cosas parecían ir mejorando para las armas españolas, pero la competencia de los generales y la obstinación del Conde Duque hicieron que las cosas empeoraran.

Con muchos trabajos el Conde Duque logró organizar un nuevo ejército, pero las desavenencias de los generales neutralizaban todo esfuerzo.

Se ordenó al marqués de Pobar que con su ejército pasase al Rosellón atravesando la provincia, pero sorprendidos por el jefe francés la Motte, derrotado el ejército, sus jefes fueron hechos prisioneros.

La guerra en el Rosellón había tomado peor aspecto. Las fuerzas francesas al mando de Schomberg y la Meylleraie atacaban continuamente las plazas; por su parte los españoles no tenían soldados para defender todas las plazas y pronto éstas empezaron a caer en manos del enemigo. El marqués de Mortara tuvo que rendirse, lo mismo que las otras plazas pequeñas y en abril de 1642, los dos generales franceses atacaron Perpiñán, la capital, que tuvo que rendirse. Con esto los franceses quedaron dueños del Rosellón que se perdió definitivamente para España. El conde de la Motte, intentó apoderarse de Tortosa, pero inútilmente, de ahí pasó a tierras de Aragón, pero fué rechazado y se retiró a Lérida. La guerra ya no se hacía en forma regular, limitándose a hacer incursiones en los poblados cercanos a Tarragona. En el mar se combatía, aunque sin mucho éxito, para la corona de España.

Todos clamaban por la presencia del Rey en el teatro de la guerra, pero el de Olivares se oponía pensando que algún general lo suplantaría en la privanza; sin embargo como ya no era posible esperar más tiempo se empezaron hacer los preparativos con gran pompa y boato. Como faltaba dinero, se recurrió al patriotismo y todos los grandes y ricos dieron un donativo de acuerdo con su fortuna. Por fin, el 26 de abril salió de Madrid el Rey con gran lentitud, deteniéndose en todas las poblaciones donde el Conde Duque organizaba fiestas. (En este viaje el rey Felipe IV se detiene a conocer a Sor María de Jesús de Agreda y desde entonces sostendrá correspondencia con ella, la cual hasta su muerte fué su consejera y amiga personal), por lo que no llegaron sino hasta el 27 de julio. Con los hombres que llevaba el rey se pudo organizar otro ejército bajo el mando del marqués de Leganes; al mismo tiempo se equipó y armó la armada que estaba en Cádiz, cuyo mando se le dió al duque de Ciudad Real.

Cuando se tuvo noticia de que el ejército francés había entrado en las provincias de Flandes y que éstas habían caído en su poder, se dieron por perdidas las provincias y en vez de dividir el ejército en dos como se había pensado, se concentró todo en la provincia de Cataluña.

Con la presencia del Rey y de su ejército la guerra volvió a recrudescerse. Los castellanos trataron de tomar Lérida que estaba en poder de la Motte, inútilmente.

El Rey regresó a Madrid y por algún tiempo no se emprendió nada contra Cataluña.

El 4 de diciembre de 1642 el mariscal La Motte entró en Barcelona donde prestó el juramento como virrey de Cataluña; ese mismo día en París moría el gran enemigo de los Austrias, el cardenal Richelieu, que con su superior inteligencia había humillado siempre a España, causándole tantas pérdidas y tantos males.

En 1643 se volvió a abrir una campaña contra Cataluña, poniendo sitio a Flix donde fueron derrotados los españoles por La Motte.

El Rey nombró a don Felipe de Silva, jefe de las tropas. El Rey se encontraba sin dinero y con grandes trabajos se reunió lo suficiente para organizar un ejército. Felipe IV pasó a Aragón a presenciar la campaña. Las fuerzas españolas tomaron Monzón y sitiaron Lérida (marzo de 1644); en su socorro llegó La Motte el cual pudo introducir refuerzos a la plaza, pero el ejército fué derrotado. Al siguiente día el Rey entró en Lérida en medio de aclamaciones. Varias ciudades como Solsona, Ager, y Agramunt volvieron a la obediencia de Castilla.

La Motte y Brezé quisieron atacar a Tarragona, poniéndole sitio; pero después de mes y medio no pudieron tomar la ciudad. Se levantó el sitio. La Motte fué relevado del mando, por el conde de Harcourt.

En marzo de 1645 salió el Rey para comenzar de nuevo la campaña. El de Harcourt se internó en el principado, supo de una conspiración en Barcelona para entregar la plaza a los españoles; regresó y castigó a los conjurados.

En agosto el rey Felipe IV convocó Cortés en Aragón y en ellas se reconoció como heredero al trono al infante don Baltasar y éste a su vez juró hacer guardar las leyes y fueros del reino. Presenciaron las Cortes de Valencia que se habían reunido con el mismo fin. En diciembre regresó el Rey a Madrid y nombró capitán general de Cataluña al marqués de Leganés. En ese año sube a la privanza del Rey, don Luis de Haro, sobrino del Conde Duque que en julio de ese mismo año había muerto.

El de Leganés triunfó sobre el de Harcourt en la ciudad de Lérida.

El 9 de octubre de 1646, en Zaragoza, donde estaba el Rey, murió el infante don Baltasar, lo cual causó gran pena a la ciudad entera. El Rey regresó a Madrid y volvió a sus antiguas costumbres, dejó el poder en manos de su nuevo favorito, don Luis de Haro; abandonó por completo la campaña de Cataluña y nombró generalísimo del Mar a su hijo natural don Juan de Austria.

Don Luis de Haro trató por todos los medios posibles de continuar la campaña a pesar de que los pueblos ya no podían dar más dinero.

Francia para vengar la derrota de Lérida, ordenó al príncipe de Condé que recobrarla la plaza. Inmediatamente intentó poner sitio a la ciudad para lo cual aprovechó las trincheras que había hecho el de Harcourt, pero don Antonio Brito no permitió que el sitio se formalizase, atacó intempestivamente al ejército francés que se retiró.

Nombrado general el marqués de Aytona, éste se encontró con que el ejército español estaba casi deshecho, pero sobre todo con soldados aragoneses que no querían combatir si el Rey no era su capitán. Así fueron pasando los años y el ejército español sólo pudo sostener con mucho trabajo las plazas de Tarragona y Lérida.

En este tiempo los catalanes empezaban a cambiar de opinión acerca de los franceses y principiaban a sentir disgusto por la conducta de éstos, como antes lo habían sentido por la de los castellanos. Los nuevos dominadores empezaron a dar con su conducta, motivos sobrados, no sólo de quejas, sino de irritación y encono por los excesos de la soldadesca, por la tiranía de los oficiales, los grandes tributos y sobre todo por el poco respeto de los virreyes para las libertades y leyes catalanas. Como consecuencia de la reclamación al rey de Francia, éste mandó un visitador oficial, pero no corrigió los desordenes ni calmó los ánimos. Aumentaba cada día el odio que sentían ya los catalanes por los franceses y muchos comprendieron que con separarse de Castilla no habían hecho sino empeorar su situación, arruinar el país y sufrir vejaciones y menosprecios que si no habían sido soportadas de un rey propio, menos podían ser toleradas de un extraño.

El rey Felipe, en 1648, decidió poner las tropas en manos de don Juan de Garay, el cual inmediatamente hizo una incursión hasta cerca de Barcelona. El de Condé había sido sustituido por el duque de Vendome; pero la guerra se limitó a escaramuzas.

Don Luis de Haro hizo todo lo posible por mandar tropas para continuar la lucha, ya que los catalanes, cansados de los tributos y los malos tratos de los franceses, querían volverse a unir a España y muchos secretamente ayudaban a la causa.

Hubo una serie de sitios y de encuentros entre españoles y catalanes al mando ya de capitanes propios o extranjeros y fué Barcelona el centro de los conflictos y encuentros. Ya se disgustaban los jefes

catalanes con los franceses; ya éstos se retiraban; ya volvían llamados nuevamente por los sitiados. Esta indecisión se prolongó hasta que el gran acontecimiento que a la sazón se preparaba decidió la suerte de Francia y España: El Tratado de los Pirineos.

En mi concepto la sublevación de Cataluña, que tantos perjuicios trajo a España, se debió a las ideas particularistas de la provincia.

España estaba unificada desde tiempo de los Reyes Católicos. El escritor Juan de Mena en su libro *El Laberinto de la Fortuna* había esbozado ya con anterioridad, el concepto de la nacionalidad española, que después con Carlos V se presenta más claro en la mente de los españoles. En los siglos XVI y XVII con Felipe II primero y después con sus descendientes el pueblo español ha adquirido ya en forma completa el sentido nacional sin perder por eso el amor a su provincia, y se muestra orgulloso ante el mundo de su raza e idioma que en esa época se había convertido casi en lengua universal. Débese en parte el orgullo nacional a las extraordinarias conquistas de Castilla y Aragón y a la ya aparente más que real supremacía de España en todo el Orbe.

Cataluña, con un concepto rígido de sus tradiciones, libertades y fueros que durante la reconquista había obtenido, unas veces por servicios prestados, otras por mercedes reales y las más porque la ciudad compraba al rey esos derechos, se sentía desligada del pueblo español tanto que hasta hizo de su dialecto catalán su lengua nacional y literaria.

Cataluña era una de las provincias que con más celo guardaba sus libertades y fueros y se sintió ofendida cuando por un motivo de interés general, como lo era la guerra del Rosellón, se dejaron de cumplir los fueros de la provincia. Sin embargo, por una parte los catalanes se quejaban con razón de los soldados que en esa época cometían toda clase de desmanes para obtener lo que necesitaban por la falta de pagas aunque esto acontecía en todo el país. Decían los catalanes que por sus fueros no estaban obligados a dar alojamiento a las tropas y que carecían de dinero para mantenerlas, esto era un pretexto para que las tropas salieran del principado. Los catalanes proponían al Rey formar un ejército permanente que defendiera la provincia. Por otra parte cuando pidieron ayuda a Francia tuvieron que pagar de su peculio a las tropas francesas. Con esto se ve que la pobreza de la provincia no era la causa principal del descontento, sino lo era, la violación de sus fueros por el rey Felipe IV.

Y esto se comprueba con el descontento que existía entre los catalanes contra los franceses al no cumplir éstos con los fueros de la provincia, por lo que volvieron de nuevo a la obediencia de Felipe de Castilla que a pesar de todo, cumplía y respetaba más sus libertades y fueros.

De haber podido, Cataluña se hubiera constituido en un reino independiente; pero ante el poder de dos naciones tan poderosas como España y Francia este proyecto era inadmisibile.

CAPITULO VII

EL PROBLEMA PORTUGUES

Coincidió con la entrada del marqués de los Vélez y del ejército real a Cataluña otra novedad más grave para España y fué la rebelión de Portugal, su independendencia y tras ella la separación de aquel reino, de la corona de Castilla, tan penosamente lograda por Felipe II.

El descontento de los portugueses contra España era cosa antigua, pero que se había acentuado al ser conquistados por Felipe II; este disgusto e impaciencia era natural en un pueblo con razón orgulloso de su origen y de haber conservado su independendencia como potencia respetada durante varios siglos. Su incorporación a España era demasiado reciente y los monarcas castellanos y sus gobiernos no habían sabido usar la prudencia y dulzura necesarias para convertir al pueblo en amigo y hermano. En los primeros tiempos de la ane-xión los cargos públicos estuvieron en manos de los portugueses y no se modificó la antigua corte, ni se trató de distraer las fuerzas militares y navales o los recursos financieros para asuntos puramente españoles, ni tampoco se intervino en las colonias. Es decir la política interior de Portugal seguía como si fuera un país independiente, aunque Felipe II no siguiera el programa político que había presentado al pueblo al tomar posesión del reino. La política de Felipe II y su hijo fué liberal, pero a pesar de esto siempre hubo elementos de descontento sobre todo entre el bajo clero y los jesuitas. Esta oposición que se había manifestado desde los primeros tiempos se agravó bajo Felipe III con motivo de que el duque de Lerma se prestó a la revocación de las leyes restrictivas que pesaban sobre los judíos portugueses y aun les otorgaba la igualdad civil como a los cristianos, unido esto al aumento de los tributos, que desconcertó a la población. Estos hechos y otros más se reprodujeron en tiempos de Felipe IV. Olivares, desde un principio, se preocupó por la situación de Portugal. En la memoria que presentó al Rey, en 1621, advirtió algunos males que sufría esta nación, tales como la

falta de la presencia del Rey, la desorganización de la hacienda, la inmoralidad de los funcionarios, el poco respeto a las órdenes reales, recelo de los cristianos nuevos (judíos convertidos) y proponía como remedio a todo esto, no sólo las visitas más frecuentes del rey sino que se dieran empleos a los portugueses en la corte de Castilla y en la Real Casa y que se mandaran castellanos a Portugal para que la fusión de los dos pueblos fuese más efectiva.

Este consejo fué interpretado por los portugueses como el deseo de reducir la autonomía de su país al estrechar su unión con Castilla, y fué uno de los mayores agravios que atribuyeron al de Olivares y les sirvió para fomentar la sublevación.

Los portugueses se quejaban del gobierno de Castilla por las exacciones y tributos con que los sobrecargaba, de cómo los exigían, y se lamentaban de cómo eran repartidos los cargos del reino entre los castellanos y no entre los naturales como se había ofrecido, sobre todo estaban resentidos por la pretensión de que las Cortes de Portugal y de Castilla se uniesen para formar una sola, agregando a las últimas cierto número de diputados portugueses de los tres estados, y esto estaba en contra de los privilegios que les había concedido Felipe II; pero lo que más los irritó fué el haber llamado a Madrid a nobles, prelados y caballeros portugueses.

De la opresión que sufrían y de todas las violaciones de sus fueros culpaban más al ministro Olivares, que al mismo rey pues sabían que éste dirigía en todo a su Señor.

El gobierno estaba en manos de doña Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, pero el Ministro había puesto cerca de la Virreina a don Miguel de Vasconcellos y a Diego Suárez, que eran los que realmente ejercían el poder.

Ya desde 1637, no podían reprimir el odio con que veían a estos funcionarios, y los portugueses se levantaron en varias partes de los Algarbes, en Evora y en otras ciudades con pretexto de unos nuevos impuestos. Hubo graves desórdenes y síntomas de un levantamiento general; pero aquellos tumultos fueron sosegados. Cuando estos acontecimientos se supieron en Madrid se escribió al Pontífice pidiéndole que pusiera el remedio ya que desde el púlpito el clero era el que exhortaba a los naturales a la rebelión; pero el Papa con pretextos se excusó.

En 1638 las Cortes de Madrid y el Consejo de Castilla otorgaron al Conde Duque grandes mercedes por el socorro que había dado a Fuenterrabía y por haber ahogado el levantamiento de Portugal.

El Conde Duque, para castigar a los portugueses por el intento de rebelión, impuso un nuevo y más fuerte tributo tratando de convertir a Portugal en una provincia de Castilla para lo cual convocó a los arzobispos de Lisboa, Evora y Braga y a otros personajes, y arrestaron a varios de los que se negaron a ir. Con esto los portugueses vieron amenazada la poca libertad que les quedaba y se prepararon para defenderla y sostenerla.

Vasconcellos y Suárez, percatándose de lo que se trataba, dieron cuenta de ello al Conde Duque, precisaban hasta quien sería el jefe del movimiento. Le aconsejaron que estando sublevada Cataluña podía mandar fuerzas portuguesas, dejando así a Portugal sin fuerzas y sin apoyo. Esto pareció bien al ministro, e inmediatamente ordenó a la Virreina que pusiera a las tropas en marcha. Escribió a los Grandes, entre ellos al de Braganza, que se prepararan para ir a Cataluña so pena de graves castigos. Con esto se indignaron los nobles y el pueblo en general y desde los altares los sacerdotes predicaron contra el gobierno opresor. Todos volvían sus ojos hacia el de Braganza como su libertador por ser el sucesor más cercano de la familia que antes los había gobernado, puesto que era nieto de la infanta Catalina que había disputado el derecho al trono a Felipe II; pero el duque de Braganza estaba más inclinado a la vida tranquila, que a manejar los negocios de estado. Lo que le faltaba a él de decisión y audacia, sobrábale a su esposa doña Luisa de Guzmán, hermana del duque de Medinasidonia, la cual no dejaba ni por un momento de instar a su esposo para reconstruir la grandeza y poderío de su casa. Comenzó a conspirar ayudada por Pinto Riveyro, mayordomo de la casa. Como el duque estaba retirado en su hacienda de Villaviciosa no se hubiera sabido nada en la corte de Madrid, sin la sagacidad de Vasconcellos y Suárez los cuales dieron cuenta de esto al ministro. Esto puso en cuidado al Conde Duque que ofreció al de Braganza el gobierno de Milán, pero este se negó diciendo que no se sentía capacitado a desempeñar puesto tan elevado; entonces el ministro lo llamó para que acompañara al Rey a someter a Cataluña, a lo que el de Braganza se excusó diciéndole que no tenía rentas suficientes para presentarse con decencia en compañía del Rey. Cuando todos esperaban un castigo para el de Braganza por la negativa, se le dió la comisión de revisar y fortalecer todas las costas y plazas de Portugal; esto era dar toda la fuerza al de Braganza, pero el ministro dió orden secreta a don Lope de Osorio que con su escuadra se acercara a las costas de Portugal e

invitara al Duque a ir a bordo y que una vez en el mar lo apresara, pero esto no se pudo cumplir porque una tempestad impidió que los buques de Osorio pudieran acercarse a las costas. Mientras tanto el de Braganza se rodeaba de personas de toda su confianza para cumplir la misión encomendada. El de Olivares le escribía mostrándole su confianza y esta conducta desconcertaba a los que permanecían fieles al rey, aunque en secreto el de Olivares prevenía a los gobernadores españoles para que en la primera ocasión apresaran al de Braganza y lo enviaran a Madrid; éste astuto y desconfiado, fingió dejarse engañar; puso en las plazas personas de su confianza y con dinero que recibió de España se hizo de nuevos partidarios y amigos; por todas partes por donde pasaba le recibían con pompas casi reales. Felipe IV veía en esto solamente el sentido político del de Olivares.

Entre tanto el de Braganza, ayudado por Pinto Riveyro, preparaba el campo, hablando a los nobles, al clero y al pueblo en general y subrayando los males que les hacía sufrir el gobierno de Castilla y las ventajas que reportaría recobrar la libertad, no necesitaron grandes esfuerzos para convencer a las gentes que los siguieran.

La corte de España dejó de preocuparse cuando el de Braganza se retiró a su hacienda de Villaviciosa después de cumplir con la misión que le había sido asignada y mandar el ejército que había solicitado para Cataluña; a pesar de que Riveyro quedaba trabajando en Lisboa por él.

El 12 de octubre de 1640 se reunieron muchos nobles y entre ellos el arzobispo de Lisboa en la casa de don Antonio Almada, ahí, después de hablar y discurrir sobre todos los atropellos y vejaciones que sufrían de los españoles, resolvieron recurrir a las armas para sacudir el yugo español; sin embargo estaban irresolutos en la forma de gobierno que debían tener: unos pedían que se erigiera en República Federativa como Holanda; otros, en monarquía, pero no sabían a quién dar el trono. El Arzobispo propuso entonces al de Braganza como el más indicado para ocupar este puesto ya que descendía de la familia real portuguesa. Por algún tiempo el de Braganza se mostró irresoluto para ocupar el trono que le ofrecían, no daba una respuesta categórica, ni concedía, ni negaba, por fin fué su esposa la que lo convenció a que aceptara el trono que le ofrecían los conjurados. Entonces se dedicaron a preparar la fecha del golpe. En la corte de Madrid algo se sospechaba, pero no se sabía nada en definitiva, por lo que el rey ordenó al de Braganza

ir a Madrid en persona para que le dijera cómo estaban las plazas y tropas. El de Braganza contestó que iría y para el efecto mandó un gentilhombre que le alquilara una casa en Madrid y tomara un buen número de criados. El Rey le ordenó que se apresurara a marchar, por lo que estando ya todo preparado el 1º de diciembre de 1640, los conjurados salieron armados hacia el palacio de Lisboa al grito de "Libertad y Viva el rey Juan IV de Portugal", tomaron el palacio donde se encontraba Vasconcellos que fué muerto lo mismo que otros empleados de palacio. Después fueron a las cámaras de la Virreina y la indujeron a que se entregara prisionera, lo mismo al arzobispo de Braga que estaba a su lado. La Virreina quiso someterlos, pero todo fué inútil; los conjurados la hicieron escribir una orden a don Luis del Campo para que entregara la ciudadela por falta de valor, entregó la plaza y así los demás fuertes se rindieron, unos por igual engaño y otros por cobardía y cohecho.

Quedó triunfante la revolución en menos de tres horas y este tiempo bastó para que se consumara una de las más grandes revoluciones que puede hacer un pueblo.

Nombróse al arzobispo de Lisboa presidente del Consejo y Teniente General hasta que llegara el nuevo rey; diósele por consejeros a don Miguel Almeyda, don Pedro Mendoza y don Antonio Almada principales agentes de la revolución, abiertas las puertas de la Cámara de Consejo a petición del pueblo se desplegó el estandarte real. Esa tarde se despacharon correos a todas las provincias para que proclamaran rey de Portugal a don Juan de Braganza.

A la Virreina se le intimó a salir de palacio para llevarla a un convento extramuros de la ciudad. Al de Braganza se le enviaban correos para que dejara Villaviciosa y fuera a Lisboa. El duque avanzaba lentamente y decidió llegar a Lisboa de incógnito para ver por sí mismo el estado de ánimo del pueblo; sin embargo su llegada no pudo mantenerse oculta mucho tiempo y pronto el pueblo pidió que saliera al balcón de la Compañía de Indias donde se encontraba. Por todas partes lo aclamaban. Empezó a desempeñar su alto cargo dando disposiciones acertadas y repartiendo, con discreción los altos puestos tratando de restablecer la calma. Señalóse el día para su entrada pública y coronación. Todo se hizo con gran solemnidad y pompa y ante el altar, que se erigió en la plaza del palacio, sobre los evangelios el Rey juró gobernar y regir el reino con justicia y mantener los usos, privilegios y fueros concedidos por sus mayores;

a su vez los estados nobleza clero y pueblo le juraron a nombre de la nación obediencia y fidelidad recibiéndole como su legítimo Rey.

Así Portugal se volvió a separar de España, constituyendo un reino independiente, rompiéndose la unidad de la Península Ibérica, obra que había costado tantos esfuerzos a sus mayores.

Después del juramento, el rey Juan IV convocó a las Cortes; trató el nuevo soberano de ser reconocido por las potencias europeas sobre todo por las enemigas de la Casa de Austria a cuyo efecto despachó embajadores a varias cortes.

Luis XIII de Francia y su ministro Richelieu no pusieron ningún reparo en reconocer a la nueva monarquía ya que su sueño había sido siempre desmembrar el imperio de los Austrias; también Inglaterra aceptó el reconocimiento. Holanda no quiso decidir nada pues se veía en la necesidad de regresar las conquistas que había logrado a España y por derecho correspondían a Portugal, pero no quiso tampoco romper sus relaciones y pidió una tregua de 10 años y aun Holanda envió una escuadra a Portugal para que junto con la francesa, persiguiera a la española.

Juan IV decidió mandar un embajador a Roma para ser reconocido por el Papa, aunque temía que la corte de España influyera en el Estado Pontificio. Se apresuró a mandar como embajador al obispo Lamego bajo la protección de Francia. El marqués de los Vélez, que había sido nombrado embajador en Roma, después de que salió de Cataluña trabajó cerca del Pontífice para que no reconociera la nueva monarquía. Durante un año el obispo Lamego y el embajador de Francia insistieron ante el Papa para ser recibidos a lo que el Pontífice se negó. En Roma hubo tumultos y el de los Vélez tuvo que salir, porque lo culpaban de ser el causante de los disturbios; sin embargo, a pesar de que el ministro francés y portugués casi amenazaron al Papa, éste se mantuvo inflexible y los embajadores tuvieron que regresar a Portugal sin lograr el reconocimiento.

Tan luego como Juan IV subió al poder trató de afianzarse a él e inmediatamente dió orden de preparar la guerra; fortificó las principales ciudades como Lisboa y todas las plazas fuertes.

Por su parte España tampoco permaneció inactiva y el Conde Duque trató de organizar un ejército aunque en ese momento la empresa era difícil pues no había dinero en las arcas y el ejército estaba ocupado en Cataluña, por lo que acudió a todos los caballeros, hijosdalgos y grandes de España; que si bien no se negaban a

servir a su rey y a su Patria, hacíanlo con su interés, pidiendo ayuda de costa, a condición otros, de obtener hábitos y mercedes; sin embargo algunos grandes se portaron con más desprendimiento y formaron compañías a su costa.

El Conde Duque eligió, para mandar el ejército, con tantos sacrificios levantado, al conde de Monterrey que había sido virrey de Nápoles y era hermano de su esposa. Se le dió como maestre de campo a don Juan de Garay que había sobresalido en la guerra del Rosellón.

Los españoles se limitaron a hacer pequeñas escaramuzas e incursiones por las ciudades fronterizas de Mérida y Badajoz hasta Elvas y Olivenza. Por fin los españoles se decidieron a sitiar Olivenza, pero en tres ocasiones fueron rechazados. La corte unánimemente declaró que se debía a la impericia del de Monterrey y el Conde Duque tuvo que substituirlo con el marqués de Rivas conde de Santiesteban, también poco experimentado en la guerra; a pesar de que Garay estaba como maestre de campo no se consiguió ninguna ventaja.

Mientras tanto el portugués don Martín Alfonso de Melo atacaba la villa de Valverde que defendía don Juan de Tarrasa, pero tuvo que entregar la plaza.

La guerra de Portugal quedó reducida a escaramuzas, asaltos y saqueos de las ciudades fronterizas. El marqués de Tarrasa quiso atacar por Galicia, pero fué rechazado. En venganza los campesinos portugueses invadieron Galicia cometiendo una serie de atrocidades en los pueblos y tomaron algunas fortalezas españolas que estaban en territorio portugués.

Los dominios y las colonias de Portugal en Asia, Africa y América cuando supieron la sublevación de la metrópoli y la coronación de Juan IV, una a una también se alzaron proclamando su independencia de España, reconociendo de inmediato a su nuevo Rey.

Viendo que Portugal no podía reconquistarse por la fuerza, el Conde Duque y los pocos partidarios de España, decidieron fraguar una conspiración para derrocar el trono recientemente restablecido. Recurriose a la intriga y la conspiración siendo el alma de ella el obispo de Braga. Manejóse diestramente el Obispo haciendo entrar en la conspiración a personas principales, entre ellas al marqués de Villarreal, el duque de Caminha, a su hijo el inquisidor general, conde de Val de Regs, el conde de Castañeda y otros. La conjuración debía estallar el 5 de agosto con órdenes de incendiar el palacio

y matar al Rey poniendo en su lugar a la Virreina. Escribieron al Conde Duque dándole detalles, pero quiso la suerte que la carta cayera en manos del marqués de Ayamonte gobernador de una plaza fronteriza el cual inmediatamente avisó al Rey, éste llamó e hizo traer tropas a Lisboa con pretexto de pasar revista el 5 de agosto. Cuando se iba a llevar a efecto el plan, todos los conjurados fueron hechos prisioneros en el mismo palacio y después procesados. Todo esto sorprendió al pueblo que no tenía noticias de nada y al mismo Conde Duque que no sabía cómo había sido descubierta la conspiración.

A esta conspiración le sucedió otra con fines opuestos. Los principales instigadores fueron el marqués de Ayamonte y el duque de Medinasidonia, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, que aún seguía gobernando Andalucía a pesar de ser hermano de la nueva reina de Portugal. Como el de Ayamonte conocía las ambiciones del de Medinasidonia, le propuso que se declarara rey de Andalucía bajo la protección de los reyes de Portugal. Comenzó una correspondencia entre estos señores y el Rey para lo cual se valieron de un franciscano que tenía el favor del Rey. Un criado del de Medinasidonia, que estaba preso en Lisboa, supo las relaciones del franciscano fray Nicolás Velasco y se propuso averiguar, para lo cual, valiéndose de su antiguo empleo, le pidió a fray Nicolás que interviniera por él cerca del Rey. Lo consiguió el franciscano y creyendo de buena fe que Sancho iría a reunirse con su amo le dió unas cartas para el de Medinasidonia. En cuanto las tuvo en su poder Sancho partió para Madrid entregándolas al Conde Duque que después de leerlas se las enseñó al Rey disculpando al de Medinasidonia que fué llamado a la corte, donde fué obligado a permanecer, confiscándole parte de sus bienes. En cuanto al de Ayamonte se ordenó su prisión.

El Conde Duque obligó al de Medinasidonia a que, para justificarse, desafiase al duque de Braganza por medio de carteles que llevó por toda España y aun por Europa. Señaló como lugar de combate un llano cerca de Valencia, dándole como plazo para esperarlo ochenta días que empezaban a contar desde el 1º de octubre. Para el efecto el de Medinasidonia se fué con don Juan de Garay y esperó el tiempo fijado. Viendo que nadie llegaba se retiró a Madrid. El de Ayamonte subió al cadalso.

La guerra de Portugal se vió interrumpida en 1641 a causa de las lluvias y de la nieve. El año siguiente se limió a encuentros

reñidos en los pueblos fronterizos en que los jefes de ambos partidos atribuíanse la victoria. Las comarcas fronterizas fueron las que sufrieron incendios, devastaciones sin otro resultado que el derramamiento de sangre y la pérdida de las cosechas.

Las tropas portuguesas invadieron Galicia asolando toda la provincia sin que nadie los detuviera. Felipe IV pensó que necesitaba mayores esfuerzos para recobrar Portugal y empezó a organizar un ejército poderoso. Tardó era el recurso, Portugal contaba con la alianza de las naciones más poderosas de Europa, y deseosas de destruir el poder de la Casa de Austria.

Hasta 1644 se inició una campaña contra los portugueses, después de 4 años de principiada la revolución. Las fuerzas españolas estaban al mando del marqués de Torrecusa y las portuguesas por don Matías de Albuquerque. La guerra como los años anteriores se redujo a pequeñas operaciones, limitándose los portugueses a la guerra defensiva. La situación de España era comprometida en las fronteras con Portugal y sin embargo no se hizo nada para mejorarla. En 1648 se emprendió el sitio de Olivenza apoderándose de la plaza pero los portugueses hicieron un esfuerzo y arrojaron a las tropas españolas.

Por su parte Portugal tenía que sostener la guerra marítima contra Holanda ya que esta no había querido devolver las colonias portuguesas de la India que le había arrebatado a España; pronto los holandeses fueron arrojados de los puntos que ocupaban en las costas de Brasil, éste volvió a quedar bajo la dominación portuguesa.

En 1649 fué nombrado general de la provincia de Extremadura el duque de San Germán, don Francisco de Tuttavilla que se dedicó a derribar los fuertes que habían levantado los portugueses cerca de Olivenza, pero por lo demás la campaña siguió igual que en tiempos anteriores.

El infante Teodosio de Portugal, de 17 años, viendo el estado en que se encontraba la guerra, decidió ponerse al mando de las tropas para alentarlas en la lucha, pero Juan IV al enterarse de su ida lo mandó llamar; poco tiempo después moría el príncipe.

El rey había descubierto una conspiración cuya finalidad era casar al príncipe con María Teresa de Castilla, hija de Felipe IV, con este matrimonio se habría realizado el sueño de los Reyes Católicos de unir en un solo reino a toda la península ibérica; parece ser que el plan no se quedaba ahí sino que después del matrimonio se quería quitar la vida al príncipe, en esta conspiración entraron

don Carlos Padilla, don Rodrigo de Silva duque de Híjar, don Pedro de Silva marqués de la Vega Sagra, Domingo Cabral y otras personas. Esta conspiración se supo por una carta de don Carlos Padilla a su hermano don Juan. Se apresó a todos los conjurados y formado el proceso algunos fueron sentenciados a muerte y otros a prisión perpetua.

En 1659 toma cuerpo otra conspiración contra Juan IV, organizada por el obispo de Coimbra, pero descubierta, sus organizadores fueron castigados.

Mientras tanto la guerra había entrado en una fase de expectativa. La salud del rey Juan IV se quebrantó y el 6 de noviembre de 1656 murió, dejando en el trono a su hijo Alfonso VI, de 13 años y como regente a la reina madre. Doña Luisa de Guzmán era de un carácter fuerte, audaz, enérgico y dotada de fuerza de voluntad, había influido mucho en su esposo el duque de Braganza para que se pusiera al frente del movimiento que quería la independencia de Portugal; después de realizado su sueño siempre estuvo al lado del Rey ayudándole a resolver los problemas que se presentaban, pero sobre todo el de la guerra contra España que era el que más le interesaba. A la muerte de su esposo tomó las riendas del gobierno y su primer acto fué ordenar que siguiera la campaña contra España que deseaba fuese definitiva. Tampoco descuidó la parte política y trató con mucho empeño de aliarse a las potencias europeas y conseguir ayuda para sostener la guerra.

La reina, envió su ejército, al mando del conde de San Lorenzo para que auxiliara la ciudad de Olivenza; pero el ejército portugués fué rechazado. La reina y el pueblo pensaron que el único que podía triunfar sobre los españoles era don Juan Méndez de Vasconcellos, al que se le ordenó emprender una nueva campaña, que se inició con el sitio de Badajoz.

Mientras tanto, en Madrid, ofuscados por tanto atrevimiento y peligro, se reunieron los consejeros para deliberar lo que tenían que hacer, por fin don Luis de Haro decidió ponerse al frente del ejército en lugar del Rey. El ejército portugués diezmado por la lucha, la peste y las fiebres obligó al de Vasconcellos a levantar el sitio, así que cuando llegó don Luis los portugueses ya se habían retirado.

La Reina, disgustada, substituyó al de Vasconcellos por el de Alburquerque, que atacó a Badajoz, pero fué derrotado y murió en la lucha.

Don Luis de Haro regresó a Madrid y dejó al mando de las tropas al marqués de Viana el cual con un pequeño ejército estableció sus cuarteles en la provincia entre el Duero y el Miño. Recuparon Mourao y Salvatierra junto con el fuerte de Portilla. Estas fueron las últimas conquistas que por aquel entonces hizo el marqués de Viana.

Para Portugal estaban las cosas peor que al iniciarse la revolución. España, desembarazada de otras guerras en Europa, era de esperar que concentrara todas sus fuerzas en la lucha para recobrar el reino Lusitano.

La situación de Portugal era muy especial: no figuraba en el Tratado de los Pirineos, pues España había logrado que se le permitiese resolver ella misma lo que a ese estado correspondía. Francia se había comprometido a no intervenir en Portugal (compromiso que no cumplió).

Por un momento el ánimo portugués empezó a decaer pues en el trono estaba un niño rey y el regente era una mujer y pensaron que volverían a la tutela de España. Sin embargo la Reina no perdía la esperanza de que Francia la ayudara ya que estaba interesada en que Portugal permaneciera independiente. La política de la reina fué hábil y logró lo que se proponía.

Francia pronto mandó un grupo de hombres a Portugal, entre ellos al mariscal de Schomberg. El embajador español protestó contra esta infracción del tratado, pero no lo tomaron en cuenta, y no era todo eso, sino que Luis XIV propuso una alianza matrimonial entre la infanta portuguesa y Carlos II de Inglaterra. Inmediatamente el embajador portugués le propuso este plan al Rey inglés dando como dote a la princesa el Tanger, Bombay, y el comercio libre de Inglaterra con Portugal y sus colonias. Cuando supo esto el embajador español trató de disuadir a Carlos II de este proyecto proponiéndole a una de las princesas de Parma o a la hija del rey de Suecia, Dinamarca o del Elector de Sajonia; pero después de pensarlo el rey Carlos II se decidió por la infanta de Portugal ya que al casarse con ella obtendría ventajas comerciales. Se firmó el convenio en 1661. Como consecuencia de este enlace fué el envío inmediato de un ejército inglés a Portugal.

España, por su parte, se preparaba para la guerra. Las fuerzas de Flandes, Italia y Alemania fueron enviadas a Portugal al mando de don Juan de Austria. En junio de 1661 se puso en marcha. Dividió su ejército en tres partes; dos de ellas al mando de Osuna y Viana,

que tenían que distraer al enemigo mientras don Juan entraba en Extremadura. Se apoderó de Arronches y de ahí pasó a Alconchel que cayó en su poder, terminando con esto la campaña de ese año.

Al año siguiente la campaña se redujo a emprender algunas operaciones sin resultados decisivos. El 17 de noviembre de 1661 murió el primer ministro don Luis de Haro. Los cargos que tenía fueron repartidos entre el cardenal Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde del Castriello. Resentido el hijo de don Luis por no haber obtenido ningún cargo de su padre, trató de hacer una conspiración contra la vida del rey Felipe IV; pero descubierta a tiempo, los conspiradores fueron sentenciados a muerte menos el hijo del marqués que fué perdonado por los servicios que había hecho su padre.

El 6 de noviembre de ese mismo año murió el infante Felipe Próspero. Pocos días después la reina Mariana dió a luz al infante Carlos que debía heredar la corona de España.

En 1662 se recomenzó la campaña de Portugal. España poco a poco, gracias a don Juan de Austria y a sus generales empezó a recobrar algunas plazas fuertes; pero en junio los españoles fueron derrotados, perdieron todas las plazas fuertes que el año anterior habían ganado.

Los portugueses, al ver sus éxitos penetraron hasta Valencia de Alcántara a la cual sitiaron.

Don Juan renunció al mando de las tropas, pues decía que sin dinero y sin armas, no se podía hacer la guerra.

Por otra parte la política de Felipe IV era cada vez más ineficaz. El emperador Leopoldo, amenazado por el turco, pidió ayuda a Francia y España; la primera se comprometió ayudar siempre y cuando España se comprometiera a sostener un ejército igual al suyo. Felipe IV, sin medir sus fuerzas ni los fines que se proponía Francia, aceptó.

El rey Felipe IV decidió abrir de nuevo una campaña contra Portugal, para lo cual, con muchos trabajos, logró reunir un ejército a las órdenes del marqués de Caracena; pero este fué completamente derrotado.

El Rey, agotado por los desengaños de la vida pasada y los presentimientos del triste porvenir de la monarquía, se sintió amargado, pues ya no tenía favorito que le aliviara y entretuviera sus ilusiones o aminorara sus contratiempos. Hizo testamento y dejó como heredero a la corona a su hijo Carlos, de cuatro años de edad,

y como regente a la reina Mariana, excluyendo de la corona a María Teresa salvo que enviudara sin tener herederos.

Después de haber recibido los sacramentos el 17 de septiembre de 1665, el rey Felipe IV de España murió dejando el reino sumido en la pobreza y en la decadencia política, económica y militar a España.

En mi concepto la separación de Portugal de la corona española, se debió más que a la mala política del Rey y del ministro Olivares a la diferencia política, racial, lingüística, y psicológica que existía entre estos pueblos.

Portugal, desde 1109 se había separado del reino de León. Desde entonces había formado un condado independiente bajo el conde Enrique de Borgoña. Desde esa época los portugueses se habían mantenido separados de las otras provincias ibéricas y conservaron el dialecto lusitano como lengua nacional. Con el tiempo Portugal se había convertido en una potencia comercial, y obtuvo en los siglos xv y xvi un gran número de colonias que la habían hecho más poderosa aún. Fué entonces cuando Felipe II anexó el reino Lusitano a la corona española. Esta anexión, que para España significaba la realización de los sueños de los Reyes Católicos, para Portugal significó la esclavitud. Y después de varios siglos de vida independiente, distinta en todos los aspectos a la española, no podía por ningún motivo resignarse a perder su lugar en el mundo europeo. Por lo que desde un principio hubo motines e intentos de rebelión, pero España, fuerte militarmente, logró someterlos; pero bajo Felipe IV la decadencia de España era visible ya a todos los pueblos de Europa y por lo tanto también a Portugal. Aprovechó éste el momento para recobrar su libertad tan deseada.

La política de los reyes de Castilla había sido errónea pues no trataron de unificar al pueblo portugués con el español sino que trataron solamente de unificarlo políticamente, sin preocuparse por la parte psicológica del pueblo.

CAPITULO VIII

LA SUBLEVACION DE LAS PROVINCIAS DE FLANDES

La tregua de 12 años había expirado durante el primer año del gobierno de Felipe IV y la proposición del Archiduque Alberto para que 17 provincias volvieran a la obediencia fué recibida con desdén, por lo que ambos países se prepararon a la lucha. Holanda, casi en seguida, atacó a una escuadra española cerca de Gibraltar, por lo que el rey ordenó a sus generales de Flandes que arremetieran con fuerza. El marqués de Espinola se apoderó de la plaza de Juliers.

Holanda logró la alianza del rey de Dinamarca y el apoyo pecuniario de Francia e Inglaterra. Para España no hay más que una guerra y envía a sus generales indistintamente a Alemania y Holanda.

España decomisaba navíos holandeses y en cambio ellos hacían daños inmensos en las costas de América y sus corsarios apresaban los barcos que regresaban de América con metales preciosos y mercancías.

En este tiempo Jacobo I de Inglaterra y Mauricio de Nassau, dos de los grandes enemigos de España, mueren; sin embargo la situación española no mejoró. Carlos I de Inglaterra, resentido con España, le hizo la guerra con más vigor que su padre, y Federico Enrique, hermano de Mauricio, siguió al frente de los holandeses hostiles. La toma de Breda vino a cambiar el aspecto de la situación de España en los Países Bajos.

En los primeros seis años del reinado de Felipe IV las armas españolas triunfaron en Italia, Alemania, Flandes, América y las costas de Africa.

En España se hacían los preparativos de la boda de doña María, hermana de Felipe IV, y el príncipe de Gales (Carlos I de Inglaterra); después de varias negociaciones el príncipe emprendió el viaje a Madrid, pasó por Francia donde conoció a la princesa Enriqueta. Su estancia en Madrid duró siete meses durante los cuales las negociaciones se dilataron y aunque públicamente las fiestas en su honor

no cesaban, la conclusión de los capítulos matrimoniales no llegaba por lo que el príncipe partió para su país sin tener respuesta definitiva. De ahí que después Carlos I no dejó escapar ninguna ocasión para humillar a España.

En 1625 una escuadra inglesa atacó a Torre del Puntal; pero fué rechazada. En 1627 el conde duque de Olivares mandó una escuadra para que atacara las costas inglesas, pero por el mal tiempo tuvo que refugiarse en las costas españolas sin haber logrado su objeto, perdiéndose solamente algunos navios.

La campaña de los Países Bajos, en 1637, por todas partes fué favorable a Francia; sin embargo la campaña del año siguiente no fué tan afortunada y las fuerzas francesas fueron derrotadas por Tomás de Saboya.

Mientras que sin grandes ni decisivos triunfos, pero en incesante lucha, combatían las armas imperiales y las españolas con las holandesas y francesas en casi toda Europa Occidental, el cardenal Richelieu determinó llevar la guerra a territorio español y preparó su ejército; atacó a Fuenterrabía por mar y por tierra, en julio de 1638.

Después de dos meses de sitio los franceses no habían logrado apoderarse de la plaza a pesar de los esfuerzos que hacían. En septiembre, después de un ataque, lograron abrir una brecha, pero un contraataque impetuoso de los españoles hizo que los franceses se retiraran a sus bajeles y huyeran hasta Bayona. Esta victoria salvó a Fuenterrabía y consternó a la corte de Francia. Mas no por eso dejó de proseguir la lucha con más ardor al año siguiente. Las fuerzas de España y Francia parecían inagotables. Francia levantó tres ejércitos que mandó a los Países Bajos, y España haciendo un esfuerzo ordenó a Piccolomini pasar a Flandes para ayudar al Cardenal Infante y al duque Tomás de Saboya a partir para Italia.

Así comenzó la guerra en 1637 en el Luxemburgo, pero, a pesar de su fuerza, los franceses fueron derrotados en su primera campaña (mayo) en la toma de Thionville. Poco después los españoles toman Monzán y Piccolomini ayuda al Cardenal Infante para salvar Hesdin; a pesar de esto el gobernador rindió la plaza en junio. El Cardenal Infante, al saberlo arrestó al gobernador. Esta victoria y la división de las fuerzas españolas hizo que los franceses pudieran tomar algunas plazas de Artois.

En 1644 el duque de Orleans logra tomar Gravelines y el príncipe de Orange algunos fuertes. España, por su parte, quitó el mando de

las fuerzas a don Francisco Melo ya que se le acusaba de negligencia en las operaciones militares. No faltaban buenos capitanes y generales, pero sí unidad entre los oficiales y recursos materiales para hacer la guerra; de estas faltas supieron aprovecharse los franceses en la campaña de 1645.

Carlos de Lorena acudió a ayudar a los españoles sacando a los holandeses de Flandes. La falta de concordia hizo que España perdiera muchas plazas aunque algunas más tarde fueron reconquistadas por el general Lamboy; sin embargo el duque de Lorena y el marqués de Fuensaldaña perdieron otras que pasaban por incontestables.

Viendo España, que a pesar de los esfuerzos que hacía por no perder Flandes, cada día le quedaban menos plazas, decidió pedir ayuda al Sacro Imperio puesto que ella siempre había acudido en ayuda de la Casa de Austria. Pensó España que Austria estaría más obligada a corresponder con hombres y dinero por el matrimonio de Felipe IV y la archiduquesa Mariana hija del emperador Fernando III que ligaba aun más las dos casas reinantes. El emperador accedió a ayudar a España siempre que se nombrara como Virrey al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habían tenido el archiduque Alberto y el Cardenal Infante. Esto pareció bien en Madrid ya que con la autoridad concentrada en una persona se ponía fin a las desavenencias entre los generales españoles.

Al saber esta nueva alianza de las Casas de Austria, Francia a su vez buscó aliados, uniéndose con Suecia, con el duque Maximiliano de Baviera y con el príncipe Maximiliano Enrique.

En 1647 se inicia una nueva etapa en la guerra. El archiduque llegó a Bruselas y reconquistó algunas plazas que estaban en poder de los franceses. Cerca de Lens se dió una batalla en la que el ejército español fué destrozado por completo; esto vino a convencer a Madrid que ya era imposible sostener la guerra en los Países Bajos.

A pesar de que el 24 de octubre de 1648 España y las demás potencias europeas firmaron el tratado de paz de Münster, más conocido con el de la "Paz de Westfalia", que ponía fin a la Guerra de Treinta Años, para Francia y España no significó nada pues la lucha entre ambos países siguió en todos los frentes. No obstante las condiciones económicas y políticas de España que ya no le permitían sostener al mismo tiempo tantas guerras, tuvo que seguir en la lucha ya que dentro de su propio territorio Cataluña seguía sublevada lo mismo que Portugal; debió por lo tanto para seguir sosteniendo

estas guerras, pedir la paz a Francia. El cardenal Mazarino, que había sustituido al cardenal Richelieu, impuso unas condiciones tan difíciles que no se pudo llegar a ningún arreglo. En este tiempo, dentro de Francia, estalló la guerra civil de la Fronda, lo que permitió que los asuntos extranjeros se desatendieran, cosa que aprovechó el archiduque Leopoldo para tomar la ofensiva, recobró la superioridad que había perdido ayudado por el príncipe de Condé que decididamente se pasó al partido español.

En este tiempo es declarado mayor de edad el rey Luis XIV y consagrado en Reims. Uno de sus primeros actos fué ir personalmente a los Países Bajos para alentar a sus tropas impidiendo a los españoles toda empresa de consideración.

El archiduque Leopoldo, debido a los reveses de la guerra, por una parte y por algunos desaires que le habían hecho, decidió retirarse del gobierno de los Países Bajos, para lo cual escribió su renuncia a la corte de España. Don Luis de Haro, después de algunas vacilaciones, decidió aceptar la renuncia y nombró en su lugar a don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, dándole como ayudante al marqués de Caracena. Inmediatamente después de su llegada fué a auxiliar a Valenciennes, que estaba sitiada por los franceses, y tras de una larga lucha, la plaza quedó en poder de los españoles. Después de esta derrota Luis XIV solicitó la paz a España, en 1656, pero ésta no pudo firmarse.

En tanto un nuevo y poderoso enemigo aparecía frente a España, Oliverio Cromwell que había hecho decapitar al rey Carlos I. Cromwell, en 1657, decidió dar ayuda a Francia pues deseaba vencer cuanto antes a España que era dueña de las colonias que él ambicionaba para Inglaterra. Por esta razón el 13 de marzo del mismo año (1657) firmaron una alianza para expulsar de los Países Bajos a España; en cambio Inglaterra recibiría las ciudades de Mardyck y Dunquerque. Pronto una escuadra inglesa tomó Jamaica y la convirtió en depósito y centro comercial del contrabando inglés de México y Perú.

En Flandes tomaron algunas plazas y Mardyck terminando así la campaña de ese año.

En 1658 atacaron Dunquerque. Después de una completa derrota del ejército español se entregó la plaza a los 9 días de sitio; fueron cayendo sucesivamente Link, Dixmude, Fournes, Oudenarde y Gravelines.

La alegría que embargaba al pueblo español al dejar de ejercer su poder el conde duque de Olivares fué inmensa, pues pensaba que

con esto se remediarían todos sus males y que la monarquía recobraría su antiguo lustre y grandeza.

El cardenal Mazarino siguió la guerra sobre todo en Flandes. Desde la muerte de Don Fernando, acaecida el 9 de noviembre de 1641, al parecer las provincias estaban irremediabilmente perdidas para España.

El mando del gobierno quedó en manos de una junta compuesta por Don Francisco Melo, el conde de Azumar, el marqués de Velada, el conde de Fontana, el arzobispo de Malinas y Andrea Cantelmo. Después se nombró gobernador único a don Francisco Melo que inició la campaña contra Francia, derrotó a los mariscales de Harcourt y Granmont en la famosa batalla de Honnecourt por lo que se le otorgó el título de marqués de Torrelaguna. Las provincias, a pesar de todo, seguían en peligro. Se dió orden a Melo de abrir una nueva campaña; pero fracasó en Rocroi, donde los españoles fueron derrotados y se perdió la mayor parte del ejército (1643). A esta derrota siguió la de Thionville. Melo fué sustituido por Piccolomini, pero antes rehizo su fama mandando ayuda a los generales del Imperio que ganaron la batalla de Tutlinghen.

Después de Piccolomini fué nombrado gobernador de Flandes don Juan de Austria; el cual siguió la campaña dedicándose únicamente a la guerra defensiva. Llamado a Cataluña tomó su lugar el archiduque Segismundo, hermano de Leopoldo, que ya entonces era emperador por la muerte de su padre Fernando III. No se luchó más pues se iniciaron las negociaciones de paz que terminaron con el Tratado de los Pirineos.

Esta guerra fué para España de fatales consecuencias pues desde tiempo Felipe II se había empezado por la intransigencia religiosa del rey y por el concepto distinto de vida que tenían los flamencos. Felipe II gastó sumas enormes del oro que llegaba de América por someter a las provincias rebeldes sin conseguir su propósito. Sólo logró que España se empobreciera en hombres y dinero, iniciándose, dentro del país español, la decadencia económica y política. Felipe II en 1596 ya sabía que las provincias de los Países Bajos estaban perdidas para España; los flamencos luchaban por conseguir su independencia y el rey no se sentía ya lo suficientemente fuerte para sostener la lucha. Bajo Felipe III los Países Bajos siguieron consumiendo las fuerzas españolas pues el rey pensó que debía sostener a su hermana y al archiduque Alberto en el gobierno de las provincias; sin embargo ya en ese entonces España estaba agotada

económicamente y le era casi imposible sostener en pie de guerra varios ejércitos al mismo tiempo. Aceptaron con gusto la tregua de doce años.

La política que habían seguido los reyes españoles distaba mucho de ser la correcta pues en vez de unir religiosa y políticamente a los dos pueblos, las ideas de los reyes los habían separado más.

Felipe IV y su ministro, el conde duque de Olivares, obcecaron en reconquistar de nuevo estas provincias que cada día se separaban más por su forma de concebir la vida y por la distinta política que seguían. España a pesar de que a principios del siglo XVII ya estaba decadente hizo un esfuerzo y volvió a emprender la guerra. La política de quimera que seguía el Conde Duque al tratar de recobrar el imperio de Carlos V le hacía no ver la real situación de su Patria, en tanto que el Cardenal Richelieu y el cardenal Mazarino vieron claramente la impotencia militar y política de España y aprovecharon esta situación para acabar con el poderío español. Este punto de su política los franceses lo lograron plenamente humillando en todos los sitios a España.

El conde duque de Olivares, que había pretendido engrandecer a Felipe IV y al mismo tiempo a él mismo, lo único que logró fué precipitar a España en la decadencia poniendo de manifiesto su impotencia. Sin embargo, el Conde Duque hizo un esfuerzo para seguir la lucha en los Países Bajos; pero este esfuerzo fué inútil, pues las provincias, ayudadas por Francia e Inglaterra, se opusieron a España, defendiendo su independencia. Al fin España, vencida, y agotada, tuvo que reconocer la independencia de sus antiguos dominios. Las Provincias Unidas surgían de la lucha como una nueva nación y como potencia comercial rival de Inglaterra, Francia y Portugal.

España quedó sumida en la decadencia económica y política, impotente ante el ocaso de su poder.

CAPITULO IX

LA PAZ DE WESTFALIA Y EL TRATADO DE LOS PIRINEOS

Tiempo hacía que se trataba de una paz general entre las potencias de Europa y los primeros tratos habían comenzado en 1641 en Hamburgo, pero no se había llegado a ningún acuerdo. Las verdaderas negociaciones empezaron en 1644 celebrándose las conferencias en Osnabruck y en Münster simultáneamente. Asistían a Osnabruck los enviados del emperador y los de Suecia y a Münster los plenipotenciarios del emperador, de Francia, de España, y de otras potencias. Se procedió así para evitar cuestiones de preeminencias entre Suecia y Francia, pero se procedió como si las conferencias se celebraran en un solo punto para las negociaciones definitivas.

Francia intentaba quedarse con los Países Bajos a cambio de Cataluña, a cuyo fin trataba de disuadir a los holandeses de tener una tregua con España. El príncipe de Orange, por otra parte, recibía noticias de que Francia y España trataban secretamente; y cuando la corte española remitía a la reina de Francia sus condiciones de paz, los franceses se las comunicaban a los holandeses que se mostraban resentidos. La reina francesa pedía Navarra y consentía en cambio en el matrimonio de su hijo, el rey, con la infanta española. La política poco limpia de los interesados retardó el tratado de paz.

Por fin, tras largas y laboriosas negociaciones, el 24 de octubre de 1648 se concluyó el tratado de paz de Münster conocido con el nombre de Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra de Treinta Años. Fijó de manera definitiva y estable la constitución política y religiosa de Alemania y le dió verdaderamente su organización moderna.

Francia obtuvo la Alsacia, Suecia, la Pomerania, y otros territorios. Se determinó la independencia de los diferentes estados del Imperio y se secularizaron varios obispados y abadías.

España tuvo que reconocer la independencia de las Provincias Unidas de Holanda quedando cada potencia con lo que hasta esa

fecha tenía; se declaró libre la navegación para ambas naciones y el comercio de las Indias Orientales y Occidentales. Este tratado se hizo sin consentimiento del cardenal Mazarino.

Esta paz fué el término de una lucha sangrienta que por más de ochenta años, desde el reinado de Felipe II, sostuvieron los reyes de España sin más interrupción que la tregua de doce años; con los flamencos que desafiaron el poder de España en aquel tiempo tan poderosa. Terminaron así guerras que consumieron los tesoros de América por cerca de un siglo y en las cuales se derramaron ríos de sangre flamenca y española. Con esta paz se notó la impotencia de España.

TRATADO DE LOS PIRINEOS

Motivos sobaban a España y a Francia para estar cansadas de la guerra y desear ardientemente la paz. Hombres, tesoros, sangre y dinero todo se había consumido. Hacía años que se había pretendido la paz (1648), pero las condiciones exageradas que exigía Francia que trataba de obtener los Países Bajos, el Franco Condado y el Rosellón no podían ser admitidas por España y, por otra parte el pretendido matrimonio entre Luis XIV con la infanta María Teresa de España atemorizaba a Austria y a Inglaterra. Felipe IV parecía indeciso entre casar a su hija con el rey de Francia o con el emperador Leopoldo, pues soñaba con reconstruir la herencia de Carlos V. Todo esto hizo que las negociaciones de paz fracasaran y la guerra se prolongara.

En 1657 Felipe IV tuvo un hijo varón de su segundo matrimonio de aquí que no siendo ya María Teresa heredera de España podía casarse con Luis XIV.

Se volvieron a reanudar las negociaciones de paz en 1658. Envió Felipe IV a Francia a don Antonio Pimentel para que negociara el matrimonio.

El cardenal Mazarino deseaba que el rey Luis XIV se casara con una de las hijas de la duquesa de Saboya, sin embargo Francia y España decidieron entablar las negociaciones y para esto se escogió la isla de los Faisanes situada entre los ramales del Bidasoa en las fronteras de los dos reinos a un cuarto de legua de Irun.

Las conferencias duraron más de tres meses, del 29 de agosto al 17 de noviembre. Fué plenipotenciario de España don Luis de Haro el cual obtuvo los célebres capítulos de la famosa Paz de los Pirineos.

Quedó estipulado que Luis XIV se casaría con la infanta María Teresa y que ésta renunciaría sus derechos de sucesión mediante una dote de quinientos mil ducados. El príncipe de Condé sería repuesto en su cargo en el gobierno de Borgoña y a su hijo el duque de Enghien, se le daba el cargo de gran Maestre de la Casa del Rey. Se cedió a España algunas plazas en Flandes, como Avisnes, Philippeville, Marenburg, y otras. España cedió a Francia el Rosellón, Conflans, fijándose en los Pirineos el límite de los dos reinos. Se cedió Artois menos Saint Omer y Ayre con sus dependencias. Se cedió en Flandes, Gravelines, Bourbourg, Saint Venant, los fuertes de la Exclusa, en el Henao, Landrecy y Quenoy en Luxemburgo, Thionville, Mont Medy, Damvillers, Ivoy, Marienburg, Philippeville y Avesnes, dejando además Rocroy Chatelet y Linchany conquistadas por los franceses en la última guerra. Se ratificó la entrega de Dunquerque a los ingleses. En cambio Francia devolvía Charolais, las plazas de Borgoña; en Flandes Oudenarde, Dixmude, y las demás no comprendidas en la cesión. En Italia se le dió Mortara y Valencia del Valle del Po. Cataluña también le fué devuelta.

Al príncipe de Condé sólo le tocó la cesión que le hizo España de algunas plazas en los Países Bajos. Al de Lorena se le restituyó su libertad, pero se le obligó a demoler las fortalezas y ceder una parte de sus estados a Francia. Más afortunados fueron los aliados de Francia.

El duque de Borgoña recibió Vercelli; el de Neubourg, Julliers; el príncipe del Mónaco, sus bienes confiscados; el de Módena, obtuvo que se le quitara el presidio que tenían los españoles en Correggio.

Carlos Estuardo no logró que lo tomaran en cuenta en el tratado y Portugal tampoco ya que España se mantuvo inflexible en ese punto y pidió a Francia que no diera ayuda a los lusitanos. Sólo se alcanzó que se diera una amnistía a los que hubieran tomado parte en aquella guerra y volvieran a la obediencia del rey de Castilla.

Esta paz de los Pirineos puso término a una guerra de 25 años entre España y Francia. Paz que ya era indispensable, pero que tuvo consecuencia desventajosas para España, pues aparte de la humillación le quitaron gran parte de sus posesiones en Europa.

En cambio Francia y sus aliados salieron beneficiados con esta paz. Sin embargo, a pesar de su impotencia si España hubiera mandado a un embajador más hábil que el marqués de Carpio habría

por lo menos sacado una repartición de tierras más equitativa, pero la ineptitud de este ministro contrastando con la sagacidad de Mazarino, contribuyó al fracaso diplomático. Sin embargo, en España, a don Luis de Haro se le dió el título de Príncipe de la Paz, como si hubiese logrado algo benéfico para su Patria.

Hecha y ratificada ésta y cumplidos los capítulos relativos a la distribución, se efectuó el matrimonio de los príncipes. Felipe IV partió de Madrid acompañando a la infanta hasta la frontera. Don Luis de Haro representó a Luis XIV para los desposorios los cuales se efectuaron en San Sebastián, en mayo de 1660. Para la entrega de la princesa concurrió la reina Ana de Austria hermana de Felipe IV.

El cardenal Mazarino, principal negociador del tratado, murió poco después el 9 de marzo de 1661. Había sido un digno sucesor del cardenal Richelieu en el gobierno; siguiendo la misma línea de conducta, quiso exterminar el poder español y lo consiguió casi por completo.

Poco tiempo después de esta paz Los Estuardos son restablecidos en el trono de Inglaterra y Carlos II en 1660, ocupa el poder. España le restituyó unos bajeles que había apresado en los mares de la India e hizo con él un tratado reconociéndole la posesión de Dunquerque y de Jamaica. Sin embargo, más tarde, debió sentir no haber hecho más esfuerzos para ayudar a Carlos II cuando estaba en desgracia ya que hubiera evitado la ayuda de Inglaterra a Portugal para sostener la guerra.

CAPITULO X

LAS COLONIAS HISPANICAS DURANTE EL GOBIERNO DE FELIPE IV

a) *Conquistas y problemas coloniales.*

b) *Disposiciones reales.*

Los holandeses no cesaron en su intento de apoderarse de los territorios americanos, aunque lograron mejor éxito en Asia y Oceanía.

Desde los primeros tiempos de Felipe IV no cesaron las tentativas para adueñarse de las salinas de Araya de donde fueron rechazados (1622-23). Atacaron infructuosamente Callao. En 1624 los holandeses fundaron la Compañía de las Indias Occidentales, cuyo plan consistía en establecerse en Brasil y arruinar el comercio de España en beneficio de los Países Bajos. Se apoderaron del puerto de San Salvador donde se fortificaron, pero su posesión duró poco pues en 1625 fueron desalojados. Se dirigieron entonces sobre Puerto Rico y otros puntos, pero sólo lograron apoderarse de una flota conductora de plata. Viendo que sus propósitos de conquista no prosperaban se dedicaron al contrabando, a entorpecer la navegación y a ocupar las islas antillanas más pequeñas y mal defendidas.

Los ingleses y franceses hacían lo mismo y en pocos años se adueñaron de muchas islas como Fonseca, Tabago, Curazao, Barbada, San Andrés, San Cristóbal, Antigua, San Bartolomé, Santa Cruz, y otras. Algunas veces eran desalojados, pero España no contaba con elementos suficientes para defender bien todos los puntos accesibles a una ocupación y los desalojados volvían al poco tiempo y restablecían su dominio.

En 1630 los holandeses se adueñaron de Pernambuco y otros puertos brasileños, en donde hicieron su centro de operaciones contra las Antillas y las flotas españolas. En 1633 se establecieron en Valdivia (Chile) que abandonaron en 1644.

España creó entonces una escuadra especial que se llamó de Barlovento, que logró detener algún tiempo a los invasores, pero ocupada luego en otros lugares desatendió el Atlántico, cosa que

aprovecharon los holandeses, ingleses y franceses para seguir extendiéndose por todas las Antillas Menores desde la boca del Orinoco hasta Puerto Rico. También ocuparon terrenos al norte del Orinoco y al Norte de México, aunque en su mayor parte no lograron retenerlos definitivamente, siendo más bien centros de piratas, bucaneros, filibusteros y los hermanos de la costa o Pechilingues que se habían formado en los tiempos de Felipe II creciendo en número y osadía en tiempo de Felipe IV.

En Asia y Oceanía la situación era análoga. Los holandeses dominaban las costas de China y Japón y atacaron a Formosa y Manila sin éxito. En 1622 los españoles tuvieron que evacuar las Molucas, Jolo, Mindanao y Zamboanga y tuvieron que dejarlas a los moros.

Durante el siglo XVI las colonias reciben en su seno a hombres que vienen impregnados con las ideas humanistas de su época, guerreros en pos de aventuras que traen consigo la idea de evangelización. Los españoles que llegan a América ven un terreno propicio para una nueva cruzada; vienen con ellos misioneros que son los primeros en sembrar entre los naturales la idea de Cristo y son ellos los que aprenden el idioma del indio para llegar a sus mentes, son ellos los que ayudan a los indios y los defienden de los encomenderos.

Durante el siglo XVI el papel de la Iglesia en la colonia es muy importante pues juega el doble papel de evangelizadora y educadora. Aparecen las escuelas para indios en donde les enseñan los oficios y las artes y a conocer y amar la nueva religión.

Hay entre los misioneros hombres que tratan de poner en práctica las ideas humanistas que traen de la Europa renacentista; Vasco de Quiroga, funda su ciudad comunal en Michoacán; Fray Pedro de Gante las primeras escuelas para indios; Fray Bartolomé de las Casas, escribe unas memorias y defiende ante el Rey de España al indio americano como ser pensante librándolo de la esclavitud; Fray Toribio de Benavente y otros se destacan por su gran obra educativa y social en la colonia.

En el siglo XVI la Iglesia se distinguió por su obra. En toda la colonia se extiende su brazo protector para el indio, se fundan gran número de conventos y de iglesias que sirven de fortalezas y asilos. En estas construcciones se mezcla el arte español y el indígena para dar forma a bellísimas obras. De esta manera nace el arte original de la colonia que tiene un gran número de representantes en el teatro, la literatura, pintura y arquitectura.

Al llegar el siglo xvii la Iglesia había adquirido gran importancia y su poder rivaliza con el del virrey.

Los monjes en esta época prefieren ya la comodidad del convento capitalino a la azarosa peregrinación del misionero. No abandonaron por completo la educación del indio y del mestizo, prefirieron el boato y el enriquecimiento de la Iglesia la cual se convierte en rica y poderosa. Era la única que tenía permiso para prestar dinero.

A fines del siglo xvi, 1573 aparece la Inquisición en México, para vigilar las ideas religiosas.

Durante el siglo xvi las ideas renacentistas se habían extendido y como era natural llegaron hasta América. El gobierno de España puso siempre mucho cuidado en la religión de los colonos y prohibió la entrada de personas que profesaban alguna religión reformada. Vedó asimismo que penetraran a sus colonias franceses, holandeses, ingleses y alemanes.

La inquisición, siempre exigió la observancia de la religión y poco a poco fué interviniendo en todos los asuntos, tanto civiles como eclesiásticos, alcanzando así extraordinaria importancia.

La Iglesia, en el siglo xvii, fué un organismo poderoso que trató de imponerse al poder civil. Recuérdese el pleito del arzobispo Juan Pérez de la Serna contra el virrey marqués de los Gelves, que tuvo lugar por la orden de aprensión que dictó el virrey contra don Melchor Pérez Varáz que había monopolizado el maíz vendiéndolo a un precio elevado.

Varáz fué condenado al destierro de las Indias y a pagar una fuerte multa, por lo que pidió ayuda al arzobispo de la Serna que acogió el asunto con gusto viendo una oportunidad de luchar contra el virrey. Desde ese momento se entabló una lucha abierta entre el arzobispo y el virrey. La audiencia apoyó al arzobispo; éste excomulgó al virrey; las disputas se sucedieron cada vez más agrias hasta que el 24 de diciembre de 1624 el arzobispo puso en entredicho a la ciudad. Con lo cual no sólo el ánimo del virrey se alteró sino la ciudad misma empezó a agitarse contra el virrey dado la importancia que en aquella época significaba quedarse sin sacramentos.

El virrey ordenó al arzobispo que levantara el entredicho, el arzobispo se negó a ello, por lo que fué multado, fué al palacio a quejarse con el virrey. Este no quiso recibirlo indicando que si el arzobispo quería decirle algo lo hiciera desde su casa y por escrito. El

arzobispo se negó a obedecer las órdenes del virrey, por lo que éste ordenó al alcalde del crimen y al alguacil mayor, que con todo decoro tomaran al arzobispo, lo sacaran de la sala y poniéndolo en un coche lo llevaran a San Juan de Ulúa para que desde ahí se embarcara a España. Estas órdenes se cumplieron, pero al llegar a San Juan Teotihuacán el arzobispo entró en la iglesia y tomando el Sacramento se negó a abandonar el templo. Desde ahí mandó a su provisor a que pusiese de nuevo al virrey en la tablilla de los excomulgados y además cerrase todas las iglesias de México.

En la ciudad algunos prelados instigaban al pueblo a que tomara las armas; sin embargo el pueblo permaneció irresoluto frente a las iglesias cerradas. En esos momentos pasó en su coche el escribano don Cristóbal Osorio y algunos gritaron "¡Muera el hereje!". Esto fué la chispa que causó el incendio. La gente rodeó el coche gritando muera al excomulgado; después le empezaron a tirar piedras, gracias a la pericia del cochero se salvó. El pueblo entonces empezó a gritar contra el virrey. Pronto un clérigo montado a caballo, con un crucifijo en la mano y en la otra un machete, se puso al frente de la multitud encabezando un ataque al palacio.

El de los Gelves invocó a los nobles en defensa de la autoridad, pero nadie acudió. Puso en el balcón principal el estandarte real y los amotinados a su vista exclamaron ¡Viva el Rey! y muera el mal gobierno.

El virrey no tenía fuerza suficiente para disolver por la fuerza el motín y los rebeldes, viendo la debilidad del gobierno, trataron de forzar la puerta y empezaron a apedrear el palacio. El virrey, no teniendo otra manera de salvarse, pidió al inquisidor Juan Gutiérrez Flores que fuera a Teotihuacán por el arzobispo.

El virrey mandó decir al pueblo que sus peticiones serían escuchadas y que se fueran a sus casas. Poco a poco la multitud se retiró a pesar de la oposición de los clérigos.

Aquella paz fué momentánea; pronto el populacho volvió a tomar las armas contra el palacio al que incendiaron y asaltaron saqueando todo. De ahí se dirigieron a las casas de los amigos del virrey.

A la media noche llegó el arzobispo escoltado de indios vitoreado por todo el pueblo hasta su casa donde salió al balcón a dar la bendición al pueblo.

La audiencia tomó el gobierno en sus manos el 26 de enero de 1625. El marqués de los Gelves refugiado en el convento de San

Francisco hizo un llamado a la audiencia para que le devolviera su puesto a lo que ésta se negó declarando que ella no le había arrebatado el puesto sino el furor del pueblo y que continuaría al frente del virreinato hasta que el Rey lo dispusiera.

El arzobispo de la Serna, en febrero, salió hacia España para sincerar su conducta. Fué mal recibido por el Rey y pasó algún tiempo en la corte; se le dió un empleo en el obispado de Zamora para evitar que volviera a México. La audiencia dió una larga relación de este asunto pintando las cosas a su gusto, por lo que Felipe IV nombró un pesquisidor que le diera cuenta del asunto, y pronto se dió cuenta de la verdad. Tres eran los puntos principales: 1º que la conspiración había sido organizada y acaudillada por el clero; 2º que la mayoría de la población resultaba culpable del atentado; 3º que el odio que sentían contra la dominación de la metrópoli y sobre todo contra los españoles que venían a establecerse a México se había arraigado profundamente en todas las clases sociales.

Otro de los casos en que el poder de la Iglesia se puede apreciar es el pleito que sostuvo el obispo Juan Palafox y Mendoza contra el virrey marqués de Villena y duque de Escalona.

El virrey, en un principio, fué bien visto en la colonia; pero pronto su vida disipada le empezó a buscar enemigos, entre ellos el obispo Palafox.

Cuando en la colonia en 1641 se supo de la sublevación de Portugal, algunos vieron con malos ojos que el virrey se vistiera de fiesta y pensaron que se alegraba ya que era primo del duque de Braganza. Pronto el obispo Palafox empezó a recibir denuncias anónimas contra el virrey. Viendo una ocasión de luchar contra el virrey mandó estas noticias a la corte de España que dió oídos a las denuncias de traición, por lo que nombró arzobispo a Palafox con órdenes secretas de apresar al virrey y ocupar su lugar. Palafox se mostró indeciso, pero pronto se reunió secretamente con todos sus amigos, les leyó la carta del Rey e hizo los nuevos nombramientos. El día 10 de junio de 1642 cuando despertó el virrey se vió rodeado de gente armada que ya se había adueñado del palacio. Algunos oidores le llevaron a su aposento la orden del Rey para que dejara su puesto; el virrey, después de oír la orden real, entregó su cargo y salió del palacio a encerrarse al convento de Churubusco. Después de algún tiempo pasó a la corte e hizo ante el Rey sus descargos; parecieron tan buenos que se le reconoció inocente de todos los

cargos que se le habían hecho y se le nombró de nuevo virrey de la Nueva España; pero no volvió pues poco después fué nombrado virrey de Sicilia.

Con esto se ve que la pugna entre el poder civil y el eclesiástico por dominar en la colonia en vez de aminorar se acrecentaba, tanto más cuando que la Iglesia se sentía apoyada por todo el pueblo y sobre todo por las altas clases sociales.

En la parte civil la colonia se organizó en forma semejante a España. Para su gobierno, estuvo dividida en reinos, provincias, gobernaciones, y capitanías generales; éstas, a su vez, se subdividían en corregimientos y alcaldías.

El virreinato no se constituyó legalmente a raíz de la conquista sino hasta 1535, cuando Carlos V nombró primer virrey a don Antonio López de Mendoza; pero aun en esta fecha el poderío español no estaba firmemente establecido en todas las regiones; había algunas exploradas, pero no colonizadas. Es hasta el siglo XVIII cuando se constituye definitivamente el virreinato.

A pesar de la estrecha relación del Estado y de la Iglesia la división territorial fué diferente en las dos.

La conquista de América-hispana se diferencia de la de los ingleses por que ésta se basó en el exterminio, en cambio la española se basó en el mestizaje. El español que llegaba a América no desdeñaba unirse a la india y nació así la nacionalidad mexicana.

A raíz de la conquista un gran número de familias españolas dejó España para venir a buscar un campo mejor de vida. Ya que las ideas existentes en España impedían a muchos españoles que se preciaban de viejos cristianos e hidalgos desempeñar trabajos manuales que los hubieran mejorado económicamente. Así al pasar a América dejaban esos prejuicios y se dedicaban a la conquista de tierras o bien al comercio y a la agricultura. De estas familias españolas, establecidas en América, nació una nueva clase social, la de los criollos que llegaron a sentirse los verdaderos dueños de la tierra.

Así la población de la colonia se basó principalmente en cuatro clases: el español, el criollo, el mestizo y el indio. Por la mezcla de estas clases y del negro que vino en calidad de esclavo, se formaron una multitud de castas que integraron la población de la Nueva España.

Como era natural la clase privilegiada con todos los derechos políticos y civiles fué la española relegando a segundo término a la

criolla; de ahí la raíz del odio que nace contra el español y que con el tiempo se irá acrecentando más y más.

Esta diferenciación racial y social trae como consecuencias desde los primeros tiempos de la colonia, algunos intentos de sublevación contra los españoles. La primera fué la de Don Martín Cortés en 1560 contra los encomenderos.

Así España desde el siglo xvi tuvo que luchar no sólo en las costas contra los ingleses, franceses y holandeses que trataban de apoderarse de las tierras españolas sino en la parte interna contra la distintas sublevaciones que a través de los tres siglos de la colonia tuvieron lugar y que culminaron en 1810 con la guerra de independencia.

En Chile continuaba también la guerra contra los araucanos hasta que en 1641 se firmó un tratado reconociendo a éstos libres y aliados de España.

Las conquistas españolas, en la costa atlántica, siguieron sin contratiempos aunque los ataques ingleses no cesaban. En el interior de América se continuaban las expediciones y conquistas, y se intentó encontrar un paso por el norte de América hacia las Indias Orientales como muchos habían soñado.

No obstante las guerras que sostenía España en Europa, el Conde Duque no descuidó a las colonias de América, no tanto por ellas mismas, sino porque eran una fuente de recursos para España. Continuamente mandaba disposiciones que regulaban la política administrativa que debían seguir los virreyes dentro de las colonias. Por lo que se refiere a la Nueva España en el Archivo General de la Nación existen siete volúmenes de disposiciones con las ordenanzas de Felipe IV firmadas por el Conde Duque. Son variadas, unas particulares; otras generales, referentes a la minería, Hacienda, Religión, administrativas, de ayuda para las Filipinas, ejército, marina, flotas, judiciales. Otras se refieren a la forma en que se debían recoger los impuestos y alcabalas en todas las provincias e intendencias.

Entre las disposiciones que existen en el Archivo encontré algunas que a mi parecer son importantes, entre ellas algunas que tratan sobre el mejor trato de los indios, sobre la manera de someter algunas sublevaciones, sobre las encomiendas y repartimientos, aunque éstas últimas no se cumplieran por la conveniencia que les tenía a los españoles.

Se refieren a los indios las siguientes:

V 1. Exp. 21. Fs. 46. Junio 14 de 1627: Contestación al virrey de la Nueva España, sobre la petición de Cristóbal Medina y del Dr. Diego Barrientos asesor del Juzgado de indios, para que el repartimiento de indios, fuera anual y no semanario, para evitar perjuicios a éstos.

V 1. Exp. 82. Fs. 147. Noviembre 22 de 1631: Sobre la forma que deben nombrar a los regidores que deben hacer los repartimientos de indios, en ciertos lugares del marquesado del Valle.

V 1. Exp. 78. Fs. 140. Agosto 19 de 1631: Ordenando que se cumplan las órdenes y disposiciones que se han dado a los jesuitas de la Nueva España en Reales Cédulas, despachadas sobre las alcabalas que deban pagar los indios.

V 1. Exp. 107. Fs. 202. Abril 9 de 1633: Al virrey de la Nueva España con copia de la Real Cédula que prohíbe el trabajo personal de los indios.

V 1. Exp. 169. Fs. 313. Febrero 1º de 1636: Ordenando que a los indios se les proteja y no se permita que sean molestados y vejados injustamente.

V 2. Exp. 40. Fs. 72. Marzo 23 de 1644: Al virrey de la Nueva España vea y reconozca si los indios son tratados como merecen por los religiosos, pues sirven, dichos indios como criados, de los religiosos, lo cual ha prohibido Su Majestad, y haga se cumpla lo mandado por su Alteza.

V 5. Exp. 66. Fs. 1. Marzo 10 de 1655: Pide informes detallados sobre las encomiendas de indios.

V 7. Exp. 20. Fs. 3. Julio 1º de 1661: Relativo a los excesos y muertes cometidos por los indios de Tehuantepec, Istepec, Nejapa y la manera de contenerlas.

Por lo que se ve el gobierno trató de mejorar la situación del indio protegiéndolo contra los españoles, pero por desgracia estas disposiciones no se cumplan y los conquistadores abusaron de su posición, maltrataron y sobrecargaron de trabajo al indio. Sobre todo implantaron en el siglo XVII los repartimientos que fueron más perjudiciales que la misma encomienda por la despoblación y miseria que dejó en todos los pueblos. Muchas veces los virreyes quisieron cumplir con lo dispuesto por el rey; pero los españoles por una parte y por otra la extensión del territorio no permitieron que las autoridades vigilaran que se cumplieran las disposiciones reales.

Como España necesitaba dinero constantemente por las guerras se preocupó el ministro por dar disposiciones relativas a los impuestos y alcabalas; entre ellas:

V 1. Exp. 33. Fs. 65. Mayo 12 de 1629: Ordenando al virrey de la Nueva España qué debe hacer para que el Consejo tenga noti-

cia exacta de la cantidad de dinero que entra en las Cajas Reales, por qué conceptos, y por qué gastos.

V 1. Exp. 94. Fs. 166. Marzo 28 de 1632: Ordenando al virrey de la Nueva España, que dicte las disposiciones necesarias, con el objeto de instalar un estanco para beneficiar la pimienta.

V 1. Exp. 95. Fs. 197. Marzo 28 de 1632: Ordenando que todas las joyas de oro y plata que se quintaran en las Indias, una vez que paguen los diezmos se les devuelvan a sus respectivos dueños.

V 1. Exp. 109. Fs. 210. Agosto 26 de 1633: Aprobación del impuesto del dos por ciento que se cobrara a las mercancías que procedan de las Islas Filipinas en lugar del tres por ciento, de acuerdo con la petición del visitador de aquellas islas.

V 1. Exp. 99. Fs. 172. Abril 27 de 1632: Arancel para el cobro de la media anata que pertenece a Su Majestad, sobre la renta de empleos, cargos, etc., que fueren otorgados por el Real Consejo de Indias.

V 1. Exp. 170. Fs. 315. Febrero 1º de 1636: Comunicando la obligación de dar un nuevo donativo, para formar un fondo destinado a impedir una invasión en España por los enemigos de la monarquía.

V 1. Exp. 256. Fs. 491. Abril 18 de 1641: Real orden al duque de Escalona, virrey de la Nueva España sobre el uso del papel sellado.

V 2. Exp. 5. Fs. 7. Junio 16 de 1643: Al virrey de la Nueva España para que mande usar el papel sellado, y que si falta, mande sellar el que fuere necesario.

V 5. Exp. 5. Fs. 8. Junio 1º de 1654: Instrucciones sobre los medios de mejorar la Real Hacienda, dadas a los virreyes y presidentes de las Audiencias.

Como consecuencia de las guerras, el gobierno español dictó disposiciones de carácter político y económico, contra los residentes extranjeros en América como represalia de los abusos, y navíos capturados por los holandeses, ingleses y franceses en el Atlántico, aunque era muy difícil que España permitiera el establecimiento de extranjeros en sus colonias, por las ideas que imperaban en España y por el temor que la religión reformada entrara en América. Sin embargo, hubo residentes extranjeros que se dedicaron al comercio, agricultura e industria. Y como consecuencia lógica, ellos resintieron las represalias de las guerras.

V 1. Exp. 141. Fs. 255. Junio 28 de 1635: Que se evite en la Nueva España la propagación de las ideas francesas que atentan contra la seguridad del reino español.

V 1. Exp. 142. Fs. 258. Noviembre 16 de 1635: Obedecimiento de la Real Cédula que ordena el embargo de los bienes de los franceses radicados en la provincia de la Nueva España.

V 1. Exp. 288. Fs. 528. Febrero 10 de 1642: Sobre lo que se debe hacer con los portugueses y extranjeros que se encuentran radicados en la Nueva España.

V 3. Exp. 44. Fs. 2. Julio 4 de 1648: Ordenando que no se permita el comercio con portugueses en los puertos de Nueva España y principalmente en Veracruz.

V 4. Exp. 27. Fs. 23. Junio 19 de 1651: Comunicando la noticia de que envía Don Antonio Brun, plenipotenciario para la paz universal, de que algunos buques holandeses venían a las Indias acompañando un impreso de los capítulos de paz entre el rey de España y Holanda.

V 5. Exp. 92. Fs. 2. Octubre 19 de 1655: Orden de que se hagan represalias contra las propiedades de los súbditos ingleses, en las Villas, Puertos, y ciudades de las Indias.

V 6. Exp. 160. Fs. 1. Septiembre 13 de 1661: Recomendación para prohibir la entrada de los ingleses con mercancías, por las causas que se indican.

Como la lucha en el Atlántico era casi continua por las invasiones inglesas, holandesas y francesas a las costas de América el rey y su ministro dieron disposiciones relativas a la formación de flotas y de la Escuadra de Barlovento para la cual se dió un gran número de disposiciones:

V 1. Exp. 47. Fs. 84. Junio 28 de 1631: Ordenando que los generales de las flotas españolas, estén subordinados a los virreyes, por acuerdo de la Junta de Guerra de las Indias.

V 1. Exp. 216. Fs. 405. Junio 20 de 1637: Ordenando que se remita a la Casa de Contratación de Sevilla, el valor de las piezas de artillería para la armada de Barlovento.

V 1. Exp. 308. Fs. 557. Junio 20 de 1642: Para que los oficiales reales de Hacienda, cobren los derechos destinados al sostenimiento de la Armada de Barlovento.

V 2. Exp. 74. Fs. 151. Agosto 5 de 1645: Al virrey de la Nueva España mandándole haga ir a la armada de Barlovento a defender la Isla de Santo Domingo de los ataques de los enemigos.

Sobre la armada de Barlovento existen muchas disposiciones de carácter particular dando detalles sobre como debía dirigirse, organizarse, y administrarse la armada. Como en tiempos de Felipe II, todo lo que pasaba lo debían saber el rey y sus ministros, por lo que las órdenes llegaban con retraso pues el Conde Duque quería manejar por sí mismo todos los negocios y disponer lo que mejor le pareciese aunque las necesidades fueran otras.

Entre las disposiciones que existen en gran número son las referentes a la religión ya que este era un asunto muy importante para la corona española que no debía descuidar dentro de sus colonias:

V 1. Exp. 8. Fs. 26. Noviembre 21 de 1625: Ordenando al virrey que recoja una patente religiosa que dió al general de la orden de San Agustín, a Fray Juan de Mixanacas.

V 1. Exp. 8. Fs. 28. Febrero 5 de 1626: Capítulo de carta que trata sobre la competencia del tribunal de la Santa Cruzada.

V 1. Exp. 18. Fs. 42. Abril 15 de 1627: Breve de su Santidad, para que se revoquen los privilegios y exenciones de los religiosos de la Nueva España.

V 1. Exp. 19. Fs. 43. Junio 14 de 1627: Ordenando que se ponga el mayor cuidado posible en la construcción de la Catedral de México y disponiendo que se supriman los salarios del superintendente, del obrero mayor y de otras personas.

V 1. Exp. 274. Fs. 511. Agosto 28 de 1641: Carta al virrey de la Nueva España; sobre una que le escribió el obispo de Puebla a Su Majestad, en que le refiere los inconvenientes que presenta construir tantos conventos en Veracruz.

V 2. Exp. 95. Fs. 194. Febrero 18 de 1646: Al virrey de la Nueva España, mandándole dé las órdenes convenientes para que no se funden conventos sin la licencia del Rey lo mismo los monasterios, y los ya establecidos se reformen.

V 2. Exp. 99. Fs. 201. Marzo 5 de 1646: Para que los pleitos eclesiásticos, sean resueltos en las Indias y no en Roma.

V 5. Exp. 8. Fs. 12. Junio 19 de 1654: Instrucciones para que se cumplan las Reales Cédulas del Patronato Real de las Indias, por lo que toca a las doctrinas de Indios.

Por lo anterior se puede ver que las cuestiones religiosas no eran menos importantes que las políticas para el gobierno de España y que se preocupó por la parte religiosa en América. Muchas de las disposiciones son cartas a personas particulares ordenando como se debía hacer determinado asunto.

El gobierno de Felipe IV y su ministro el conde duque de Olivares se preocupó por las cosas de América, a lo menos así se ve en lo que se refiere a la Nueva España. Aunque muchas de las ordenanzas reales no se cumplieran por la conveniencia que en ello tenían los colonos españoles.

CAPÍTULO XI

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

Aspectos Económicos:

a) La Agricultura:

Desde tiempos de Felipe II existió una lucha entre el agricultor y el ganadero ya que se empezó a proteger la cría de ganado en perjuicio de la agricultura, dejaron de sembrar convirtiéndose en tierras de pastos. Por otra parte las labores del campo se veían interrumpidas por falta de animales ya que los que había se los llevaban a la guerra. Los campesinos pobres no podían trabajar por lo que casi siempre tenían que recurrir a préstamos, y como para garantía del dinero se les exigían los útiles de trabajo, muchos emigraron del campo a las ciudades. Por otra parte la agricultura era de carácter consuntivo y muchas veces insuficiente para las necesidades de las provincias lo que hacía que los granos tuvieran que importarse de Sicilia y de otras partes del reino.

En 1558 Felipe II dictó una pragmática para favorecer la agricultura, pero de nada valió y el precio del pan y la harina empezaron a subir.

Otras causas que arruinaban a la agricultura eran las continuas guerras que restaban hombres que trabajaran las tierras, por otra parte el sistema de latifundios laicos, que concentraban grandes cantidades de tierra en manos de un solo hombre que muchas veces vivía en la corte sin preocuparse por trabajar esas tierras. Los eclesiásticos tenían amortizada la tierra. La decadencia de España no se debió sólo a los malos reyes sino también al clero, buscaba su enriquecimiento sin preocuparse del pueblo, y al pueblo que prefería otras actividades o emigrar en vez de cultivar sus campos.

Felipe IV, para facilitar la ganadería, en 1633 prohibió los rompimientos y mandó reducir a pasto todas las dehesas, tanto de particulares, como las municipales, términos públicos, y baldíos posteriores a 1519.

En 1609 se unió la tierra al ganado prohibiendo comprar o vender tierra sin ganado.

b) *Industria:*

Es indudable que en la primera mitad del siglo XVI hubo en la península un verdadero florecimiento industrial, atribuido con razón, a que España por el monopolio comercial de las Indias, se convertía de repente en una nación proveedora de artefactos de aquellos extensos dominios. La política intervencionista de la época no descuidó el fomento y protección de las industrias y llegó a inmiscuirse en las ordenanzas y reglamento de los gremios.

En tiempos de Carlos V se vigilaba con celo cuanto constituía lo relativo a la industria.

La industria de los paños tuvo un momento de gran esplendor. En Segovia existían fábricas de paños finos de lana que llegaron a conquistar los mercados europeos bajo Carlos V y Felipe II. En tiempos de Felipe IV se inició la fabricación de bayetas por una pragmática de 1625-27.

A pesar de la decadencia industrial del oriente peninsular, los paños se fabricaban en Aragón; sin embargo la industria española empieza a decaer por la competencia de Flandes.

La industria sedera también es importante en el siglo XVI y en Toledo llegó a haber más de diez mil obreros, pero las sedas más famosas eran las de Granada, y para proteger esta industria se prohibió la entrada de la seda en capullo y madeja.

Existieron otras industrias como la de los guanteros en Toledo, los sombrereros y guanteros de Ocaña, las palmillas de Cuenca, los jabones de Triana, las armas y cueros de Toledo, guardamazis, arneses, y jaeces en Córdoba, se fabricaron también muebles, herrerías y otras. La cerámica floreció en el siglo XVI en Sevilla, Málaga, Murcia, Teruel, Toledo, Doroca, Biar, Manises Muel, pero sobre todo en Talavera. Hubo también otras industrias como las de vidrio, orfebrería, vinos, papel y una de las más importantes fué la pesquera de Viscaya.

Esta prosperidad industrial fué efímera. Pronto las causas políticas y financieras derrumbaron las hermosas perspectivas de la industria española, pero la decadencia no fué rápida sino lenta, y algunas industrias se resintieron antes que otras. La primera crisis se presentó en el reinado de Felipe II y durante el reinado de

Felipe III; en tiempos de Felipe IV hay un momentáneo resurgimiento pero luego llega a la postración definitiva bajo Carlos II.

Las causas de la decadencia son varias, y las principales a saber: el recargo excesivo de los impuestos, la afluencia de manufacturas extranjeras que desde el siglo XVI inundaron los mercados españoles entre ellos los de Milán, Holanda, Flandes, Francia, Inglaterra y Portugal. Otra causa fué el sistema organizador de los monarcas en la reglamentación excesiva producida por el criterio intervencionista que impedía el progreso industrial. Por otro lado existían los gremios, que aunque no eran peculiares a España, se extendían por toda Europa. Los príncipes siempre vigilaron a estas instituciones para que no se convirtieran en órganos políticos.

c) Comercio

La teoría mercantilista de la época atribuyó la riqueza de una Nación a la abundancia de los metales preciosos. Y por ello los gobernantes se ocuparon principalmente del comercio.

En España hubo un momento de auge comercial, pero duró poco. La política seguida por los reyes fué de proteccionismo comercial, se prohibía que se sacara pan y carne de las provincias y la introducción del vino francés.

Esta política de proteccionismo a las regiones en que estaba dividido el reino, resultaba perjudicial al interés general, subsistieron las aduanas interiores y los llamados puertos secos con sus respectivos aranceles aduanales.

Aspecto muy importante del comercio interior fueron las ferias, relacionadas con los comerciantes extranjeros. Las más importantes eran las de Villalón, Río Seco, y Valladolid, pero sobre todo las de Medina del Campo.

A fines del siglo XVI se inician las causas de la decadencia de las ferias, que gozaban de exención de alcabalas, pero por necesidades de Felipe II les impone tributos y poco a poco las ferias desaparecieron.

En 1583, por cédula real, se ordena su restablecimiento, no obstante esto las ferias declinan visiblemente. Se establecen en Burgos, pero a fines del siglo XVII mueren definitivamente. Sólo subsistieron los mercados que también perdieron sus franquicias.

Empezaron a formarse asociaciones mercantiles llamadas Universidades, Consulados y Lonjas y se logró que resurgiera el co-

mercio en Burgos. El comercio del Levante había decaído por causa de los piratas y los turcos.

Por otra parte creció de una manera alarmante el número de extranjeros dedicados en España a la industria y al comercio.

Durante un siglo floreció el comercio exterior gracias a los mercados de América. La ciudad de Sevilla se convirtió en el emporio comercial; ahí residían mercaderes de todas las nacionalidades, era el centro de las mercancías de toda Europa y donde se efectuaban los cambios de mercancía para los distintos países. El monopolio del comercio de las Indias hizo que afluyeran las negociaciones mercantiles de toda Europa. Y no sólo América sino Africa, el Cabo Verde y la India mantenían relaciones comerciales con Sevilla. Sin embargo, en 1621, el comercio había decaído.

A fines del siglo XVII España dependía comercialmente del extranjero. Se enviaban materias primas y se importaban los objetos manufacturados pagando un precio mayor. Intima relación con el comercio y su decadencia tenía la marina mercante, que por decisión del rey o del dueño del navío se convertía en navío de guerra. La piratería turca, francesa y holandesa impedía el libre tránsito, por lo que Felipe II autorizó la navegación colectiva, esto hacía que la navegación fuera lenta y peligrosa.

Otra de las causas de la decadencia económica de España fué la constante alteración de la moneda. Desde el siglo XVI, bajo el reinado de Felipe IV se alteró constantemente la moneda causando graves trastornos económicos; los metales preciosos salían constantemente de España, la falsificación de la moneda de vellón se hacía con frecuencia lo que causaba trastornos a la economía.

La decadencia económica del país se debe en parte a la despoblación de la península por diversas causas, entre ellas las principales son: La expulsión de los judíos y moriscos que eran los que se dedicaban a los oficios y artes manuales; la emigración a las colonias en busca de fortuna y aventuras; las guerras constantes en Europa; la concentración de los habitantes en las ciudades abandonando los campos donde no encontraban todas las garantías necesarias; el aumento de órdenes religiosos y de sacerdotes que en el siglo VXII llegaron a ocho cientos mil; y por último las víctimas de la inquisición: Muchos preferían abandonar España que verse acusados ante el Santo Oficio.

d) Políticas:

Las incesantes guerras que dentro y fuera de la Península tenían lugar sin descanso alguno desde el reinado de Felipe II primero, y después los de Felipe III y Felipe IV no permitían que el pueblo se rehiciera económica y políticamente. Además los validos y favoritos arruinaron más a España.

Después de la caída del conde duque de Olivares parecía que la monarquía iba a reponerse, las necesidades públicas a aliviarse y sobre todo a mantener en equilibrio la hacienda pública. Durante un tiempo el rey personalmente empezó a gobernar, pero pronto se cansó y puso el gobierno en manos del conde de Carpio, don Luis de Haro, que si bien no era tan altivo ni odioso al pueblo como el Conde Duque, tenía menos dotes políticas que él.

La pérdida de territorios, que había sido inmensa, se agrandó bajo Don Luis de Haro. Contribuyeron a ello muchas causas, algunas exclusivas de este reinado.

El empeño de la casa de Austria de engrandecerse, de dominar en apartadas regiones sacrificando la riqueza, la población y el bienestar de Castilla al mantenimiento de estados insostenibles; de ayudar al Sacro Imperio quitando lo más necesario al pueblo español; la lucha eterna con todo el mundo antes de aceptar honrosas y provechosas transacciones, afán que venía desde los primeros Habsburgos, con la diferencia de que los primeros Carlos V y Felipe II, eran fuertes y robusta la monarquía por lo cual intentaron con gloria agrandar y sostener su reino. Los últimos, débiles, quebrantaron la fuerza de la monarquía; no tuvieron la actividad e inteligencia de sus antepasados, entregaron la nación a ineptos favoritos y el país fué desangrado y agobiado. Felipe IV intentó salvar a España como lo habían intentado sus padres, pero sin éxito.

Porque temeridad era imaginar que lo que Carlos V, con su infatigable actividad y brillante espada y Felipe II con su inteligencia y audacia política no habían podido lograr, lo alcanzaran Felipe III con su indolencia y Felipe IV asistiendo a comedias y haciendo una vida disipada.

Si los predecesores de Felipe IV habían tratado con poca política a los estados y reinos anexos a la corona de Castilla y prepararon las tentativas de rebelión, las tiranías y las ofensas de los ministros de Felipe III y Felipe IV acabaron de provocar las insurreccio-

nes que trajeron como consecuencia la pérdida de las provincias, de reinos enteros y la ruina de la monarquía.

Sin los agravios y excesos de los virreyes los catalanes no se habrían sublevado, ni se habría perdido el Rosellón, ni Portugal se hubiera insurreccionado o por lo menos no hubiera logrado su emancipación de Castilla. Los excesos de los virreyes provocaron las sublevaciones de Sicilia y Nápoles y para atenderlas se desgarnecieron los Países Bajos, se abandonó Portugal y desatendió Cataluña. Eran los virreyes émulos del privado del Rey, y sus imitadores en todo. Iban a los estados que debían gobernar ávidos de riquezas y para lograrlas no perdonaban ningún medio por excesivo que fuera; de ahí el disgusto de los oprimidos y sus rebeliones, que se limitaban a veces a invectivas y motines contra los virreyes y sumisión al monarca, otras en cambio tomaba fuerza de lucha abierta contra el Rey para lograr la independencia.

Dentro del ejército existía gran corrupción. Los generales y oficiales eran nombrados entre los amigos de los ministros y no entre los de más valía y gloria, hombres que por enriquecerse hacían figurar en las revistas mayor número de soldados de los que en realidad existían; de aquí el malograrse de los combates y la pérdida de las plazas fuertes con sorpresa de la corte, del gobierno y de los generales que creían contar con fuerzas mayores. Este ejemplo era imitado por los oficiales y subalternos, así fué cayendo el renombre y la reputación de los soldados españoles, sobre todo el de la infantería que había asombrado al mundo por su valor y táctica; sin embargo la caballería creció y pudo lograr algunas victorias que simbolizaran la fama y la intrepidez del ejército español.

El no pagar a los ejércitos, causa de tantos desórdenes y desdichas, era un mal antiguo y si a esto se le agregan las malas inversiones de Felipe IV, se verá que era imposible el mantenimiento de un fuerte ejército. Antes las flotas de las Indias ayudaban a conservar las lejanas tierras; pero con Felipe IV solo servían para fomentar las diversiones del monarca. Aparte de esto las remesas de las Indias o no llegaban o lo hacían con mucha dificultad, pues constantemente se veían perseguidas por los galeones de Holanda, Portugal, Inglaterra, o Francia que eran más poderosas y temidas en el mar y muchas veces cuando la flota española se salvaba de ellos caía en manos de los piratas argelinos, por eso con mucha razón, dicen algunos historiadores que el oro de América sirvió para enriquecer a casi todos los países de Europa menos a España.

Las escuadras militar y mercante ya casi no existían, y ésta última en 1644 por una pragmática real quedó anulada pues se prohibió todo comercio de importación y exportación mercantil con los países rebeldes como Portugal, agregada a la incomunicación que ya había puesto España contra Francia, Inglaterra, Las Provincias Unidas de Flandes, y principados protestantes de Alemania, con lo que acabó de aislar mercantilmente a la nación. Con esto el contrabando se desarrolló grandemente fueron incapaces de atacarlo ni reprimirlo pues lo sostenían las necesidades del pueblo.

Los ministros de Felipe IV "El Grande" para remediar la situación sólo pensaron en los servicios ordinarios y extraordinarios de las Cortes, pero resultaban casi nulos por la pobreza de los pueblos ya desangrados; sin embargo las Cortes contribuían con lo que podían, sobre todo Castilla que a pesar de ser la más sobrecargada de tributos quedó casi sola para atender a la defensa del reino, tanto más costosa cuando eran más las guerras y menos las provincias que contribuían a los gastos públicos.

Mientras el ejército peleaba casi desnudo y el pueblo gemía bajo el peso de los grandes tributos y miseria, la corte disipaba lo suyo en juegos espectáculos, y festines que celebraban con lujoso aparato y magnificencia. El rey era el primero en lucirse en torneos caballerescos, corridas de toros, en juegos de cañas que fueron los más lujosos de su reinado; su vida se pasó en continuas fiestas dadas con el menor pretexto.

e) Artística y Literaria.

El pueblo había caído en gran postración desde tiempos de Felipe II y toleraba con paciencia todos sus males en cambio de las diversiones que les otorgaba el rey. Lo que hacía era desahogar su disgusto haciendo circular folletos, pasquines, comedias, sátiras y escritos de todo género, contra el monarca y el mal gobierno.

Otra de las aficiones del rey eran las comedias que él mismo y la corte representaban. Este gusto se extendió por toda España por lo que aparecieron gran número de escritores. En 1645 el rey prohibió la representación de las comedias, pero se siguieron dando en todas las provincias. En 1648, Madrid pidió al Rey que se volvieran a representar pues lo que se recaudaba estaba destinado al sostenimiento de los asilos. Por lo que el Rey después de consultar al Consejo Real, accedió.

El gusto por las representaciones teatrales fué pernicioso a la administración y a la política del reino, pero contribuyó al auge de las letras españolas. El Teatro había alcanzado gran brillo y siguió su desarrollo triunfal durante el gobierno de Felipe III. Vivieron genios como: Lope de Vega, Vélez de Guevara, Montalván, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcón, Mira de Mezcuza, Mendoza, Fernando de Zárata, Solís y el gran Calderón, representante del gusto imperante en el siglo xvii y varios otros que elevaron las obras dramáticas a la perfección. El teatro español, sirvió en parte de modelo al teatro de otras naciones como en algunas obras de Corneille, Racine, Molière, Scarron, Douville, Quinault y otros autores franceses.

Si bien la dramática fué la gema más preciada de este reinado, no dejó de cultivarse la poesía épica, y lírica, la novela, las obras y artículos de costumbres y otras ramas de las bellas letras como lo demuestran los nombres de Quevedo, de Melo y Moncada, el Divino Rioja, Juan de Jauregui Espinosa y Villegas que alcanzaron gloria en sus diferentes géneros.

La literatura, a fines de este reinado, entró en un período de franca decadencia.

Sin embargo, a pesar del desarrollo literario alcanzado por España en los siglos xvi y xvii, sólo unos cuantos lograron sobresalir en el campo de las Ciencias y Filosofía, como Saavedra y Gracian en Filosofía y Navarrete que estudió Economía; escribió un libro este último titulado *Conservación de la Monarquía*, donde advierte los errores de la época que eran comunes no sólo a España, y se leen máximas muy provechosas acerca de la acumulación de los bienes en manos muertas, del crecido número de comunidades religiosas, de la inconveniencia de las pequeñas vinculaciones y otros puntos de gobierno económico.

Esta falta de abundancia de investigadores científicos se debió a que la inquisición destruía y avasallaba los espíritus y ponía trabas al pensamiento. Aquel tribunal vedaba el libre examen, se basaba en verdades ya reveladas. Por lo que los ingenios se refugiaron en la literatura donde gozaban de mayores libertades si no de fondo, sí de forma. La exageración y amaneramiento de la expresión propaladas por Luis de Gongora y Argote y sus admiradores, dió a España aquella forma afectada que se llamó gongorismo o culteranismo, que se extendió rápidamente y alcanzó hasta las artes plásticas.

En esta época la pintura española alcanzó un alto grado de perfección con Velázquez, Murillo, Arellano, Vender Hammen, Alonso Cano, y otros.

Así se preparó y verificó por una consecuencia casi natural la decadencia de las letras y artes, que habían llegado a su apogeo en este reinado.

CAPÍTULO XII

CONCLUSIONES

Después de haber estudiado sintéticamente el reinado de Felipe IV y la situación que prevalecía en España a su advenimiento al trono puedo decir que la decadencia de España se debió a distintas causas, algunas de ellas anteriores al reinado de Felipe IV. Las conclusiones a que he llegado sobre las causas de La decadencia de España, son las siguientes:

1º Las constantes guerras que España sostuvo, su política de intransigencia religiosa, las leyes prohibitivas que dictó sobre la agricultura, industria y comercio.

2º El reinado de Felipe III que contribuyó grandemente a la ruina de España con la expulsión de los moriscos y judíos que eran la clase trabajadora y fabril de España; el querer sostener éste los intereses de su hermana en los Países Bajos y sobre todo la falta de honradez de sus ministros y de los virreyes que gobernaban las distintas provincias y los reinos.

3º El no haber Felipe IV por falta de clara visión, dedicado todo su esfuerzo a modificar el gobierno en todos sus aspectos económicos, políticos y militar.

4º El gobierno del conde duque de Olivares que si bien puso de su parte todo lo que pudo para tratar de mejorar la situación de su Patria, careció de la visión política suficiente para reorganizar a España.

5º El mal estado de las cosas que se debió a la indolencia y debilidad de voluntad de los últimos reyes de la casa de Austria.

6º A las constantes guerras que España tuvo que sostener, por conservar sus dominios y a la falta de generales y ejércitos disciplinados.

7º A la política que se trazó el cardenal Richelieu y que consistía en la idea de desmembrar el poder de la Casa de Austria, tanto de Alemania como de España, sobre todo de ésta última, ya que Francia quedaba envuelta en un círculo de naciones hos-

tiles, pues Richelieu se propuso el engrandecimiento de su Patria basándose en la ruina de España, que era una constante amenaza para Francia.

8º A la falta de unidad del reino español, cosa que ocasionó sublevaciones por el espíritu regionalista del pueblo que no pensaba en la Patria común sino únicamente en su provincia, en sus fueros y derechos.

9º A la desmoralización del pueblo español que se había convertido, en un pueblo sin moral, ya que la religión no le servía de freno y el hombre sólo pensaba en sí propio y en su enriquecimiento y no en la gloria de España.

Todo esto condujo a España a la decadencia, la cual no se debió a un sólo hombre, el conde duque de Olivares, como comúnmente se piensa, sino que fué una consecuencia lógica de la política que siguieron los gobernantes de la casa de Austria y sus ministros.

Unos engrandecieron sus reinos y los conservaron desangrando y empobreciendo a España; éstos últimos no pudieron sostener esta situación y lo ganado por sus antecesores se perdió, no sin antes hacer un esfuerzo supremo que demostró que en la decadencia España era todavía temida en Europa.

BIBLIOGRAFIA

- AUTORES VARIOS. *Historia de la Humanidad*, editada por Espasa Calpe. Madrid 1933.
- AUTORES VARIOS. *Hombres de Estado*, editada por la Casa Desclée, 1926.
- ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL. *Historia de España y de la Civilización Española*, t. III y IV. Barcelona, 1906.
- ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL. *Ensayo Sobre Felipe II, Hombre de Estado, su Psicología General y su individualidad humana*. México, Edición Jus 1950.
- BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO. *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, t. IV. Barcelona, 1926.
- BELLOC, HILAIRE. *Richelieu*. Edición Fondo de Cultura, México 1949.
- CABALLERO Y OTROS AUTORES. *Historia General de España*, t. 11-12. Madrid, 1926.
- CAMBRIDGE, UNIVERSIDAD DE. *Historia del Mundo*, t. VI-VII. Editada en Barcelona, por Sopena, 1918.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO. *Estudio Sobre el Reinado de Felipe IV*. Colección de escritores Castellanos, edición 1888, Madrid.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO. *Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España*. Madrid 1911.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO. *Historia de la Decadencia de España desde el Advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, segunda edición. Madrid 1910.
- FERNÁNDEZ MONTANA, JOSÉ. *Nueva Luz y Juicio Verdadero Sobre Felipe II*. Madrid, 1882.
- FORNERON, H. *Historia de Felipe II*, traducida por Cecilio Navarro. Barcelona, 1884.
- HUME, MARTÍN. *La Cour de Philippe IV et la decadence de L'Espagne*, traducción. París, 1912.
- JIMÉNEZ RUEDA, JULIO. *Historia de la Cultura en México (El Virreinato)*. Editorial Cultura. México 1950.
- LAFUENTE, MODESTO. *Historia General de España y la Civilización Española*, t. 11 y 12. Madrid 1850.
- LAVISSE ET RAMBAUD. *Histoire Universelle*, editada por Armand Colin, t. II. París 1895.
- MARAÑÓN, GREGORIO. *El Conde Duque de Olivares*, Colección Austral, Espasa Calpe Argentina 1946.
- MELO, FRANCISCO MANUEL DE. *Historia de los Movimientos de Separación y Guerra de Cataluña en tiempos de Felipe IV*, nueva edición corregida. Madrid 1808.

- MORAYTA, MIGUEL. *Historia General de España desde los tiempos Antehistóricos hasta nuestros días*, t. IV. Madrid, 1886-96.
- OLIVERA, J. P. MARTINS. *La Civilización Ibérica, su Grandeza y Decadencia*, t. II. Cuadernos de Cultura. México 1949.
- ONCKEN, WILLIAM. *Historia Universal*, editada por Montaner y Simón, ts. 24-25. Barcelona, 1934.
- OROZCO Y BERRA, MANUEL. *Historia de la Dominación en México*, t. III. Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas. México 1938.
- PHANDAL, LUDWIG. *Felipe II. Bosquejo de una Vida y una Epoca*, traducción del alemán por José Cort Grau.
- PHANDAL, LUDWIG. *España en los Siglos de Oro. Cultura y Costumbres Españolas*, traducción del alemán con prólogo del P. Félix García. Editorial Araluce.
- PIÓN SALAS, MARIANO. *De la Conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme 1950.
- AGREDA, SOR MARÍA DE. *Correspondencia con Felipe IV*, Selección y Prólogo de Gonzalo Torrente y Ballester. Ediciones Fé 1942. 2 tomos.
- VALBUENA Y PRAT, ANGEL. *La Vida Española en los Siglos de Oro. Literatura Española*, 3-ed. t. II, editorial Gustavo Gili Barcelona.
- VEIT, VALENTÍN. *Historia Universal, Los Pueblos, Los Hombres, Las Ideas*, traducida directamente por Ramón de la Serna, t. II. Buenos Aires, 1942.
- ZAVALA, SILVIO. *La Filosofía Política en la Conquista de América*, Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura 1947.

INDICE

CAPITULO I

Situación de España al advenimiento de Felipe IV	7
Situación Social en los Siglos XVI y XVII	17

CAPITULO II

Reinado de Felipe IV y el Conde Duque de Olivares	23
El Conde Duque de Olivares como Hombre de Estado	25

CAPITULO III

Sor María de Jesús de Agreda y su intervención en la Política y la Conciencia de Felipe IV	33
---	----

CAPITULO IV

Guerra con Francia y Alemania	36
Segunda Guerra con Italia	39

CAPITULO V

Política Francesa en España	44
-----------------------------------	----

CAPITULO VI

Sublevación de Cataluña	47
-------------------------------	----

CAPITULO VII

El Problema Portugués	61
-----------------------------	----

CAPITULO VIII

Sublevación de las Provincias de Flandes	74
--	----

CAPITULO IX

La Paz de Wetsfalia y el Tratado de los Pirineos 80

CAPITULO X

Las Colonias Hispánicas durante el Gobierno de Felipe IV. 84

CAPITULO XI

La decadencia de España 95

CAPITULO XII

Conclusiones 104
Bibliografía 106